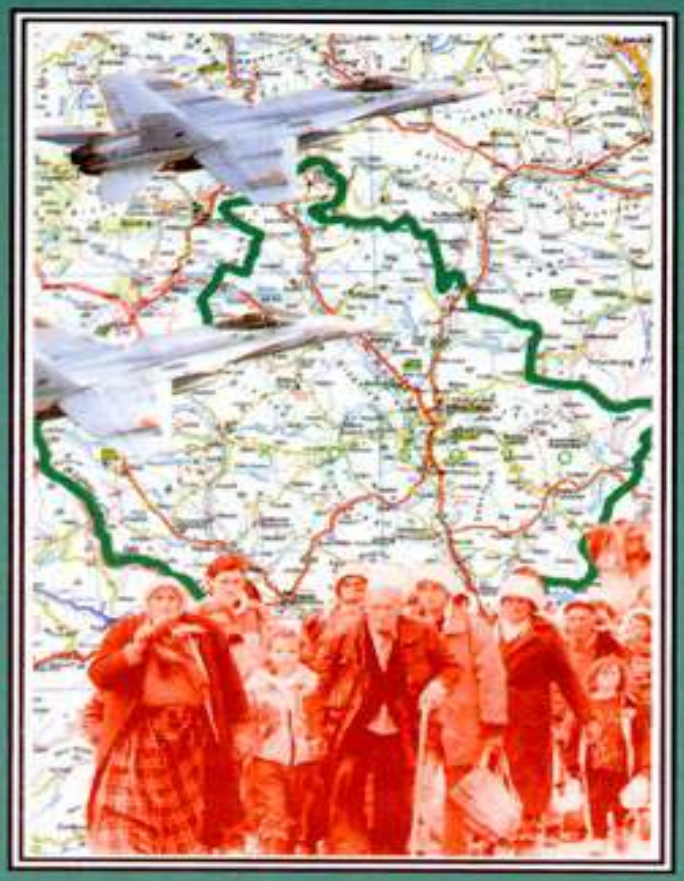
Carlos Taibo



Para entender el conflicto de Kosova

los libros de la catarata

Carlos Taibo

Para entender el conflicto de Kosova

Créditos

Primera edición: abril 1999
Segunda edición: mayo 1999
Tercera edición: mayo 1999
Cuarta edición: junio 1999
Quinta edición: septiembre 1999

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Educación y Cultura.

© Los Libros de la Catarata, 1999
Fuencarral, 70. 28004 Madrid
Teléfono: 91 532 05 04
Fax: 91 532 43 34

© Carlos Taibo, 1999

ISBN digital: 978-84-8319-683-0

ISBN libro en papel: 84-8319-057-5

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

A Mujeres de Negro

"Los habitantes de Belgrado estiman que los serbios de Kosova han vivido demasiado tiempo en compañía de musulmanes. En una conversación con un terrateniente serbio, un profesor inglés que a la sazón trabajaba en Prishtinë preguntó por el problema de los serbios que abandonaban Kosova. El terrateniente respondió: 'Suben a Kraljevo y a Kragujevac y la gente dice que son medio negros porque vienen de Kosova. Aducen que son sucios y los llaman musulmanes. Muchos de ellos regresan a Kosova. Son kosovares' "

Moats, en Miranda Vickers, *Between Serb and Albanian. A History of Kosovo* (Hurst, Londres, 1998), pág. 298.

"Cuando, en 1941, los serbios de Kosova eran perseguidos y dispersados, algunos de ellos fueron a ver a un prohombre albanés y le pidieron su protección, no en vano estimaban que no eran responsables de los crímenes cometidos por otros. En lugar de responderles, el prohombre les contó la historia de dos albaneses que, paseando, se toparon con un perro. El animal empezó a jugar con uno de ellos, pero éste reaccionó dándole una patada con todas sus fuerzas. Su amigo, sorprendido, le preguntó por qué se había comportado así si el perro no le había hecho daño alguno. 'Él no hizo nada malo, pero el año pasado, cuando yo estaba en Constantinopla, su padre me mordió en la pierna'. Estas anécdotas se cuentan también de la otra parte —esto es, de los serbios—, lo cual parece sugerir que unos y otros tienen razón en alguna medida pero que no la tienen por completo"

Milenko Karan, en Ger Duijzings, Dusan Janjic y Shkëlzen Maliqi (dirs.), *Kosovo-Kosova, confrontation or coexistence* (Peace Research Centre, University of Nijmegen, Nimega, 1996), pág. 174.

Mapas

AUSTRIA
HUNGRIA
RUMANIA
ESLOVENIA
Ljubljana
Zagreb
CROACIA
VOJVODINA
Novi-Sad
ITALIA
BELGRADO
BOSNIA-
HERZEGOVINA
SERBIA
Sarajevo
BULGARIA
MONTENEGRO
Pristina
Podogorica -
Titograd
KOSOVO
Mar Adriático
Skopje
MACEDONIA
ALBANIA
GRECIA

NIŠ
SERBIA
NOVI PAZAR
Leposavić
Leposaviq
Zvečan
Zveçan
Trepča
Trepçë
Zubin Potok
MITROVICA
MITROVICË
Vučitrn
Vuçitrnë
Podujevo
Podujevë
MONTENEGRO
Istok
Istog
Srbica
Sërbicë
Obilić
Obiliq
PRIŠTINA
PRISHTINË
Kamenica
Kamenicë
PEĆ
PEJË
Klina
Klinë
Glogovac
Gllogovc
Kosovo Polje
Fushë Kosovë
Novo Brdo
Novobërdë
Orlane
Orllan
Dečane
Deçan
Mališevo
Malishevë
Lipljan
Lipjan
GNJILANE
GJILAN
ĐAKOVICA
GJAKOVË
Orahovac
Rahovec
Štimlje
Shtime
UROŠEVAC
FERIZAJ
Vitina
Viti
Suva Reka
Suharekë
Bujan
Štrpce
Shtërpc
Kačanik
Kaçanik
Zjum
Zym
PRIZREN
Dragaš
Dragash
ALBANIA
TETOVO
TETOVË
SKOPJE
SHKUP
MACEDONIA

Prólogo

Hace unas semanas un colega de la Universidad Autónoma de Madrid me contó que había organizado con sus alumnos un debate sobre el conflicto de Kosova. Al concluir la discusión pudo forjarse una idea de cuál era la visión del conflicto que predominaba entre los presentes: en un país, Serbia, había visto la luz un movimiento separatista que había optado por la lucha armada y que se había hecho merecedor de una represión que, aunque acaso excesiva, se antojaba genéricamente legítima.

El humilde libro que el lector tiene en sus manos —un trabajo de urgencia que se ocupa, con la rapidez que el desarrollo de los acontecimientos reclama, de un conflicto abierto— se propone llamar la atención sobre la dramática distorsión de la realidad que se revela a través de la visión de los hechos que acabamos de invocar. Su objetivo fundamental es, pues, aportar una información básica que permita entender las raíces del conflicto de Kosova, dramáticamente desatendidas, dicho sea de paso, por la mayoría de nuestros medios de comunicación, y en particular por esa doble plaga contemporánea que son los tertulianos y los *todólogos*.

Para acometer la tarea anunciada, y como puede apreciarse en el índice, el libro se ha vertebrado en siete capítulos. En el primero se aportan unos cuantos datos básicos para delimitar qué es Kosova. El segundo, que utiliza con profusión las monografías de Vickers y de Malcolm que se encuentran citadas en la bibliografía final, se interesa por la historia del país con anterioridad a la segunda guerra mundial. El tercero procura ofrecer algunas claves de comprensión de cómo muchos de los problemas de hoy se gestaron

al calor del Estado federal yugoslavo. En el cuarto se aporta una descripción rápida, necesaria para entender lo ocurrido en Kosova en los últimos años, del proceso de desintegración de ese Estado federal. En el quinto se analizan los efectos de la abolición de la autonomía kosovar en 1989-1990, así como los perfiles del movimiento de resistencia civil que al poco cobró cuerpo. El capítulo sexto estudia el conflicto bélico que estalló en 1998, las subsiguientes negociaciones de paz y, en fin, la intervención desarrollada por la OTAN en marzo de 1999. En el capítulo final, en suma, se procura extraer algunas conclusiones que permitan iluminar el futuro.

Por muy diversos conceptos, este libro no habría visto la luz sin los materiales aportados por Stasa Zajovic en Belgrado, Gabirel Ezkurdia en Bilbao, Irene Cormenzana y Mikel Alonso en San Sebastián, Xabier Agirre en La Haya, y Howard Clark, Inma Díaz, Concha Martín y Santiago González en Madrid, y sin la hiperactividad de los compañeros de organizaciones —y es sólo un botón de muestra— como la ANOC en Galicia, la Coordinadora de Ayuda Obrera a Bosnia, el MOC, Paz Ahora, la Plataforma por Kosova de Barcelona y SOS Balkanes. *Diario 16* y *El Correo* de Bilbao permitieron, por su parte, la reproducción de algunos trabajos periodísticos. Los Libros de la Catarata, con una celeridad y una profesionalidad inhabituales, han hecho posible, en fin, que este libro salga a la calle varios días antes de algunos de los acontecimientos que relata. Tiempo habrá, en suma, para que se haga realidad, en un Kosova distinto del de estas horas, la invitación que en la primavera de 1998 cursaron Shkëlzen Maliqi y Astrit Selihu.

Carlos Taibo
Madrid, 21 de abril de 1999

I. ¿Qué es Kosova?

Kosova o Kosovë[1] es el nombre albanés de un país que los serbios conocen como Kosovo y que, con forma de rombo, limita al noroeste con la región del Sandzak —hoy en Serbia— y con Montenegro, al suroeste con Albania, al sureste con Macedonia y al nordeste de nuevo con territorio serbio. El país cuenta con 10.877 kilómetros cuadrados, una superficie semejante a la de Asturias, y ocupa un 12,3% del total de la república serbia actual. Relativamente montañoso —los picos más altos se encuentran en la línea de frontera con Albania y con Montenegro, de tal suerte que las alturas descienden a medida que nos trasladamos hacia el este—, Kosova está atravesado por un valle central que, densamente poblado y recorrido por una línea de ferrocarril, comunica la llanura serbia con Skopje, en Macedonia; en ese valle está situada Prishtinë, la capital. La zona meridional es mucho más montañosa, y por ella discurre una carretera que conduce desde Montenegro, pasando por las ciudades kosovares de Pejë y Prizren, hasta Tetovo, también en Macedonia. Otra carretera, y una vía de ferrocarril, comunica Prizren con la ciudad albanesa de Shkodra y, a través de ésta, con el Adriático.

No deja de tener su interés el hecho de que los principales ríos que discurren por el territorio de Kosova acaben por confluir en cuencas que rematan en tres mares distintos. Uno de esos ríos, el Lepenac, discurre hacia el sur a través de Kaçanik, se adentra en Macedonia y se une al Vardar, que desemboca en el Egeo cerca de Salónica. Otro, el Ibar, se dirige hacia el norte, abandona la parte oriental de Kosova, se une al Morava y, a través de éste, alcanza el Danubio, que desemboca, en fin, en el mar Negro. El Drin, en

suma, fluye hacia el oeste, cruza la cadena montañosa que separa a Kosova de Albania y desemboca en el Adriático cerca de Shkodra.

En 1991, y con arreglo a un censo cuya elaboración fue boicoteada por muchos albanokosovares, el número de habitantes de Kosova era de 1.954.747, el 20,5% de la población del conjunto de Serbia. La densidad de población resultante, la más alta de toda la antigua Yugoslavia, era de 180 habitantes por kilómetro cuadrado. La capital, Prishtinë, contaba con unos 150.000 habitantes, mientras Prizren, Mitrovicë y Pejë superaban los 80.000, Gjakovë se situaba por encima de los 70.000, y en Gjilan y Ferizaj vivían unas 60.000 personas. En conjunto, del orden de una tercera parte de la población residía en el medio urbano. En el mismo año mencionado, en fin, un 52% de los kosovares tenían menos de 19 años, en tanto sólo un 6,6% contaba con más de 60.

Siempre según el censo mencionado, del total de la población de Kosova eran albaneses 1.607.690 habitantes (un 82,2%). Mientras, había 195.203 serbios (10,0%) —no eran mayoría de la población en ninguna de las subdivisiones administrativas—, 57.408 musulmanes eslavófonos (2,9%), 42.806 gitanos (2,2%), 20.045 montenegrinos (1,0%), 10.838 turcos (0,6%) y 8.161 croatas (0,4%). La conclusión fundamental señala que, a diferencia de lo ocurrido en Bosnia-Hercegovina, los matrimonios mixtos entre integrantes de las dos principales comunidades étnicas presentes en Kosova, albaneses y serbios, eran muy escasos, algo que obliga a señalar que, a los ojos de muchos estudiosos, y al menos en los últimos cien años, la relación entre esas dos comunidades ha sido comúnmente tensa.

También debe mencionarse que la configuración étnico-demográfica de Kosova es en alguna medida el producto de diversos intentos de atracción, o de disuasión, sobre determinados grupos étnicos. Al respecto bastará con recordar, a título de ejemplo, que desde las comunidades albanesa y turca de Kosova se estimuló en varias oportunidades que los gitanos se adscribiesen a las comunidades respectivas, en tanto desde la comunidad serbia la presión se encaminó a que siguiesen declarándose gitanos, con la vista puesta, presumiblemente, en garantizar que el número de albanokosovares no crecía. Parece fuera de discusión que fueron muchos los musulmanes eslavófonos, los turcos y los gitanos que optaron a la postre por declararse albaneses.

Algunas proyecciones de los datos que han tomado en consideración el boicot censal invocado han llegado a la conclusión, por otra parte, de que en 1991 la cifra real de albaneses en Kosova se elevaba a 1.687.000, de tal suerte que la presencia porcentual de aquéllos en el conjunto de la población era algo mayor que la reseñada. En Kosova vivía en 1991 un 38% de los albaneses, pero sólo un 1,5% de los serbios, que residían en los Balcanes. Obligado es subrayar, también, que en Kosova y en las vecinas Macedonia y Montenegro se encontraban casi tantos albaneses como en la propia Albania.

Los albanokosovares, como los habitantes del norte de Albania, pertenecen al grupo de los *ghegs* o guegos, e históricamente se han organizado, en zonas a menudo montañosas, en unidades tribales pequeñas y aisladas; en el sur de Albania han imperado, entre tanto, los *tosks* o toscos, más vinculados con las ciudades y con el desarrollo de actividades comerciales. Los albanokosovares son mayoritariamente musulmanes, aun cuando existe una significada minoría de cristianos. Si entre los primeros predominan los sunitas, bien que con una apreciable presencia, también, de sufíes, entre los segundos hay católicos, ortodoxos y uniatas. Por lo que a la minoría serbia se refiere, la presencia del cristianismo ortodoxo es claramente mayoritaria.

Los especialistas no se ponen de acuerdo a la hora de señalar si Kosova es o no un país rico. Probablemente la manera más sensata de zanjar la cuestión consiste en afirmar que Kosova es económicamente importante en el marco de la región, y ello aun cuando su relieve en el escenario planetario sea poco más que nulo y, en consecuencia, a duras penas pueda invocarse argumento geoeconómico alguno para dar cuenta del aparente interés que en los últimos años han mostrado potencias externas. Kosova cuenta, por ejemplo, con apreciables riquezas mineras —un 74% de las reservas de manganeso de la Yugoslavia existente hasta 1991, un 50% de las de níquel, un 48% de las de plomo y zinc, un 36% de las de lignito y un 32% de las de caolín— y con significadas instalaciones hidroeléctricas, y ello pese a carecer, casi por completo, de industrias de transformación y verse obligado a importar de forma masiva bienes de consumo. Estas circunstancias, y otras de las que nos ocuparemos en su momento, explican, tal vez, por qué la visión dominante en el nacionalismo albanokosovar identifica una tramada política colonial desplegada desde Serbia.

II. De los ilirios a la segunda guerra mundial

Los pueblos que comúnmente se conocen con el nombre de ilirios ocuparon desde varios siglos antes de Cristo un espacio relativamente amplio que se extendió, a orillas del Adriático, desde Istria hasta el Epiro, y que abarcó también distintas regiones tierra adentro[2]. Parece fuera de duda, por lo demás, que los ilirios estuvieron presentes en lo que hoy se entiende por Kosova. La historiografía albanesa señala al respecto, de manera más precisa, que los antiguos habitantes de esta región, los dardanios, no eran sino ilirios, afirmación sólo medianamente contestada en muchas de las fuentes serbias, que aprecian en los dardanios una suerte de mezcla entre tracios e ilirios.

Como a menudo se apreciará en las páginas que siguen, las historiografías albanesa y serbia parecen condenadas a la discrepancia. La primera de ellas señala que los albaneses, descendientes directos de los ilirios, se vieron obligados a retroceder —en virtud de las invasiones eslavas— hacia las zonas costeras a partir del siglo VI después de Cristo, pero regresaron a su tierra, bajo la protección del Islam, en los siglos XV y XVI y configuraron en adelante el grueso de la población de Kosova. Conforme a esta visión de los hechos, los serbios son, en cambio, gentes plenamente ajenas a Kosova, que han mostrado una permanente hostilidad hacia los albaneses y han hecho todo lo que estaba de su mano para dividirlos, obstaculizando, en particular, la gestación de un Estado común para las comunidades albanesas presentes en Montenegro, Kosova, Macedonia, Grecia y la propia Albania. Un libro publicado hace pocos años por un intelectual albanokosovar, Rexhep Qosja, ilustra a la perfección el vigor contemporáneo de muchas de estas ideas. Para

acercarse a algunas de ellas tampoco está de más releer, por cierto, el prólogo que el bien conocido escritor albanés Ismail Kadare redactó para encabezar un volumen de entrevistas con quien en los últimos años ha sido presidente de la clandestina república kosovar: Ibrahim Rugova[3].

Para la historiografía serbia, por el contrario, los albaneses se formaron en virtud del cruce entre restos aportados por los ilirios y los dejados por un sinfín de pueblos que habitaban la parte suroccidental de los Balcanes, de tal suerte que su vinculación con Kosova fue marginal antes de la llegada de los eslavos y su presencia significada en el territorio hubo de aguardar a finales del siglo XVII y principios del XVIII, cuando asumieron un crudo papel de colonizadores empecinados en la persecución de los serbios. Antes, Kosova se había convertido en el crisol de la nación serbia, que vio la luz en 1389 de resultas de la batalla de Kosovo Polje. Así las cosas, los serbios son la población autóctona de Kosova, país al que llegaron mucho antes que los albaneses. La presencia de éstos —producto de una cultura en la que los elementos destructivos y de atraso son decisivos— no se remonta más allá de tres siglos atrás, y sólo puede explicarse por efecto de los estímulos generados, primero, por la insana dominación turca, que no ahorró esfuerzos para aniquilar a la cristiandad ortodoxa, y después por los intereses del imperio austrohúngaro. Con estos antecedentes no puede sorprender que la palabra Kosovo suscite, a los ojos de muchos serbios, la imagen de la persecución, del sufrimiento y de la injusticia.

De los dardanios al imperio de Dusan

Fueren las cosas como fueren, los dardanios configuraron una sociedad preurbana, en la que no faltaban las relaciones con Grecia, en torno a los siglos VI y IV a.C. Su sumisión a Roma se produjo en el año 40 a.C., si bien es verdad que el eco de este pueblo siguió siendo perceptible bastante tiempo después. Bastará con recordar al respecto que en el siglo IV d.C. se creó una provincia romana de Dardania en la que estaban incluidas las regiones de Kosova y de Skopje. Era una época, por lo demás, en la que fueron frecuentes las invasiones de hunos, visigodos y ostrogodos, y en la que se produjo, en el

año 395, una división del imperio romano entre oriente y occidente que en los hechos partió en dos la zona poblada por lo que todavía se conocía con el nombre de ilirios. De resultas, y en paralelo con cierta expansión del área geográfica por éstos controlada, se habló por vez primera de albaneses y de lengua albanesa.

En el siglo VI los eslavos empezaron a arribar a los Balcanes, si bien parece fuera de duda que su llegada no tuvo efectos notables sobre las poblaciones anteriormente existentes. Durante el siglo X se verificó en la zona central de la península una aguda confrontación entre Bizancio y los reyes búlgaros que al cabo se tradujo en la ocupación por estos últimos de las zonas en las que hoy es mayoritaria la población albanesa. Pero en el año 1018 el control de esas zonas pasó a manos de los bizantinos. Poco después, en el 1054, se producía la definitiva división entre Bizancio y Roma, de tal forma que en adelante los albaneses se verían sometidos a la influencia ejercida por griegos y eslavos, de un lado, y por romanos y venecianos, del otro. Aunque el catolicismo se extendió por la parte septentrional de la actual Albania, ésta quedó inserta, en los hechos, en el mundo bizantino.

Con el paso del tiempo, las invasiones eslavas hicieron sentir sus efectos en Kosova, ante todo en la forma del asentamiento de las poblaciones correspondientes en los valles y en las zonas más llanas, con el consiguiente desplazamiento hacia las montañas de la población "autóctona". En el año 1166 se produjo un significativo cambio que dio al traste con la dominación bizantina: vio la luz una nueva dinastía serbia, la de los niemanjitas, que mantuvo el poder hasta el año 1371. A finales del siglo XII los niemanjitas consiguieron sonoros éxitos militares tanto en Macedonia como en Kosova. Fue en este último, en Pejë, en donde decidieron instalar, por otra parte, la sede de su Iglesia ortodoxa, al tiempo que alentaron la conversión, a menudo forzada, de muchos albaneses. Stefan Dusan, cuyo reinado se prolongó entre los años 1331 y 1355, se hizo con el control de toda la actual Albania y llenó de iglesias y monasterios la región comprendida entre Pejë, Prizren, Mitrovicë y Prishtinë. La parte occidental del actual Kosova se convirtió, con el nombre de Metohija, en el núcleo espiritual de Serbia, de la que Prizren devino capital. Al morir Dusan su imperio se dividió, de tal suerte que Kosova quedó bajo la férula del rey Vukasin Mrnjavcevic.

Eran los mismos años en los que, debilitado el imperio bizantino, los turcos otomanos habían ocupado el Asia menor se aprestaban a adentrarse en los Balcanes. Serbia, en plena decadencia, perdió en 1371 la decisiva batalla de Marica y en 1389 la de Kosovo Polje. De resultas, y pese a que los escritores medievales dieron en convertir en victoria esta última derrota, el poder serbio empezó a evaporarse de tal manera que en adelante, y durante muchos años, su huella sólo pudo apreciarse en las querencias de unos señores feudales a menudo muy enfrentados entre sí.

La dominación otomana

El asalto definitivo de los otomanos sobre Serbia hubo de aguardar, sin embargo, a 1455, cuando se hicieron con el control de Kosova y de la parte meridional del país. Cuatro años después Serbia había capitulado por completo.

Las ciudades de Prizren y de Prishtinë, situadas en una de las rutas que comunicaban la costa dálmata y Constantinopla, experimentaron una etapa de prosperidad. Al tiempo, si la expansión del Estado serbio en los siglos anteriores se había visto acompañada de la llegada a Kosova de muchos serbios, el proceso se invirtió a mediados del siglo XV. En 1481, de hecho, buena parte de la población eslava de Kosova se había trasladado a Hungría y a la Transilvania. De resultas de esta emigración, muchos albaneses descendieron a la llanura desde la montaña, mientras eran pocos, y concentrados en Prizren, los colonos otomanos que pasaron a residir en el territorio. En el trasfondo de estos movimientos despuntaba un problema que ha preocupado bastante a los historiadores: el de si los serbios eran mayoría de la población en Kosova antes de la llegada de los otomanos. Mientras la historiografía serbia aduce documentos que parecen llegar a tal conclusión, la albanesa replica que muchos albaneses se habían visto obligados a serbianizar sus nombres, de tal forma que los documentos en cuestión a duras penas permiten llegar a conclusión fidedigna alguna.

En adelante, la población no musulmana de Kosova se vio obligada a integrarse en un sistema organizativo de inspiración musulmana que permitía

conservar, sin embargo, la identidad cultural y religiosa. Debe subrayarse que, junto a los serbios, con los que habían vivido en cierta armonía, muchos albaneses eran cristianos y quedaban insertos, por tanto, en el mismo esquema que acabamos de glosar. Las conversiones al Islam fueron cualquier cosa menos rápidas. En 1610, por ejemplo, y conforme a una estimación, había en Kosova una cifra de católicos —muchos de ellos llegaban de Albania— diez veces más alta que la de musulmanes. Es verdad, sin embargo, que en ese siglo XVII las cosas empezaron a cambiar, ante todo por los onerosos impuestos que los cristianos se veían obligados a pagar. Esto aparte, en el imperio otomano se fue extendiendo la idea de que no era posible llegar a un acuerdo con el catolicismo, algo que facilitó el despliegue de medidas más severas. Así las cosas, a la retirada otomana de Viena en 1683 y a la derrota en la guerra de Morea el año siguiente siguió un período de conversiones forzosas, en su caso de deportaciones, de católicos. Serbios y albaneses, en general, experimentaron agudas presiones —económicas y militares— encaminadas a facilitar su conversión al Islam.

Las diferencias religiosas empezaron a convertirse, de cualquier modo, en el elemento fundamental de cuantos explicaban la distinción entre serbios y albaneses. A los ojos de muchos de estos últimos, el Islam suscitaba menos animadversión que la ortodoxia: no puede olvidarse que esta última se asociaba con las imposiciones que los eslavos habían realizado en los siglos anteriores, en tanto el primero podía presentarse como una religión de hombres libres. El hecho de que, en consecuencia, muchos albaneses se convirtiesen al Islam y, al tiempo, pasasen a ocupar posiciones de cierta preeminencia abrió una primera brecha en la relación con los serbios. La intolerancia con respecto a los cristianos se acrecentó en la segunda mitad del siglo XVIII —ahí está, para certificarlo, la abolición del patriarcado ortodoxo de Pejë— y tras las guerras ruso-otomanas de finales del mismo siglo, no en vano para los otomanos los cristianos ortodoxos que vivían en Kosova eran aliados de sus rivales rusos. Antes se habían verificado, sin embargo, movimientos de aproximación entre las comunidades serbia y albanesa presentes en Kosova. Bastará con recordar al respecto que muchos serbios que habían optado por la conversión al Islam desposaron a mujeres albanesas y acabaron por convertirse, ellos mismos, en albaneses.

Las circunstancias que acabamos de mencionar tuvieron también como efecto una relativamente importante emigración de serbokosovares hacia el norte. Buena parte de la población serbia residente en los territorios situados al norte de Kosova había buscado la protección del emperador austriaco, al tiempo que se verificaba un flujo decisivo: el centro de gravedad de las comunidades serbias, que en un tiempo había estado en Kosova, empezó a trasladarse hacia Belgrado, con lo cual la separación, y la oposición, entre serbios y albaneses fue ganando terreno. El éxodo serbio facilitó, como era de esperar, una nueva llegada de albaneses de las montañas, y ello no sólo a Kosova, sino también a Macedonia e incluso a ciudades como Nis, hoy en el sur de Serbia.

Entre 1804 y 1815 se produjo una rebelión serbia contra la dominación otomana que al poco suscitó la inquietud entre los *pachás* que gobernaban Kosova, beneficiados por la relativa descentralización que caracterizaba a la dominación ejercida desde Constantinopla. Pese a la represión con que la rebelión fue obsequiada, la gestación, en 1833, de una principalidad autónoma serbia, bien que siempre dentro del imperio otomano, acrecentó las expectativas de los serbios que vivían en Kosova. Los decenios siguientes fueron de constante tensión en un país en el que las estructuras centralizadas fueron perdiendo peso —al respecto conviene recordar que los *pachás* independientes fueron desplazados en 1836—, en el que la vida de los campesinos, sometidos a onerosos tributos, era muy difícil y en el que el bandolerismo, muchas veces ejercido sobre los propios recaudadores de impuestos, se extendió por doquier.

La decadencia de la aristocracia musulmana se vio acompañada, en 1839, de medidas —servicio militar obligatorio, centralización administrativa...— que oficialmente igualaban los derechos de cristianos y musulmanes. De resultas, y por lo que parece, no faltaron los albaneses que optaron por convertirse al cristianismo. Las revueltas contra las levas fueron duramente reprimidas en 1844. Mientras, la decadencia de la vieja aristocracia abría el camino a una creciente prosperidad de los cristianos que vivían en ciudades como Prizren —a la sazón la ciudad más importante de Kosova—, Skopje u Ohrid. Los sentimientos antiortodoxos y antieslavos alcanzaron su expresión

culminante con ocasión de la guerra de Crimea, entre 1853 y 1856, y abocaron en la huida, una vez más, de población serbia.

Aun así, la ya mencionada ciudad de Prizren, que había conseguido establecer un contacto permanente con Belgrado, empezó a irradiar un discurso en el que era apreciable el influjo de lo que al poco fue el nacionalismo serbio. El programa que se alentaba desde Belgrado implicaba la expulsión de los otomanos, la adquisición de tierras en países que, como Kosova, se consideraban serbios y el establecimiento de alianzas con los restantes pueblos cristianos de los Balcanes. A medida que el siglo XIX iba avanzando, se hizo evidente que los dos grandes imperios regionales —el austriaco y el otomano— perdían terreno. Las debilidades del primero fueron puestas a la luz del día por las revoluciones desarrolladas en 1848-1849 y 1866-1867. El retroceso del imperio otomano, iniciado en 1699, no lo frenaron siquiera las numerosas reformas desplegadas en el siglo XIX. Una de ellas afectó en 1866 a los territorios mayoritariamente habitados por albaneses, que fueron objeto de división entre tres *vilayets* o provincias, a las que doce años después se agregó una cuarta: la de Kosova. El propósito de estas reformas estribaba, con toda evidencia, en cortar de sajo la posibilidad de una respuesta conjunta de todos esos territorios, amenaza que, por lo demás, nada tenía de irrisoria: también entre los albaneses empezaba a germinar un discurso nacionalista.

Aunque en los últimos párrafos nos hemos referido ya, con alguna anticipación, al surgimiento paralelo de dos nacionalismos —el serbio y el albanés— resulta de razón subrayar, una vez más, que los dos pueblos afectados no siempre habían estado enfrentados. A menudo compartían, muy al contrario, formas de organización social muy semejantes, así como costumbres, tradiciones y relatos épicos. Entre unos y otros no faltaban los lazos de sangre. Tampoco eran infrecuentes, en fin, las personas bilingües.

El despertar del nacionalismo albanés

En 1876, la llegada al trono en Constantinopla de un nuevo sultán, Abdul Hamid, provocó un renacimiento del elemento islámico que inspiraba al

imperio otomano. En Kosova ello se tradujo en medidas que, genéricamente, beneficiaban a la población albanesa frente a la eslava.

La debilidad, con todo, que seguía caracterizando a las estructuras del poder otomano facilitó, en 1877-1878, una invasión de Kosova por parte de serbios y montenegrinos, que protagonizaron una confrontación aguda con los albaneses. Varios millares de éstos fueron expulsados de la región de Nis. Es verdad que poco después las unidades otomanas se ensañaron en las represalias contra los serbios que residían en el sur de Kosova. La tregua a la postre alcanzada obligó a los ejércitos serbios a retirarse.

La derrota otomana frente a Rusia condujo, en 1878, a la firma del tratado de San Stefano, cuyas consecuencias fueron tres: el freno impuesto al imperio austrohúngaro, la consolidación de un proyecto paneslavista y la creciente influencia de Rusia en los Balcanes. Bulgaria y Serbia salieron claramente beneficiadas. A la segunda, que alcanzó por vez primera una independencia efectiva con respecto al imperio otomano, le fue asignada la mayor parte del actual territorio de Kosova, si bien es verdad que fragmentos pequeños correspondieron a Montenegro y al propio imperio otomano. Como respuesta a estos hechos, en junio de 1878 se reunieron en Prizren trescientos delegados albaneses —en su mayoría terratenientes musulmanes que, más bien conservadores, se mostraban partidarios de que las estructuras del poder otomano se mantuviesen en pie— que dieron en configurar la llamada "Liga de Prizren".

Los acontecimientos exteriores pronto se volvieron en contra de los intereses de Rusia. Las potencias de la Europa occidental y central consideraban que la mayor prioridad debía estribar en reducir las dimensiones territoriales, visiblemente engrosadas en San Stefano, de Bulgaria. A las medidas encaminadas a que la parte meridional de ésta fuese reintegrada al imperio otomano, siguieron otras en virtud de las cuales el mismo procedimiento se aplicó a los territorios en los que vivían los albaneses, con lo cual las tropas serbias hubieron de retirarse de Kosova. Aunque esto beneficiaba, sobre el papel, a los integrantes de la Liga de Prizren, la debilidad de las políticas otomanas hizo que aquéllos se inclinasen de manera cada vez más clara por la demanda de una creciente autonomía, y al respecto promoviesen medidas en las que se daban cita por igual la resistencia civil y las

acciones violentas. La represión subsiguiente suscitó, en agosto de 1878, una rebelión albanesa.

Mientras, los gobernantes serbios procuraban ganar para su causa a los albaneses, y en particular a los cristianos residentes en las zonas septentrionales. Las aproximaciones no tuvieron, por lo que parece, demasiado éxito, acaso porque los citados albaneses se identificaban primordialmente a si mismos como tales, y ello con indiferencia de su condición religiosa. Es verdad, sin embargo, que la posición claramente proislámica de la Liga de Prizren producía inquietud entre muchos de los integrantes de la comunidad cristiana albanesa. Los acontecimientos se aceleraron en 1881, cuando la Liga consiguió expulsar de Kosova a todos los administradores otomanos y quedó autoconfigurada como gobierno provincial. La respuesta otomana no se hizo esperar, y al poco la Liga era disuelta, sin que por ello se apagasen, en modo alguno, las llamas del emergente nacionalismo albanés.

La posición de Serbia en los Balcanes también se había debilitado, al compás de la pérdida de influencia de Rusia. En los hechos, Serbia se hallaba bajo dominio austriaco cuando se celebró el 500 aniversario de la batalla de Kosovo Polje. El interés de las potencias de la Europa central y occidental por los Balcanes reavivó la actividad política entre los albaneses. El principal signo fue la creación de la "Liga de Pejë", que tuvo antes un carácter musulmán que nacionalista. Mientras, la guerra serbo-búlgara de 1885 empeoró las relaciones entre estos dos países y convirtió a Macedonia en punto principal de fricción. La lucha de influencias entre los grandes imperios provocó un creciente desorden en Kosova, al tiempo que el declinante poder otomano facilitaba las incursiones albanesas en territorio serbio. Éstas sólo se vieron frenadas cuando, en 1892, se hizo sentir una presión diplomática rusa encaminada a proteger a los cristianos ortodoxos.

Las tensiones reaparecieron en 1903 y tuvieron por escenario, de nuevo, Macedonia, que pudo liberarse provisionalmente de la tutela otomana. La represión consiguiente se vio acompañada de un cambio importante en Serbia, toda vez que el mismo año la dinastía Karadjordjevic recuperó el trono y alentó nuevas esperanzas de un renacimiento nacional. El período del que acabamos de ocuparnos fue, en otro plano, de visible estancamiento

económico en Kosova. Aunque, claro, mayor era el hundimiento de todas las estructuras de poder propias del imperio otomano.

Las guerras balcánicas y la primera contienda mundial

A finales del siglo XIX se registró en el imperio otomano la aparición de un activo movimiento, el de los "Jóvenes Turcos", que buscaba revitalizar el imperio sobre la base de políticas genéricamente occidentalizadoras. El progreso de ese movimiento fue recibido con buenos ojos en Kosova, en la medida en que a su amparo parecía que los impuestos estaban llamados a bajar y se iban a reconocer, en otro plano, derechos hasta entonces conculcados. Tanto albaneses como serbios apreciaron que los Jóvenes Turcos ofrecían una razonable oportunidad de resurgimiento nacional y organización política autónoma, algo que al poco se vio confirmado por el inicio de una etapa en la que las libertades se extendieron y muchos exiliados pudieron retornar. Bien es verdad que la condición manifiestamente proislámica de muchos albaneses de Kosova hizo difícil la aceptación plácida de unas políticas que acarreaban elementos visiblemente laicos, algo que a buen seguro operó como freno para el desarrollo del nacionalismo albanés. Es verdad, en un sentido distinto, que el auge de los Jóvenes Turcos había contrarrestado los intentos del imperio austrohúngaro en el sentido de colocar a Albania en su zona de influencia. Bosnia-Hercegovina sí que había sido anexionada, en cambio, por el citado imperio a finales de 1908, en lo que se antojaba un esfuerzo encaminado a cortarle las alas a Serbia y a su aliado ruso. La confrontación entre Serbia y el imperio austrohúngaro ocupaba, de cualquier modo, un lugar prominente, que oscurecía la importancia del otro imperio, el otomano, en el desarrollo de los acontecimientos.

Las esperanzas depositadas en los Jóvenes Turcos empezaron a desvanecerse cuando éstos se dejaron impregnar por la influencia, creciente, del nacionalismo turco y entraron en colisión, más o menos aguda, con los diferentes nacionalismos balcánicos. De resultas, en 1909 y 1910 estallaron entre los albaneses de Kosova nuevas revueltas en las cuales, y en ausencia de una autoridad albanesa común, los intereses particulares parecieron imperar

sobre cualesquiera otros. Los Jóvenes Turcos desarrollaron una cruda represión de la que se derivó en 1911 la huida de muchos serbios y albaneses residentes en Kosova. Conviene subrayar que tanto desde Serbia como desde Montenegro se había alentado la rebelión albanesa. Los dirigentes serbios, en particular, parecían estimar que en su posición, muy delicada, era preferible contar con el apoyo de los albaneses; por vez primera habían aceptado, en fin, que en el caso de éstos no se trataba ya de meras tribus dispersas, sino de un grupo nacional al que convenían todos los aditamentos correspondientes.

La represión de los Jóvenes Turcos provocó una nueva sublevación albanesa en 1912. La crisis política que, en virtud del éxito de la sublevación, se produjo en Turquía abocó en la promesa de que en adelante se introducirían reformas y se celebrarían elecciones libres tanto en Albania como en Kosova. Bien que a regañadientes, tales ofrecimientos fueron aceptados, al tiempo que se rechazaban, en cambio, las ofertas que, procedentes de Serbia, apuntaban al reconocimiento de los derechos de los albaneses en el marco de un Estado serbio cuya ayuda económica era, sin embargo, bien recibida. La política de Belgrado, que en virtud de la anexión austrohúngara de Bosnia-Hercegovina había visto frustrada la obtención de una salida al Adriático, se centró en adelante en Macedonia. En el mismo año 1912 quedó configurada entre Bulgaria, Grecia, Montenegro y Serbia una alianza cuyos objetivos fundamentales eran tres: el reparto de las posesiones balcánicas del imperio otomano, el establecimiento de un frente que contrarrestase, al norte, las políticas del imperio austrohúngaro y el designio de imponer un freno a cualquier intento de gestar un Estado albanés.

En octubre de 1912 cobró cuerpo la primera guerra balcánica, que enfrentó a los cuatro aliados antes mencionados y al imperio otomano. Aunque los albaneses procuraron mantenerse al margen, la rápida derrota del ejército otomano y la invasión, por los aliados, de los territorios que habitaban aceleraron la manifestación de una activa oposición a las potencias balcánicas, en presunta aplicación del dicho que afirma que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. En este marco, no sin fuerte resistencia, Serbia se anexionó Kosova y se aproximó sensiblemente a las orillas del Adriático, circunstancia que suscitó la inmediata inquietud del imperio austrohúngaro. Los intereses de este último facilitaron la rápida proclamación, en noviembre

de 1912, de un Estado albanés independiente, que al poco recibió una nueva agresión de los ejércitos serbios en el norte del país. La presión rusa permitió la retirada serbia, a cambio, bien es cierto, de concesiones territoriales en Kosova. El designio austrohúngaro apuntaba, con toda evidencia, a evitar que el Estado serbio sustituyese en los Balcanes, como amenaza, al decadente imperio otomano. La postrera influencia ejercida por este último para que los albaneses de Kosova asumiesen una nueva insurrección, ahora contra Serbia, dio su resultado pero no consiguió impedir el despliegue inmediato de una cruenta represión.

En mayo de 1913 se firmó en Londres un tratado que formalmente ponía fin a la primera guerra balcánica, ante todo en virtud de una renuncia del imperio otomano a sus territorios europeos (con la excepción de Estambul y de la Tracia oriental). Las aspiraciones de Serbia y de Grecia experimentaban, sin embargo, un freno en la medida en que el tratado implicaba el reconocimiento de un Estado albanés independiente. A manera de compensación, los dos países mencionados procuraron repartirse Macedonia, lo que suscitó la pronta reacción de Bulgaria. La guerra —la segunda balcánica — estalló en junio de 1913 y abocó en la derrota de este último país, que en virtud del tratado de Bucarest perdió su salida al Egeo mientras Serbia conseguía doblar su territorio a través de la incorporación de buena parte de la citada Macedonia. La aspiración de Belgrado en el sentido de encontrar una salida al mar en Albania se vio, entre tanto, refrenada, y ello pese a que Serbia conservó el control sobre Kosova y a que, en paralelo, se abrieron sesudas discusiones relativas a la línea de frontera entre los estados albanés y serbio.

El hecho de que Kosova —y con él las zonas de Macedonia, Montenegro y Grecia en las que había significada población albanesa— quedase fuera del recién nacido Estado albanés suscitó pronto problemas. Éstos pasaron a un segundo plano en la medida en que en julio de 1914 el imperio austrohúngaro declaró la guerra a Serbia. Como es fácil imaginar, la noticia fue recibida con entusiasmo entre los albaneses. El conflicto pronto llegó a Kosova en la forma de combates muy duros entre serbios y albanokosovares; muchos de éstos se vieron obligados a huir camino de Albania. Mientras, en Londres se pactaba el reparto de esta última —sólo se dejaba al margen una pequeña región central que estaba llamada a disfrutar de una liviana autonomía— entre Italia y Grecia.

El derrotero del conflicto —estamos hablando, claro es, de la primera guerra mundial— permitió que tropas austrohúngaras ocupasen una buena parte de Kosova al tiempo que Bulgaria se adueñaba de la parte oriental de éste. Entre tanto, la posición militar de Serbia, enfrentada tanto con los austrohúngaros como con Bulgaria, era muy delicada, como lo demuestra el hecho de que buena parte de su ejército se viese obligado a atravesar Kosova y a huir, con muchísimas bajas, hacia la vecina Albania, donde los soldados, bien es cierto, apenas fueron hostigados.

Tras la retirada serbia, Kosova quedó bajo ocupación austrohúngara. En el otoño de 1918 la marcha de los contingentes militares austrohúngaros y búlgaros permitió, sin embargo, la reentrada en el país de tropas serbias que, respaldadas por Francia, se entregaron a una activa represión y provocaron, una vez más, la huida de muchos albaneses. Mientras, había surgido un Comité para la Defensa Nacional de Kosova que se proponía la reunificación de todas las tierras albanesas y rechazaba la delimitación de fronteras realizada unos años antes.

La primera Yugoslavia

La derrota del imperio austrohúngaro, de Turquía y de Bulgaria en la primera guerra mundial abrió el camino a la gestación de un nuevo Estado eslavo en los Balcanes, que recibió el nombre de "Reino de los serbios, croatas y eslovenos" y se hizo con el control, no sólo de Kosova, sino también de parte de la Albania septentrional. En el seno de esta "primera Yugoslavia" parecía clara, por lo demás, la preeminencia de un proyecto centralista asentado en Serbia, bien reflejado en una sesgada división administrativa que permitió que los serbios fuesen mayoría de la población en seis provincias, los croatas en dos, los eslovenos en una, y en ninguna los musulmanes y los albaneses. Por lo que a Kosova atañe, fue gobernado desde Belgrado en virtud de la simple extensión del sistema de administración vigente en Serbia.

Conforme al censo de 1921, que probablemente minimizaba la presencia de población albanesa, a ésta se adscribía un 64% de los habitantes del territorio (diez años después el porcentaje era de un 63%). En ese mismo año

de 1921 se sometió a la Liga de Naciones una petición en la que se reclamaba, una vez más, la reunión de Kosova y Albania. El descontento de la población albanokosovar pronto adoptó la forma del llamado movimiento *kaçak*. Apoyado por Italia, el movimiento estaba configurado ante todo por bandoleros reconvertidos en héroes conforme al modelo de los *hajduks*. La represión ejercida en Albania provocó varios intentos fallidos de golpe de Estado asumidos por *kaçaks* y estimuló acuerdos secretos entre Yugoslavia y la propia Albania para erradicar el movimiento. El distanciamiento entre Kosova y Albania alcanzó sus máximas cotas cuando Ahmet Zogu, que había sido el ministro del Interior encargado de reprimir a los *kaçaks*, se proclamó a sí mismo rey de Albania en 1928.

Pero, al margen de lo anterior, en la primera Yugoslavia —había adoptado este último nombre tras la abolición de la Constitución y la disolución del parlamento por el rey Alejandro en el año 1929— se hizo valer de forma clara la represión de la condición nacional albanesa en Kosova. Al respecto bastará con recordar que el territorio kosovar fue dividido entre varias unidades regionales, con el propósito expreso de cercenar, una vez más, cualquier posibilidad de respuesta común. Esto aparte, se abrió camino un intento de asimilación lingüística forzada de los albaneses, y ello aunque no resultó en modo alguno evidente que la preservación de las escuelas islámicas facilitase, como al parecer era el designio del gobierno serbio, la ratificación del atraso y de la ignorancia de aquéllos. El serbocroata era la única lengua empleada tanto en el sistema educativo como en la administración en un escenario marcado, además, por la presencia de unidades serbias paramilitares. El panorama no resultaba ser muy diferente, en fin, en las partes de Montenegro y de Macedonia en las que había comunidades albanesas, y ofrecía una explicación de por qué, a diferencia de lo ocurrido con muchos de los musulmanes eslavófonos de Bosnia-Hercegovina, la generalidad de los albaneses esparcidos por el territorio de la primera Yugoslavia mostró poca predisposición a colaborar con ésta.

Pero los años que nos ocupan fueron, por encima de todo, los de un ambicioso programa de colonización articulado desde Serbia. El programa se desplegó en dos fases: la primera entre 1918 y 1928 —los mismos años de auge del movimiento *kaçak*— y la segunda entre 1929 y 1941. El propósito era

acrecentar la presencia demográfica de los serbios, garantizar la impermeabilidad de las fronteras con Albania y estimular, en fin, la emigración de albanokosovares. En virtud de una ley aprobada en 1931, cada uno de los colonos serbios, que llegaron acaso en número de 40.000, debía recibir cincuenta hectáreas de tierra —a menudo expropiadas a albanokosovares— y beneficiarse de otras ventajas, algo que a la postre se tradujo en la confirmación de la existencia de una comunidad serbia relativamente próspera en el marco de una sociedad en la que vivían dos comunidades claramente separadas. Fue en esta época cuando entre los albaneses se empezó a hablar de "serbios nativos" para designar a aquellos que vivían en el país antes de 1912 y que mantenían una relación cordial con sus vecinos albaneses. La situación demográfica se vio alterada también por la emigración —ante todo a Turquía, y secundariamente a Albania y a países árabes— de unos 250.000 albaneses, con frecuencia acompañados de musulmanes eslavófonos y de turcos.

El estancamiento económico fue, por otra parte, un elemento sustancial del período de entreguerras en Kosova. La abrumadora mayoría de la población trabajaba en el sector primario, en tanto la otra fuente de riqueza —la minería— se hallaba en manos foráneas y apenas hacía sentir sus efectos saludables sobre el país. Tanto los serbios como los albaneses vivían, por lo demás, en *zadrugas*, pequeños estados en miniatura a cuya cabeza se encontraba el jefe de la familia que, sin aparente merma de la condición jerárquica del sistema, ejercía su poder de consuno con una asamblea en la que estaban presentes todos los varones.

Los años de entreguerras registraron también la aparición del Partido Comunista de Yugoslavia, cuya política nacional exhibió notabilísimas oscilaciones. Inicialmente, el Partido se pronunció a favor de una confederación balcánica y llegó a pedir, conforme a lo acordado en el V Congreso de la *Komintern*, la desintegración del Estado yugoslavo, que se estimaba estaba al servicio de un proyecto nacionalista gran serbio. Pero en la segunda mitad del decenio de 1930 las tornas cambiaron en provecho de una apuesta por la unidad yugoslava que acarreaba un franco rechazo del derecho de autodeterminación. Fuesen las cosas como fuesen, el número de albaneses en las filas del Partido Comunista de Yugoslavia era completamente marginal. Para explicarlo podían invocarse datos de orden dispar, como la escasa

presencia de trabajadores industriales en Kosova, la debilidad de la *intelligentsia* local y, claro, las reticencias derivadas de la tensa relación entre albaneses y serbios. Es innegable, de cualquier modo, que desde Serbia se dieron algunos pasos —así, protestas por las políticas encaminadas a facilitar la emigración de los albaneses, establecimiento de un comité del Partido Comunista estrictamente vinculado con Kosova— para mejorar unas relaciones claramente marcadas por la tensión.

La segunda guerra mundial en Kosova

En el marco de un general proceso de invasión de Yugoslavia, en 1941 Alemania ocupó Kosova. Albania, independiente sólo en términos formales y en realidad colonia italiana, recibió, sin embargo, la mayor parte del país, algo que en los hechos convirtió a Italia en la potencia que lo controlaba. Alemania reservó para sí, sin embargo, la región más septentrional —en donde estaban situadas las codiciadas minas de Trepçë—, que quedó formalmente asignada al Estado títere que el ocupante alemán había creado en Serbia. También Bulgaria recibió, en suma, una banda de tierra en la parte oriental de Kosova, a la que más adelante se agregaron algunos territorios del norte del país.

La atribución de la mayor parte del territorio kosovar a Albania convirtió a todos sus habitantes, incluidos los eslavos, en ciudadanos albaneses a principios de 1942. Las iniciales concesiones que los ocupantes realizaron a la mayoría albanesa de la población —dirección de los gobiernos locales, cierta discreción en cuanto a la organización del sistema educativo— pronto tocaron a su fin, de resultas, ante todo, de las protestas del gobierno títere existente en Serbia. Éste llamó también la atención sobre presuntos casos de hostigamiento contra la población serbia presente en el territorio. El reclutamiento de albaneses para formar parte de unidades militares alemanas hubo de aguardar, por lo demás, a 1943, pero fue pronto frenado al decidirse que los soldados correspondientes debían alistarse en la división musulmana de las SS creada en Bosnia. Mientras, no conviene olvidarlo, en Serbia habían visto la luz cuatro batallones del llamado "Cuerpo Voluntario Serbio", entregados a la lucha contra la guerrilla partisana.

Más éxito tuvo la creación de unidades albanesas en la parte de Kosova controlada por Italia. El principal signo de la gestación de unidades albanesas autónomas fue, a partir de 1941, el llamado "Grupo Skanderbeg". Lo anterior no debe inducir a pensar, con todo, que la relación con las potencias del Eje era fluida. La aparente aceptación de los hechos entre los albaneses mucho tenía que ver con la percepción de que las potencias mencionadas, al favorecer el hundimiento de Yugoslavia, permitirían el auge de un proyecto de reintegración de todos los albaneses en un Estado común. La política italiana generaba al respecto numerosas contradicciones, no en vano alentaba el nacionalismo albanés al tiempo que se negaba a reconocer, tanto para Albania como para Kosova, cualquier relación que no fuese estrictamente colonial.

Noel Malcolm ha subrayado que, a la postre, la situación de Kosova durante la segunda guerra mundial no fue muy diferente de la de la propia Serbia. En uno como en otro caso, "muchos funcionarios siguieron trabajando para el nuevo régimen, en tanto una pequeña proporción de varones en edad de servir en filas se sumó a las formaciones colaboracionistas. No puede sorprender que esa proporción fuese más alta en Kosova, dado que muchos albaneses no habían sentido lealtad alguna hacia el régimen yugoslavo anterior y habían percibido la conquista del Eje, al menos potencialmente, como una forma de liberación"[4]. Aparte lo dicho, es innegable que la presencia de los dos movimientos de oposición al invasor —chetniks y partisanos— fue menor en Kosova que en Serbia: la razón era, de nuevo, de cariz étnico, toda vez que los albaneses residentes en el territorio estimaban que esos movimientos eran fuerzas de carácter exclusivamente serbio. Es verdad, con todo, que, sin mucho éxito, los comunistas yugoslavos habían procurado atraerse a la población albanesa. Al efecto habían criticado la colonización ejercida por la "burguesía gran serbia" y habían llegado a reclamar la creación de una república de Kosova. En 1940 el comité local de Kosova había sido segregado del de Montenegro —ya lo señalamos— y había adquirido, en consecuencia, una mayor entidad. En septiembre de 1942, por otra parte, y pese a la debilidad manifiesta del proceso, se formó el primer grupo partisano albanokosovar. Entre tanto, el Partido Comunista Albanés, muy celoso de la preservación de unas relaciones cordiales con su homólogo yugoslavo, se abstenía por completo de actuar en Kosova e impedía así que los comunistas

albanokosovares se pertrechasen con un discurso nacional adaptado a sus presuntas necesidades.

En septiembre de 1943 se produjo la capitulación italiana en la guerra. Las unidades italianas presentes en Kosova fueron hechas prisioneras por el ejército alemán. Esto aparte, Alemania, que en todo momento procuró cortejar al nacionalismo albanés, intentó mantener la ficción de que Albania seguía siendo un Estado independiente y neutral. Al mismo tiempo que se producía la retirada italiana surgía en Kosova un movimiento que, con el nombre de "Segunda Liga de Prizren", postulaba la unificación étnica con Albania. Pronto, en el invierno, se asoció el auge de ese movimiento con nuevas expulsiones de serbios y montenegrinos. Aunque la mayoría de los dirigentes de la "Segunda Liga" habían colaborado con italianos y alemanes, el tono de su actividad era de cariz estrictamente nacionalista, de tal suerte que apenas podían apreciarse en aquélla elementos de simpatía por las potencias del Eje. La "Segunda Liga" competía en Kosova, por lo demás, con dos fuerzas creadas en Albania y de simpatías aliadófilas: el Balli Kombëtar, un movimiento republicano de centro-izquierda, y el partido monárquico Legalitet, de innegable influencia entre los militares. La respuesta de los comunistas, que seguían siendo débiles, al desarrollo de estas formaciones competidoras fue doble: por un lado, se revelaron de nuevo lemas más o menos afines a las demandas del nacionalismo albanés, y entre ellos el que mostraba disposición a reconocer la autodeterminación; por el otro, se imponían todos los obstáculos posibles a la consolidación de cualquier tipo de resistencia no comunista.

En septiembre de 1944 Bulgaria, en donde habían penetrado unidades soviéticas, declaró la guerra a Alemania. En octubre unidades soviéticas y búlgaras penetraron en Serbia y en Kosova. Un poco antes, en septiembre, se había verificado la retirada alemana de Grecia. La marcha de las unidades alemanas presentes en Kosova fue inmediata, y más pareció deberse a la presión militar soviético-búlgara que a las acciones de las guerrillas partisanas yugoslavas y albanesas, algo que, de nuevo, da cuenta de la debilidad de la resistencia comunista. No faltaron en los meses siguientes problemas dentro de las propias unidades partisanas. Una de ellas, liderada por el albanés Shaban

Polluzha, se negó a trasladarse a Croacia y hubo de combatir con otras fuerzas partisanas en la región kosovar de Drenica.

El número de muertos generados por la segunda guerra mundial en Kosova ha sido objeto de numerosas, y muy dispares, estimaciones. Algunas de las más recientes lo cifran entre 10.000 y 25.000. Esto aparte, las víctimas mortales de condición étnica albanesa fueron algo más numerosas —difícilmente podía ser de otra forma habida cuenta de la diferente presencia demográfica de unos y otros grupos— que las correspondientes a serbios y montenegrinos. En conjunto, y de cualquier modo, la guerra dejó en Kosova un número de muertos proporcionalmente inferior al registrado en otras partes de Yugoslavia.

En el discurso de algunas de las modulaciones del nacionalismo serbio contemporáneo se ha hecho valer, por lo demás, la tesis de que fueron muchos los albaneses que se trasladaron a Kosova, desde Albania, durante la guerra mundial. Al respecto se han barajado cifras de 100.000, para el período 1941-1945, y de 260.000, para la etapa 1941-1948; una y otra evaluación se antojan pura fantasía, habida cuenta de que ninguno de los fondos documentales de las potencias ocupantes las avalan. Parece innegable, en cambio, que el número de serbios y de montenegrinos presentes en Kosova se redujo por efecto de la guerra. Una de las estimaciones al uso cifra en 40.000 los eslavos que abandonaron el territorio, un guarismo semejante al de los colonos instalados en Kosova en el decenio de 1930.

III. En el Estado federal yugoslavo

La imagen que de Tito tienen muchos albanokosovares es cálida. Al fin y al cabo, Tito concedió a Kosova, con el paso de los años, un grado notable de autogobierno al tiempo que limitó el influjo de las versiones más agresivas del nacionalismo serbio. Es verdad, con todo, que el juicio al respecto debe moderarse. Tal y como lo señala Noel Malcolm, "algunas de las medidas de Tito encaminadas a garantizar el respeto de los derechos humanos de los albaneses tuvieron una naturaleza parcial; otras se desarrollaron sólo bajo la presión de las circunstancias, incluida la ejercida por las demandas de albaneses descontentos. Y algunas se adoptaron en virtud de razones de carácter pragmático absolutamente desconectadas de las necesidades del propio Kosova"[5]. Más allá de lo anterior es obligado analizar críticamente, claro, el legado de Tito: la indefinición institucional y la crisis económica que formaban parte de ese legado fueron elementos decisivos a la hora de configurar un escenario en el que, pocos años después, cobraron cuerpo las políticas de Slobodan Milosevic en Serbia.

La travesía del desierto (1945-1974)

La imbricación de Kosova en el naciente Estado federal yugoslavo se vio marcada por un significativo debate jurídico-político. A principios de 1944 Tito, quien al poco se convertiría en carismático dirigente de ese Estado, había señalado que la Vojvodina y otras áreas similares se beneficiarían de una amplia autonomía, hasta el punto de que sus habitantes podrían decidir a qué unidad federal vincularse. Por lo que a Kosova se refiere, y como quiera que en los hechos la decisión al respecto correspondía a las estructuras del Partido Comunista, tras descartarse las posibilidades de Montenegro y Macedonia al final lo que cobró cuerpo fue la idea de emplazar el país dentro de Serbia. En septiembre de 1945 la Asamblea Popular de esta última república estableció una "región autónoma de Kosovo-Metohija" y la declaró "parte constituyente" de Serbia. Debe aclararse que en la terminología al uso, un tanto difusa, las regiones tenían una

condición inferior a la que correspondía a las provincias. El criterio de la Asamblea Popular fue ratificado, en 1946, por una nueva Constitución yugoslava y, un año más tarde, por la Constitución de la república de Serbia. Para hacer las cosas todavía más delicadas, la citada Constitución yugoslava colocaba a la postre a la propia Vojvodina —un territorio, también situado dentro de Serbia, en el que existía una minoría húngara— en un escalafón superior al de Kosova, en la medida en que elevaba su rango al de provincia, mientras Kosova seguía siendo una mera región.

En virtud de los datos anteriores, la lectura que buena parte del nacionalismo serbio realizó de lo ocurrido es sencilla: la anexión de Kosova por Serbia se produjo varios meses antes de la promulgación de la Constitución yugoslava de 1946, de tal suerte que el territorio correspondía primariamente a Serbia, y sólo de manera secundaria a Yugoslavia. La réplica albanesa subrayaba, en cambio, que el "Consejo Popular Regional" de Kosova se había pronunciado por la anexión en una "Serbia federal" o, lo que es lo mismo, por la integración en una Serbia definida ya como una unidad federal de Yugoslavia. Esto aparte, la citada instancia kosovar había enviado directamente sus delegados, sin intermediarios, a la reunión celebrada en agosto de 1945 por el "Consejo Antifascista para la Liberación Nacional de Yugoslavia" (AVNOJ), circunstancia que convertía a Kosova en unidad primaria, y no en una mera parte de Serbia, en el proceso de configuración del nuevo Estado federal. Es verdad, con todo, que ninguna de las decisiones que nos ocupan respondía al despliegue de procedimientos en los que se hiciese valer realmente la opinión de la población, en un escenario en el que los flujos autoritarios despuntaban por doquier.

Solapada cronológicamente con el debate anterior —y con una activa represión que, al calor de lo ocurrido durante la segunda guerra mundial, produjo varios millares de muertos entre la población albanokosovar— se produjo en Kosova una agria disputa relativa a una decisión de Tito, quien en marzo de 1945 prohibió el retorno de colonos serbios al país. La decisión fue revocada dos semanas después y una comisión quedó encargada de analizar caso por caso. De resultas, y sobre un total de 11.000 demandas, un 43% de éstas se saldó en la restauración de las propiedades, un 51% en la pérdida de alguna parte de éstas y el 8% restante en la pérdida de la totalidad de las tierras; unos 4.000 colonos serbios que antes habían residido en Kosova se vieron obligados a trasladarse, en consecuencia, a otras partes de Yugoslavia. Fuesen las cosas como fuesen, en 1948 el censo identificaba en el país 725.000 albaneses, 170.000 serbios y 22.000 montenegrinos.

Hasta 1948, por lo demás, la relación bilateral entre la Yugoslavia de Tito y la Albania que había pasado a dirigir Enver Hoxha —una y otra inmersas en una estrecha vinculación con la URSS— resultó ser fluida, como lo demostraba la radical negativa de Albania a plantear cualquier demanda en relación con Kosova y la condición abierta de la

frontera —permitió que unos 25.000 albaneses pasasen a residir en Yugoslavia— entre los dos estados. El propósito oficial de los dos países era alentar una fusión entre Albania, Yugoslavia y Bulgaria en la forma de una "Federación balcánica". Los obstáculos que Stalin impuso al proyecto fueron una de las razones que condujeron, sin embargo, a la confrontación —se hizo evidente en junio de 1948— entre el régimen de Tito y la URSS. En adelante, Hoxha se convirtió en un crítico feroz de las políticas de Tito, y al respecto no dudó en referirse a la dominación ejercida sobre Kosova.

La policía y los servicios secretos yugoslavos asumieron en los años siguientes una creciente represión que tanto se ensañó con los presuntos partidarios de la URSS como con eventuales querencias nacionalistas. En Kosova un buen botón de muestra de esta última circunstancia lo fue, en 1956, el llamado "proceso de Prizren", una farsa judicial en la que se sentaron como acusados varios de los cuadros comunistas albanokosovares. El hecho de que las relaciones bilaterales entre Yugoslavia y la URSS mejorasen sensiblemente a mediados del decenio de 1950 contribuyó, sin embargo, a rebajar las tensiones. Debe subrayarse, en paralelo, que hubo que aguardar a principios del decenio siguiente para que en Kosova se hiciese sentir un movimiento, el dirigido por Adem Demaçi —bastantes años después confesaría que por aquel entonces su ignorancia con respecto a lo que realmente sucedía en Albania era completa—, que reclamase la unificación con Albania. La mayoría de los intelectuales albanokosovares, o mostraban escaso interés por las cuestiones políticas, o se sentían leales al Estado yugoslavo.

Fuesen las cosas como fuesen, los dos primeros decenios de la historia del Estado federal yugoslavo se vieron marcados, en Kosova, por la omnipresencia de serbios y montenegrinos en los aparatos de dirección del Partido y del Estado, y por la consiguiente marginación de los albaneses. Los serbios y montenegrinos, que según el censo de 1953 eran un 20% de la población, aportaban el 50% de los miembros del Partido y ocupaban un 68% de los puestos administrativos y de dirección. Ello no impidió que, al menos en el terreno de la educación, la lengua albanesa recuperase, bien que siempre en posición secundaria, algún terreno y que, más allá de lo anterior, los programas de alfabetización progresasen de manera espectacular. Muchas de las manifestaciones culturales y lingüísticas de la mayoría albanokosovar fueron, entre tanto, toleradas, y ello pese a que no faltaron crudas medidas de represión que llevaron a la cárcel o al exilio a significados miembros de la élite intelectual correspondiente. Las políticas oficiales alentaban, por otra parte, el empleo del serbocroata en la enseñanza primaria y, más aún, colocaban la educación islámica en manos de profesores bosnios que utilizaban, de nuevo, la misma lengua. El respeto de las creencias religiosas —del Islam en el caso que nos ocupa— no era, de cualquier modo, meticuloso en un escenario en el que la presión migratoria sobre los albaneses parecía ser fuerte. Otro dato de interés lo fueron las medidas oficiales, vinculadas también con esa presión migratoria,

encaminadas a estimular que los albaneses de Kosova y de Macedonia se identificasen a sí mismos como turcos, en aplicación, sin duda, del viejo axioma "divide y vencerás". Lo cierto es que, conforme a una estimación, entre 1945 y 1966 unos 100.000 albanokosovares abandonaron su país.

En otro plano, el desarrollo económico fue muy débil, como lo atestigua el hecho de que hubo que aguardar a 1957 para que Kosova empezase a recibir fondos federales encaminados a propiciar una industrialización que, por añadidura, se concentró en minas y complejos hidroeléctricos destinados al abastecimiento del resto de Yugoslavia. Las inversiones generaban un número relativamente bajo de puestos de trabajo, algo que a buen seguro contrastaba con el rápido crecimiento demográfico del país. Bastará con recordar, por citar un dato de relieve, que si en 1946 el ingreso medio en Eslovenia era tres veces más alto que en Kosova, en 1952 la diferencia era de 4,1 a 1, en 1965 de 4,6 a 1, en 1981 de 5,4 a 1 y en 1984 de 6,1 a 1. No es fácil evaluar, en fin, el efecto de la reforma agraria que se desplegó. A buen seguro es exagerada la tesis, avanzada por muchos analistas albanokosovares, que sugería que aquélla se había desarrollado en franco beneficio de la minoría serbia y, en particular, de los colonos recién llegados. La reforma en cuestión se tradujo en el desmantelamiento de las grandes propiedades, algo que no dejó de beneficiar, en alguna medida, a las dos grandes comunidades étnicas presentes en Kosova, y ello aunque sea lícito concluir que las ventajas para los serbios pudieron ser mayores. Esto aparte, los progresos en el ámbito del sistema sanitario fueron innegables. Así, por ejemplo, la tasa de mortalidad infantil descendió desde 142 fallecidos por cada 1.000 recién nacidos en 1960 hasta 90 en 1970.

La nueva Constitución yugoslava promulgada en 1963, aunque elevó formalmente a Kosova a la condición de provincia, ratificó con rotundidad la idea de que ésta carecía de atribuciones en el ámbito federal y debía quedar constreñida, por tanto, a una función de mera parte integrante de Serbia. Es verdad que los efectos de este estado de cosas duraron poco tiempo. La destitución de Aleksandar Rankovic —uno de los representantes preclaros del auge de una modalidad abrasiva del nacionalismo serbio— por Tito en 1966 abrió el camino a un activo proceso de descentralización. El propio Tito llamó la atención sobre la discriminación padecida por muchos albaneses y facilitó se introdujese, a finales de 1968, una enmienda constitucional en virtud de la cual las provincias serían en adelante parte tanto de Serbia como de la estructura federal. El nombre "Kosovo-Metohija", que hasta entonces se había impuesto en las declaraciones oficiales y que irritaba a muchos albanokosovares, fue reemplazado en adelante por el de "Kosovo". Otra enmienda abría el camino, en fin, a una notable elevación de las competencias de las provincias, que en los hechos se iban aproximando a las de las repúblicas federadas.

Eran años, por lo demás, en los que se registraba un progresivo acercamiento entre Albania y Yugoslavia. La primera había abandonado el bloque soviético en 1961 y una y otra habían manifestado en 1968 —el mismo año en que arreciaron manifestaciones de corte nacionalista protagonizadas por albanokosovares— su inquietud ante la represión, por el Pacto de Varsovia, de la "primavera de Praga" checoslovaca. En 1969 se legalizó el empleo, en Kosova, de la bandera albanesa, al tiempo que se firmaban acuerdos comerciales, se alentaba la contratación de profesores procedentes de Albania y se configuraba una universidad, con clases tanto en albanés como en serbocroata, en Prishtinë. Al amparo de esta última, y en los años siguientes, se forjó en Kosova una activa élite intelectual albanesa que algo tuvo que ver, a buen seguro, con la parcial corrección de algunas de las situaciones de discriminación. En 1971, de cualquier modo, a la minoría serbia y montenegrina le correspondía todavía un 52% de los puestos dirigentes.

Los años llevaderos (1974-1989)

Los cambios introducidos a partir de 1966 tuvieron su concreción más clara en 1974, en la forma de una nueva Constitución yugoslava que, en vigor hasta la desintegración del Estado federal, reconoció a las provincias autónomas de Kosova y de la Vojvodina una condición y una representación en los órganos federales en muchos sentidos semejantes a las correspondientes a las repúblicas. Bastará con recordar al respecto, sin ir más lejos, que una vez fallecido Tito en 1980, Yugoslavia se vio encabezada por una presidencia colectiva en la que tomaban asiento ocho personas: los representantes de las seis repúblicas y los de las dos provincias autónomas. En virtud de la nueva Constitución estas últimas podían promulgar, además, sus propias constituciones.

Es obligado preguntarse por qué los cambios constitucionales mencionados no abocaron en la franca conversión de Kosova y la Vojvodina en repúblicas federadas: una y otra, aunque convertidas en agentes de la Federación Yugoslava, seguían siendo partes integrantes de Serbia. Al respecto Noel Malcolm ofrece dos explicaciones[6]. La primera tiene un carácter fundamentalmente teórico: los acuerdos suscritos por los dirigentes comunistas yugoslavos en Jajce en 1943 establecían que las repúblicas eran las entidades que correspondían a las "naciones"; las "nacionalidades", en cambio, no tenían el derecho a disponer de aquéllas. Se entendía que una "nación" (*narod* en serbocroata) podía formar, llegado el caso, una entidad estatal, de tal suerte que al menos en la teoría detentaba un derecho de secesión plasmado en la república correspondiente. Una "nacionalidad" (*naródnost*) era, por el contrario, una parte desplazada de una nación cuyo núcleo residía en otro Estado, de tal forma que carecía de la condición de nación constituyente en el marco de la Federación Yugoslava. Los albaneses de Kosova, como

los húngaros de la Vojvodina, configuraban "nacionalidades", en tanto croatas, eslovenos, macedonios, montenegrinos, serbios y, desde el decenio de 1960, musulmanes bosnios eran "naciones". Es verdad, sin embargo, que buena parte del peso de la distinción que acabamos de apuntar se desvaneció cuando la Constitución de 1974 procedió a hablar de Yugoslavia como "una república federal de naciones y nacionalidades libres e iguales".

La segunda de las explicaciones invocadas por Malcolm tenía una dimensión mucho más práctica: la negativa a reconocerle a Kosova la condición de república obedecía al temor de que con el paso del tiempo optase por la secesión y decidiese unificarse con Albania; conviene subrayar, sin embargo, que semejante temor no se tradujo en intentos de reforzar, desde el poder federal central, una eventual identidad albanokosovar claramente distinta de la albanesa de Albania. En el trasfondo se hallaba, también, el deseo de rebajar las protestas que los cambios provocados por la nueva Constitución generaban, de manera un tanto soterrada, en Serbia y, en particular, entre los serbios de Kosova.

Al margen de las explicaciones anteriores, es obligado subrayar que los cambios constitucionales de 1974 suscitaron lecturas enfrentadas en lo que acaso eran manifestaciones de los nacionalismos serbio y albanokosovar. A los ojos de muchos de los portavoces del primero, Kosova escapaba en los hechos al control ejercido desde Belgrado. Desde el punto de vista dominante en el segundo, aunque se inauguraba una etapa sensiblemente mejor que las anteriores, el problema de fondo —la configuración de Kosova como república y, con ella, un difuso derecho de secesión— pervivía, como lo hacía la represión frente a cualquier tipo de veleidad nacionalista, ahora asentada en las presuntas acciones de grupos terroristas como el "Movimiento Revolucionario de los Albaneses Unidos" o el "Partido Comunista Marxista-Leninista de los Albaneses de Yugoslavia". El eco de la posición que nos ocupa fue particularmente perceptible en las manifestaciones que cobraron cuerpo en Kosova en marzo de 1981, y que incorporaron lemas como "Kosova república" y "Somos albaneses, no yugoslavos".

Las protestas de 1981, iniciadas por estudiantes y completamente inéditas, pronto alcanzaron a buena parte de la sociedad albanokosovar y se extendieron por todo el país. Al amparo de un absoluto silencio informativo, la represión fue muy dura y produjo un número difícilmente determinable de muertos y más de dos mil detenidos, en medio de denuncias oficiales de chauvinismo albanés, separatismo y maquinaciones urdidas en Tirana. La organización kosovar de la Liga de los Comunistas fue purgada, no sin que faltasen algunos comentarios sagaces que, más allá de los hechos, identificaron problemas graves en el terreno económico y social. Uno de ellos vio la luz en labios de Tihomir Vlaskalic, miembro del Comité Central de la Liga de los Comunistas de Serbia, quien dio cuenta de las consecuencias de una apuesta desmesurada por la industria

pesada en detrimento de la agricultura y sugirió que la expansión de la enseñanza superior era una forma de ocultar, el desempleo. Éste era en Kosova, por lo demás, el más alto de toda Yugoslavia, y sus niveles resultaban particularmente sangrantes entre la población albanesa.

Y es que, al tiempo que la libertad en el terreno cultural se acrecentaba, la situación económica no mejoraba. Al margen de las apreciaciones que acabamos de reseñar en boca de Vlaskalic, Kosova seguía sin generar recursos propios de capital —sólo un 4,6% de las inversiones se hacía en virtud de recursos autóctonos en 1978—, dependía de manera abrumadora de los fondos de inversión federales y registraba una significada transferencia de población rural, víctima de una precaria economía de subsistencia, hacia núcleos urbanos que crecían caóticamente. Por si poco fuere, el desempleo, como acabamos de señalar, crecía a ritmo muy rápido; bastará con recordar que si la tasa correspondiente era de un 25% en 1981, ocho años después alcanzó un inquietante 57%. Muchas de las estructuras tradicionales de organización social —y con ellas la secular marginación de las mujeres— pervivían, pese a los esfuerzos realizados, no siempre sin éxitos, para cambiarlas y a menudo en tensa relación con las fórmulas, pretendidamente autogestionarias, que se aplicaban en buena parte de la economía. Los datos, ya referidos, relativos a la creciente distancia que separaba, en términos per cápita, a Kosova de Eslovenia y los —acaso más significativos— que señalaban que la renta per cápita en Kosova había sido un 48% de la yugoslava en 1954 para descender a un 33% en 1975 y a un 27% en 1980 ilustraban un estado general de estancamiento. No sólo eso: otorgaban escaso crédito a las posturas que, en Eslovenia y en Croacia, sugerían que había llegado el momento de poner fin a la generosa transferencia de capitales en dirección al sur. Desde Kosova la réplica era fácil: el país era víctima de una permanente injusticia, toda vez que se había visto obligado a vender a precios de saldo sus materias primas al tiempo que tenía que pagar, en cambio, precios muy elevados por los productos manufacturados.

Los sucesos de 1981 hicieron que arreciasen los debates relativos a la situación étnico-demográfica en Kosova. Los términos de esos debates pueden resumirse de la forma que sigue:

a) Desde Serbia se ha denunciado a menudo en los últimos veinte años que numerosos serbios se vieron obligados a abandonar Kosova desde mediados del decenio de 1960. Al respecto se han esgrimido cifras que van de 200.000 a 400.000. Los censos yugoslavos parecen desmentirlas abruptamente, y ello aunque permitan identificar una progresiva reducción de la población serbia y montenegrina, que pasó de 264.604 miembros en 1961 a 259.819 en 1971, a 236.526 en 1981 y a 215.346 en 1991. Aun teniendo en cuenta que durante los decenios mencionados se registró una pequeña inmigración de serbios y montenegrinos, una inferencia razonable parece ser la de que el número total de éstos presentes en Kosova se vio mermado en unas 80.000-100.000 personas entre 1961 y

1981. La explicación de esa cifra se antoja, sin embargo, complicada: al respecto pueden invocarse datos tan dispares como la reducción del crecimiento vegetativo o la emigración de jóvenes en busca de trabajo y de ancianos por efecto de su jubilación. No debe olvidarse que en la Yugoslavia de los decenios de 1960 y 1970 se produjo una masiva transferencia de población de las zonas más deprimidas hacia las económicamente más prósperas. Esa transferencia afectó a los propios albaneses de Kosova, como lo demuestra el hecho de que 45.000 de ellos emigraron por razones económicas en el decenio de 1970.

Tampoco está de más recordar, a efectos de quitarle peso a la tesis que sugiere que en Kosova se registraba un permanente acoso sobre la minoría serbia, que el número de serbios que dejaron la Vojvodina entre 1941 y 1981 —en una situación a todas luces más benigna, habida cuenta de que los serbios eran clara mayoría de la población y de que el desarrollo económico resultaba ser significativamente mayor— se elevó a 140.000, una cifra más alta, pues, que la de quienes abandonaron Kosova. No ha dejado de aducirse, en fin, que muchos de los pueblos situados en Serbia al norte de la línea de división con Kosova entraron en una vía de rápido despoblamiento, sin que en ellos pudiese invocarse la presión de una mayoría albanesa que, simplemente, no existía.

b) A la hora de dar cuenta de por qué el peso porcentual de serbios y montenegrinos en Kosova se redujo en beneficio de los albaneses —de un 27% de los primeros y un 67% de los segundos en 1961 se pasó a un 11% de los primeros y un 82% de los segundos en 1991—, y aparte los datos ya invocados, es obligado recordar la importancia derivada del crecimiento vegetativo de la población albanokosovar, que a la postre fue identificado por muchos nacionalistas serbios como el producto de una tramada operación política. Los datos, sin embargo, no parecen avalar, tampoco, esta lectura. La tasa de natalidad entre los albanokosovares se redujo desde 46 nacimientos por cada mil habitantes a principios del decenio de 1950 hasta 29 a finales del de 1980. Pero, esto aparte, la tasa de natalidad en 1981 resultaba ser mucho más alta entre los albanokosovares residentes en zonas rurales —las familias correspondientes tenían una media de 6,7 hijos— que entre quienes vivían en el medio urbano —2,7—, algo que por fuerza, y si damos en suponer que la mayor conciencia política se manifestaba en las ciudades, desdibuja la tesis de que el notable crecimiento vegetativo era producto de una tramada operación encaminada a arrinconar a la minoría eslava del país. Por si poco fuere, en fin, los propios serbios de Kosova exhibían también un crecimiento vegetativo mucho más alto que el que mostraban sus compatriotas en Serbia (3,4 hijos por familia en el primer caso, en 1981, por 1,9 en el segundo). Lo anterior no impide que entre los serbokosovares se hubiese producido, también, una notable reducción de su tasa de natalidad, producto acaso de una combinación de elementos: por un lado, se trataba ante todo de habitantes del medio

urbano; por el otro, entre los serbokosovares se contaba una práctica del aborto mucho más extendida que en la comunidad albanokosovar.

Composición étnica de la población de Kosova según los censos yugoslavos de 1961, 1971 y 1981

	1961	%	1971	%	1981	%
Albaneses	647.000	67,1	916.000	73,7	1.227.000	77,5
Serbios	227.000	23,5	228.000	18,3	210.000	13,2
Montenegrinos	38.000	3,9	32.000	2,5	27.000	1,7
Turcos	26.000	2,7	12.000	1,0	13.000	0,8
Musulmanes	8.000	0,8	26.000	2,1	59.000	3,7
Otros	19.000	2,0	29.000	2,4	49.000	3,1
Total	965.000	100,0	1.243.000	100,0	1.585.000	100,0

Fuente: Vickers, 1998, 318.

c) Elemento importante en los debates que nos ocupan fue la alegación, realizada a menudo por ciudadanos serbios, en el sentido de que eran muy frecuentes las violaciones de mujeres serbias por albanokosovares. Los datos —hay que convenir que en este terreno son siempre dudosos— desmienten, de nuevo, esta aserción. Si, por un lado, la mayoría de los casos de violación en Kosova se produjeron entre miembros de un mismo grupo nacional, por el otro el número de violaciones registrado en la región resultó ser sensiblemente inferior al verificado en otras partes de Yugoslavia. De acuerdo con una estimación, entre 1982 y 1989 se contabilizaron tan sólo 31 casos de violaciones de mujeres serbias por albanokosovares.

d) Se revelaron numerosas quejas entre ciudadanos serbios que interpretaron que eran las víctimas de una nueva discriminación, ahora de sentido contrario a la que se había hecho valer hasta el decenio de 1970. No parece que los problemas correspondientes —que es innegable existieron en alguna de sus dimensiones— puedan atribuirse a las políticas oficiales. Después de 1966 tampoco hicieron su reaparición, ahora al servicio de la población albanokosovar, los mecanismos represivos que se habían hecho valer en los decenios anteriores, y ello aunque se aplicaron fórmulas de discriminación positiva en beneficio de los albanokosovares.

No sería lícito afirmar, de cualquier modo, que la condición de la minoría serbia resultaba cómoda en un país que sin disputa era, también, el suyo. De ahí a aceptar las distorsiones y exageraciones de la propaganda que a mediados del decenio de 1980 empezó a llegar de Belgrado hay un camino muy largo que recorrer. Más razonable parece afirmar que el problema de la discriminación de los albanokosovares no encontró una solución plena, y ello aunque se limaron muchas situaciones abusivas. Según un cálculo, en 1980 uno de cada cinco serbios, pero sólo uno de cada once albanokosovares, disponía de un puesto de trabajo en el sector estatal. Es verdad, con todo, que la

presencia de los albanokosovares se acrecentó sensiblemente en el ámbito de las estructuras partidarias. A finales del decenio de 1970 eran de esa nacionalidad las dos terceras partes de los miembros de la Liga de los Comunistas de Kosova y las tres cuartas partes de los integrantes de la policía y de las fuerzas de seguridad. La Constitución de 1974 mitigó muchos de los problemas en vigor en los tres decenios anteriores, pero dejó sin resolver una cuestión de fondo: Kosova seguía sin ser una república, y ello dejaba en manos de las autoridades serbias la posibilidad, muy limitada legalmente, pero —como se verá— muy notable en los hechos, de asumir una progresiva reducción de los derechos de autogobierno correspondientes a la provincia autónoma. Poco importaba al respecto que las quejas albanokosovares en lo que atañe a la adscripción a su comunidad del término "nacionalidad" —pese a configurar la tercera nación más numerosa de cuantas integraban Yugoslavia carecían de una república propia, al tiempo que eran un porcentaje muy alto de los albaneses existentes en los Balcanes— fuesen argumentalmente enjundiosas.

La crisis del Estado federal yugoslavo

Varias son las razones que explican la crisis final del Estado federal yugoslavo. Al respecto conviene recordar, en primer lugar, que la ausencia de pluralidad ideológica en Yugoslavia se vio acompañada por una notable descentralización espacial que, como hemos tenido la oportunidad de comprobar, convirtió a repúblicas y provincias autónomas en agentes políticos de relieve. Desde 1945 muchas de las tensiones internas en el Estado federal reflejaban disputas "nacionales" entre esos poderes territoriales, y apenas se hacían sentir, por tanto, en la forma de enfrentamientos "ideológicos". Cuando los problemas económicos y la muerte de Tito, en 1980, aceleraron la crisis, las tensiones se agudizaron, pero se mantuvieron en el mismo escenario. La desintegración del viejo régimen no dio lugar de forma inmediata, como sucedió en otros países del área, a una colisión entre "izquierda" y "derecha", de tal suerte que las disputas "ideológicas" sólo aparecieron, en compartimentos estancos, en el interior de cada una de las repúblicas —y acaso de las provincias autónomas— que integraban el Estado federal.

En los dos últimos decenios de su historia, y en segundo lugar, el Estado federal experimentó una significativa crisis económica. La economía se mostraba incapaz de extraer provecho de algunas de sus innegables ventajas en comparación con otros países del área: su relativa focalización en el consumo, su descentralización... Algunos elementos próximos a las economías de planificación central adquirieron, entre tanto, un renovado vigor, en la forma de una poderosísima burocracia, de una notable falta de estímulos o de una evidente ineficacia en la gestión. Yugoslavia, que importaba con facilidad las crisis que llegaban de Occidente, no había conseguido mitigar en su interior,

por lo demás, alarmantes diferencias de desarrollo: éstas configuraban un norte rico (Eslovenia, Croacia), un sur manifiestamente empobrecido (Montenegro, Kosova, Macedonia, el medio rural bosnio) y un centro geográfico a mitad de camino entre una y otra situación (Serbia, el resto de Bosnia-Hercegovina).

La crítica situación económica generó, en tercer lugar, dos tensiones. Por un lado, el grupo humano dirigente en Serbia adoptó a partir de 1986, y como más adelante veremos, un discurso nacionalista agresivo con el propósito, evidente, de preservar privilegios adquiridos. Por el otro, buena parte de las élites de Eslovenia y de Croacia apostaron, con mayor o menor claridad, por el abandono de un Estado federal en el que apreciaban una rémora para los intereses económicos de las dos repúblicas. Hay que subrayar, de cualquier modo, que la ruptura de las reglas del juego protagonizada entre 1986 y 1991 por las autoridades serbias no respondió al objetivo de contestar las tendencias secesionistas en Eslovenia y Croacia: en ninguno de los pronunciamientos del nacionalismo serbio en ascenso se recurrió a este argumento. Las demandas de las autoridades serbias se concentraron, por el contrario, en una agresiva propuesta de reconfiguración de fronteras —asentada ante todo en el designio de defender a los serbios que vivían fuera de Serbia— en la que estaban implícitos el reconocimiento de la independencia de Eslovenia y de Croacia, por un lado, y la propia desaparición del Estado federal, por el otro. No hubo, pues, una relación causal entre las tensiones secesionistas de las repúblicas septentrionales y la política de las autoridades serbias; ésta le vino como anillo al dedo, eso sí, a las fuerzas partidarias de la independencia en Eslovenia y en Croacia.

En un escenario de notable entrecruzamiento étnico, en cuarto lugar, las "fronteras" entre las repúblicas yugoslavas rara vez dibujaban comunidades homogéneas. Uno de los rasgos que explican muchos de los conflictos fue la ya mencionada presencia de serbios fuera del territorio de su república: en dos regiones de Croacia —Eslavonia y Krajina—, en Bosnia-Hercegovina y, con menor intensidad, en Montenegro, Kosova y Macedonia. En Bosnia-Hercegovina, y junto a una mayoría bosniaca, había también áreas pobladas fundamentalmente por croatas. Nos hallábamos, en otras palabras, ante un espacio geográfico en el que se hacía sentir un claro cruce de pueblos, del que el mejor ejemplo era, sin duda, el caso de Bosnia.

En quinto término, la tensión entre el campo y la ciudad —con niveles de vida alarmantemente dispares— tuvo una importancia decisiva. Los protagonistas de las principales rencillas interétnicas posteriores a 1990 fueron casi siempre gentes del campo, más permeables a discursos nacionalistas agresivos y más inclinadas a invocar viejos contenciosos históricos mal resueltos. Los habitantes de las ciudades, en cambio, parecieron relativamente al margen de las dinámicas de enfrentamiento, como acaso lo demuestra un hecho: entre 1992 y 1995 el gobierno bosnio, que en líneas generales

mantuvo en vigor un proyecto multiétnico, poco más consiguió controlar que los espacios urbanos existentes en Bosnia-Hercegovina.

Las fuerzas armadas del Estado federal exhibían, en sexto lugar, tres singularidades: la presencia masiva de serbios en sus escalafones superiores, lo que creaba un entorno propicio para una "serbianización", la general adhesión a un proyecto yugoslavista pretendidamente superador de los particularismos nacionales y la existencia de unidades de defensa territorial en cada una de las repúblicas, que disponían así de cierto margen de maniobra militar. El hecho de que la descentralización afectase a las propias fuerzas armadas tuvo una importancia decisiva, por lo demás, en el desarrollo de las crisis posteriores.

El hundimiento de los regímenes burocráticos imperantes en la mayoría de los estados de la Europa central y oriental ejerció, en fin, un influjo innegable en Yugoslavia, cuyos habitantes pudieron comprobar, a finales de 1989, cómo países que siempre habían estado por detrás en el terreno político y en el de las libertades se colocaban repentinamente por delante.

El auge de una modalidad agresiva de nacionalismo serbio

El escenario fundamental del estallido final del modelo yugoslavo lo aportan dos datos: una crisis económica cuyos efectos se hacían valer desde el decenio de 1970, por un lado, y la exigencia de reestructurar e institucionalizar un sinfín de relaciones una vez fallecido, en 1980, el carismático mariscal Tito. El producto final de esta combinación fue un decenio de zozobra e incertidumbres que condujo, como es sabido, a una visible confrontación entre las élites republicanas y, más adelante, a la desintegración violenta del Estado federal.

Junto al efecto combinado de los factores mencionados se hizo sentir un elemento que ya hemos avanzado: llevada de su deseo de mantenerse en el poder, la élite gobernante en Serbia decidió acometer, encabezada por Slobodan Milosevic, un giro radical en su mensaje político en beneficio de un nacionalismo de perfiles cada vez más agresivos. Ese nacionalismo se asentaba en la idea de que el fortalecimiento pasado del Estado federal había operado siempre en detrimento de Serbia ("una Yugoslavia fuerte implica una Serbia débil"), como lo atestiguaban la creación de repúblicas artificiales —Bosnia-Hercegovina, Montenegro, Macedonia—, la usurpación de territorios serbios en la Krajina y en Eslavonia, y la propia configuración, como provincias autónomas, de Kosova y la Vojvodina. Entre 1986 y 1991 las autoridades serbias acometieron significadas rupturas en las reglas del juego del Estado federal: abolieron —como más adelante tendremos la oportunidad de comprobar con detalle— los estatutos que conferían a Kosova y a la Vojvodina la condición de provincias autónomas; desplegaron

un discurso de clara, y eventualmente violenta, defensa de los "intereses" de los serbios residentes en las restantes repúblicas; postularon una abierta recentralización de las relaciones en detrimento de los poderes republicanos; establecieron significativas obstrucciones a la sucesión, rotatoria, en la presidencia federal, y rechazaron cualquier proyecto político que pusiese en cuestión el derecho de todos los serbios a vivir en un solo Estado. En su momento no dudaron en apoyar, en fin, la configuración, en Croacia y en Bosnia-Hercegovina, de "regiones autónomas serbias" que en los hechos eran pequeños estados con pretensión de independencia.

Pero conviene que traslademos el análisis anterior al escenario concreto de Kosova. A partir de 1986 empezaron a cobrar cuerpo en Serbia opiniones que reclamaban una acción enérgica para poner freno a lo que se entendía era una visible pérdida de terreno de la comunidad serbia presente en el territorio. Al respecto se aducían datos de los que ya nos hemos ocupado: emigración masiva de serbios, discriminación en las instituciones, violaciones... El *Memorandum* librado por la Academia de Ciencias en Belgrado reclamaba, de manera bien ilustrativa, que se estableciesen "las condiciones objetivas y finales para el retorno del pueblo exilado", en el marco de un discurso ideológico que en los hechos pasaba a reivindicar la "gran Serbia", un Estado en el que todos los serbios, y acaso sólo los serbios, estaban llamados a vivir.

La situación empezaba a guardar alguna semejanza con la de Palestina: "Un Estado con un notable grado de capacidad militar, Israel, empleó todos los medios de coacción para 'liberar' y 'redimir' Palestina, una 'tierra sagrada' que había sido 'usurpada' por los palestinos. De la misma forma, la maquinaria estatal dominante de la república 'unitaria' de Serbia decidió aplicar todos los medios de coacción en la tarea de devolver a Kosova la condición de posesión nacional de los serbios, sobre la base de la idea de que Kosova había sido históricamente un 'suelo sagrado serbio' que había sido 'usurpado' por los albaneses un par de siglos atrás"[7]. Para justificar lecturas de ese cariz se subrayaban las injusticias presuntamente derivadas de la aplicación de la Constitución yugoslava de 1974 y se apuntaba al tiempo la existencia de una vasta conspiración internacional de la que formaban parte agentes tan variados como Alemania, el Vaticano, el integrismo islámico, Albania, los masones y, naturalmente, los enemigos —croatas, eslovenos y otros...— internos de Yugoslavia.

El discurso emergente se veía acompañado de una creciente represión que en Kosova tomaba como blanco el "nacionalismo albanés". Entre 1981 y 1988 se registraron nada menos que 580.000 acciones de la policía y de los jueces para encarar supuestos o reales problemas vinculados con aquél. En la mayoría de los casos se trataba, por lo que parece, de "delitos" de opinión y de responsabilidades derivadas de la participación en manifestaciones o huelgas. Según una estimación albanokosovar, en esos años se produjo la muerte de 150 manifestantes de esa misma nacionalidad.

Al mismo tiempo arreciaban, en Belgrado, las protestas de los serbios de Kosova, que en 1987 no consiguieron, sin embargo, que el presidente de la Liga de los Comunistas de Serbia, Ivan Stambolic, se trasladase a la provincia autónoma para participar en un acto en Kosovo Polje. Stambolic optó por enviar a su segundo, el antes mencionado Slobodan Milosevic, un tecnócrata con experiencia en el sector bancario a quien no se le conocían mayores afinidades de tono nacionalista y a quien por aquellos años se le atribuía haber afirmado: "Olvidémonos de las provincias, volvamos a Yugoslavia". Lo cierto es que Milosevic, transmutado y acaso consciente del potencial de apoyo que la mortecina élite dirigente serbia podía encontrar en virtud de su manifiesta adhesión a un discurso nacionalista radicalizado, protagonizó el 24 de abril de 1987 una arenga en la que, entre otras cosas, prometió que nadie tocaría en adelante a los serbios de Kosova. Milosevic repitió un discurso parecido dos años después, con ocasión del seiscientos aniversario de la batalla de Kosovo Polje.

El ascenso de Milosevic fue muy rápido, como lo demuestra la destitución del propio Stambolic a finales de 1987 y la conversión de su hasta entonces segundo en presidente de la Liga de los Comunistas de Serbia. Milosevic consiguió al poco que se produjesen sustituciones de relieve en las organizaciones comunistas de la Vojvodina y de Montenegro. En su visión de los hechos, y habida cuenta de lo estipulado en la Constitución de 1974, los serbios habían quedado en la paradójica condición de minoría dentro de su propio país, toda vez que —como recordamos en su momento— la citada Vojvodina y Kosova disfrutaban en la presidencia colectiva de dos votos, uno para cada provincia, mientras Serbia disponía de sólo uno.

En el otoño de 1988 le llegó el turno de la purga a los dos máximos dirigentes comunistas albanokosovares: Azem Vllasi y Kaqusha Jashari. La Liga de los Comunistas de Kosova se había visto en los años anteriores en una delicada situación, no en vano tenía que contrarrestar el auge del nacionalismo albanés sin granjearse la enemistad, al tiempo, de una sociedad en la cual aquél gozaba de un creciente predicamento. Aunque las protestas arreciaron entre los albanokosovares —la plataforma de los mineros de Trepçë exigió, entre otras cosas, que se mantuviese en vigor, sin correcciones, la Constitución de 1974, que se ofreciesen explicaciones sobre la destitución de los líderes comunistas y que la dirección del país fuese elegida democráticamente—, la asamblea legislativa serbia empezó a estudiar enmiendas a la Constitución orientadas a restringir sensiblemente en muchos terrenos —la policía, el sistema judicial, las políticas sociales, económicas y educativas...— las capacidades de autogobierno de Kosova. En virtud de la Constitución en vigor, sin embargo, las medidas correspondientes reclamaban la aprobación del parlamento kosovar. Éste, rodeado de tanques y otros vehículos militares, se reunió el 23 de marzo de 1989, con activa presencia de miembros de los servicios de seguridad y de dirigentes políticos serbios, algunos de los cuales, por lo que parece,

participaron en las votaciones. Las enmiendas fueron aprobadas, y ello pese a no alcanzarse el listón requerido para ello, que era de las dos terceras partes de los votos. En virtud de un procedimiento extremadamente irregular, Milosevic se había salido con la suya y había dado un primer y decisivo paso para anular la autonomía de Kosova. Esto aparte, en adelante podía usar a su discreción el voto kosovar —que se sumaba a los de Serbia, Montenegro y la Vojvodina— en la presidencia federal, algo que estaba llamado a bloquear cualquier iniciativa orientada a contrarrestar sus propósitos. Así lo demostraron inmediatamente la nula resistencia ofrecida por el poder federal central y la liviandad de las protestas que emitieron las autoridades eslovenas y croatas.

IV. La desintegración de Yugoslavia

El propósito principal de este capítulo es aportar una información básica relativa a la desintegración del Estado federal yugoslavo, con la vista puesta en perfilar el escenario en el que se verificaron, a partir de 1989, la abolición de la condición autónoma de Kosova y el auge, entre la población albanokosovar, de un movimiento de desobediencia civil. La consecuencia fundamental de ese proceso de desintegración ha sido, como se sabe, la desaparición del primigenio Estado federal yugoslavo y la conflictiva configuración, como entidades independientes, de cuatro de las repúblicas que lo integraban: Bosnia-Hercegovina, Croacia, Eslovenia y Macedonia. Las dos restantes —Serbia y Montenegro— mantienen hoy una turbulenta "Federación Yugoslava". En el interior de la primera de ellas, en Serbia, han desaparecido, en fin, las dos provincias autónomas, Kosova y la Vojvodina, que habían sido creadas en virtud de la Constitución yugoslava de 1974.

Antes de entrar en materia conviene subrayar que las crisis yugoslavas remiten a una poderosa reaparición de la "historia", en la cual los elementos "ideológicos" desempeñan un papel menor: los enfrentamientos parecen haberlo sido entre "etnias" (efecto de culturas, lenguas, religiones...), y no entre "ideologías" políticas o sistemas económicos. Muy en particular, es imposible identificar en la arena yugoslava una colisión entre el "comunismo", que conforme a una descarriada interpretación estaría representado por las autoridades serbias, y la "democracia liberal" supuestamente ejemplificada en sus homólogas eslovenas y croatas. Hay, bien es cierto, una significativa oposición, de evidentes resonancias "ideológicas", entre el proyecto

multiétnico que buena parte de la población bosnia —la mayoría de los bosniacos, pero también muchos serbios y croatas— intentó defender, y el designio exclusivista y xenófobo avalado por los gobiernos de Serbia y de Croacia.

Por otra parte, satanizar al "nacionalismo" haciéndolo responsable de todos los males es olvidar, al menos, dos cosas. En primer lugar, hay diferentes tipos de nacionalismo: no son comparables los comportamientos exhibidos por un nacionalismo agresivo —el hoy imperante en Serbia—, por nacionalismos que han buscado la convivencia —el dominante entre los bosniacos— o por un nacionalismo que responde al propósito de resistir frente a una visible agresión externa —el que se ha hecho notar entre los albaneses de Kosova—. En segundo lugar, no está de más recordar que en buena medida los conflictos yugoslavos remiten, como ya hemos señalado, al comportamiento de grupos humanos en el poder —primero el gobernante en Serbia, más adelante el imperante en Croacia— que se han servido del nacionalismo para preservar su condición de privilegio: en este marco, el nacionalismo más bien se antoja un instrumento que la causa de los problemas. Así las cosas, los conflictos yugoslavos obligan a distinguir, como tantas veces, entre los pueblos y los gobiernos: no estamos ante un enfrentamiento entre comunidades humanas en el cual unas sean un dechado de perfecciones y otras alarmantes engendros del mal. No hay justificación alguna, en particular, para culpabilizar colectivamente a "los serbios", a "los croatas" o a cualquier otro grupo étnico.

Digamos, en fin, algo sobre las piezas que se movían en el tablero. De norte a sur, la composición demográfica de cada una de las seis repúblicas yugoslavas era, en sus rasgos más generales, la que sigue. En Eslovenia (20.260 km2; 1.972.000 hab. en 1991), un 88% de la población era esloveno; los croatas configuraban un 3% de aquélla, mientras la minoría serbia no alcanzaba siquiera un 2%. En Croacia (56.600 km2; 4.784.000 hab. en 1991), un 74% de los habitantes eran croatas; los serbios, un 11%, eran mayoritarios en la Krajina, fronteriza con Bosnia-Hercegovina, y una minoría significada en Eslavonia. En Bosnia-Hercegovina (51.130 km2; 4.366.000 hab. en 1991) había tres comunidades nacionales de peso notorio: los bosniacos o musulmanes —habitantes ante todo de las ciudades— configuraban del orden de un 40% de

la población, mientras los serbios —por lo general residentes en el campo— eran algo menos del 30% y los croatas un 17%, concentrados ante todo en la Hercegovina occidental, limítrofe con la costa dálmata croata. En Serbia (88.360 km2; 9.934.000 hab. en 1991), si excluimos del cómputo Kosova y la Vojvodina, los serbios eran un 83% de los habitantes y ninguna otra comunidad nacional tenía una presencia significada. La situación demográfica era distinta, sin embargo, en las provincias mencionadas: en Kosova (10.877 km2; 1.955.000 hab. en 1991) del orden de un 82% de la población lo configuraban, conforme al censo de 1991, albaneses, mientras los serbios eran un 10% de los habitantes; los serbios eran clara mayoría, en cambio, en la Vojvodina (21.510 km2; 1.983.000 hab. en 1991), donde aportaban más del 60% de la población y existía, sin embargo, una importante minoría húngara, a la que pertenecía un 17% de los habitantes. En Montenegro (13.810 km2; 640.000 hab. en 1991), los montenegrinos eran un 70% de la población y junto a ellos sólo se hacían notar dos minorías de algún peso: los musulmanes eran un 13% de los habitantes, mientras los albaneses constituían un 7% de éstos. Por fin, en Macedonia (25.710 km2; 1.937.000 hab. en 1991) los macedonios aportaban también del orden de un 70% de la población y los albaneses, concentrados en la franja más occidental de la república, suponían algo más del 20% de los habitantes.

Las independencias de Eslovenia y de Croacia

Ya hemos dado cuenta, en el capítulo anterior, de los términos generales de la crisis del Estado federal yugoslavo y de los efectos ingentes de las políticas desplegadas, a partir de 1986, por el gobierno serbio en abierta ruptura de muchas de las reglas de aquél. Subrayaremos ahora que en 1990 y 1991, y ante todo por la oposición de las autoridades serbias, se cerró el camino a cualquier opción confederal. Cuando la crisis empezó a adquirir perfiles peligrosos, cuatro de las seis repúblicas yugoslavas —Bosnia-Hercegovina, Croacia, Eslovenia y Macedonia— reclamaron, bien es verdad que inspiradas por intereses dispares, la conversión del Estado federal en una confederación de estados independientes. A la luz de lo sucedido después, ese proyecto se antoja

hubiera sido mucho más civilizado y razonable que el que a la postre ganó terreno: no sólo hubiese preservado políticas comunes en el ámbito, por ejemplo, de la economía o de las relaciones externas, sino que hubiese permitido, también, mitigar los efectos de la ruptura en las reglas del juego acometida por las autoridades serbias. No hay que olvidar que en ese momento tanto los EE.UU. como la Comunidad Europea, que rechazaban cualquier perspectiva de aparición de nuevos estados, respaldaron la posición del gobierno serbio. La opción desechada —una confederación de estados independientes— hubiese abierto algún camino de esperanza, por cuanto hubiese contribuido a crear un entorno apropiado para que eventuales revisiones de fronteras se encarasen de forma pausada y consensuada. La preservación de dosis significativas de descentralización, la certificación de la venturosa realidad multiétnica de las diferentes repúblicas y provincias, y el reconocimiento de la posibilidad de dobles nacionalidades hubiesen limado, en particular, muchas asperezas.

Pero el ascenso de una versión agresiva del nacionalismo serbio imprimió un renovado auge a las tensiones secesionistas en la mayoría de las restantes repúblicas. Fuerzas políticas que a primera vista parecían apostar por el mantenimiento del Estado federal acabaron inclinándose por la opción independentista. Esto sucedió, en particular, en Eslovenia y Croacia, cuyos parlamentos declararon las independencias respectivas, tras sendos referéndums, en junio de 1991. En Eslovenia la decisión se saldó con un efímero enfrentamiento entre las unidades de defensa republicanas y el ejército federal, y con un reconocimiento de hecho de la independencia de la república; en el territorio esloveno los serbios eran, no se olvide, una exigua minoría. En Croacia se abrió camino, en cambio, durante la segunda mitad de 1991, una guerra abierta iniciada por milicias serbias con apoyo del ejército federal. En el trasfondo del conflicto estaba el problema de los derechos de los serbios presentes en Eslavonia y la Krajina, dos regiones que, ocupadas, fueron objeto de una activa "limpieza étnica" por las milicias serbias. La guerra se prolongó hasta los primeros días de 1992, cuando la Comunidad Europea, encabezada por Alemania, reconoció a Eslovenia y Croacia. Conviene recordar, de cualquier modo, que antes del conflicto las autoridades croatas se habían negado a reconocer cualquier tipo de autogobierno en Eslavonia y en la

Krajina. Al actuar de esa manera, y al mostrar subterráneas simpatías por el régimen fascista imperante en Croacia durante la segunda guerra mundial, agregaron leña a un fuego que ya era, de por sí, muy vivo. Este hecho dibuja a la postre una responsabilidad principal, la de las autoridades serbias, y una responsabilidad subsidiaria, pero bien real: la de los gobernantes croatas.

Al respecto de la guerra serbio-croata de la segunda mitad de 1991 mucho se ha hablado del papel desempeñado por el reconocimiento alemán de Eslovenia y, en particular, de Croacia. Es innegable, por lo pronto, que los movimientos alemanes se vieron marcados por el propósito de consolidar una esfera de influencia en el norte del Estado federal yugoslavo. En la práctica Alemania fue el principal valedor de la independencia de las repúblicas septentrionales, sin que ello obligue a aceptar, sin embargo, muchas satanizaciones de su política que se asientan en argumentos débiles: no fue la actitud germana, sino las condiciones de la política serbia, lo que impulsó las declaraciones de independencia de Eslovenia y de Croacia. Menos puede acusarse a Alemania de estimular los enfrentamientos bélicos, no en vano su reconocimiento de esas repúblicas se produjo al cabo de medio año de agresión militar serbia. Alemania defendió, innegablemente, mezquinos intereses, pero no fue responsable principal de la ruptura del Estado federal yugoslavo, que hay que atribuir ante todo al expansionismo nacionalista imperante en Serbia entre 1986 y 1991.

Cuando, en otro plano, las autoridades serbias ofrecen alguna explicación sobre su comportamiento, el argumento es siempre el mismo: el abandono unilateral, que Eslovenia y Croacia protagonizaron, del Estado federal creó graves problemas a los serbios presentes en otras repúblicas, cuyos derechos fueron violentados. La desaparición de la federación eximió a Serbia de cualquier obligación de respeto de las fronteras interrepublicanas existentes con anterioridad a la primavera de 1991. Esta tesis, que algo tiene de verdad, se asienta en un voluntario olvido de la naturaleza de la política desplegada por el gobierno serbio desde 1986. El régimen de Milosevic protestaba por algo que no era sino una consecuencia de su propio comportamiento: si no hubiese roto las reglas del juego en el Estado federal, acaso la secesión de Eslovenia y de Croacia no se hubiese producido —las responsabilidades correspondientes

hubiesen sido, entonces, otras—, y no hubiesen sido violentados muchos de los derechos de los serbios presentes en esas repúblicas.

Esto aparte, la constante acusación de inconstitucionalidad que recibieron, del lado serbio, los referéndums de autodeterminación celebrados en Bosnia-Hercegovina, Croacia, Eslovenia y Macedonia no impidió que las minorías serbias de la Krajina recurrieran al mismo procedimiento y que los responsables gubernamentales de Belgrado viesen con buenos ojos otro referéndum, el de Montenegro, favorable a sus intereses. Éste es un ejemplo más de cómo la política de las autoridades serbias mostró en los hechos un escaso respeto por normas y principios. Los argumentos del gobierno serbio no aciertan a explicar, en fin, qué justificación puede haber para el salvaje método empleado: lo que se ha dado en llamar "limpieza étnica". Existe una dramática desproporción entre la naturaleza de la ofensa —la conculcación, presunta o real, de los derechos de los serbios en diferentes regiones— y la naturaleza de la respuesta: el uso de la fuerza, en primer lugar, y el despliegue de operaciones de "limpieza étnica", más adelante.

El conflicto de Bosnia-Hercegovina

A los conflictos en Eslovenia y Croacia siguió, en abril de 1992, una extensión de la guerra a Bosnia-Hercegovina, en donde también existían significativas bolsas de población serbia. El esquema de responsabilidades jerarquizadas, bien que compartidas, que hemos trazado para explicar la crisis croata no sirve para dar cuenta de los acontecimientos bosnios, en los que es fácil identificar una clara víctima: el grueso de la población bosniaca y aquellos croatas y serbios que se pusieron de su lado.

El referéndum de autodeterminación celebrado a principios de 1992 en Bosnia-Hercegovina se tradujo en un respaldo mayoritario a una república independiente y multiétnica, que reproducía bien a las claras el temor de muchos bosnios a lo que empezaba a ser una realidad preocupante: una "Yugoslavia" en la que —a la luz de lo ocurrido en Croacia y de la independencia de ésta y de Eslovenia— la dominación ejercida desde Belgrado era un claro problema. El gobierno bosnio había sentado, por lo demás, las

bases de un equilibrio, bien que precario, entre las principales comunidades residentes en la república. Había garantizado, así, un grado notabilísimo de descentralización en la toma de decisiones, había repartido el poder y había decidido prescindir, en fin, de las unidades de defensa territorial de la república. La respuesta desplegada por milicias serbobosnias, apoyadas de nuevo en el ejército federal, fue, sin embargo, la misma que en Croacia. La "limpieza étnica" se abrió camino en regiones muy extensas, mientras la capital, Sarajevo, era objeto de un constante acoso militar. Un porcentaje elevadísimo de la población, y fundamentalmente de la población bosniaca, se vio obligado a abandonar sus casas y a buscar refugio en otras áreas de la república, en Croacia o en otros países. Con el paso del tiempo, y en particular durante 1993, las propias milicias croatas desarrollaron también operaciones de "limpieza étnica" en la Hercegovina occidental, con la víctima principal, de nuevo, en la población bosniaca.

El resultado de esta dinámica bélica se puede resumir en una cifra de muertos que se sitúa en torno a 150.000, unas 40.000 mujeres violadas y más de la mitad de la población bosnia obligada a buscar refugio lejos de sus hogares. A mediados de 1995 las milicias serbobosnias, dirigidas por Radovan Karadzic desde el llamado "parlamento de Pale", controlaban, y habían "limpiado étnicamente", un 70% de la superficie de la república. Semejante estado de cosas mucho tenía que ver, también, con la decisión internacional de someter a un embargo de armas a todos los contendientes: el gobierno de Sarajevo fue, con mucho, la principal víctima de ese embargo, toda vez que se le privó de un elemento decisivo para acometer su defensa, al tiempo que se permitía que las milicias serbobosnias hiciesen uso de los arsenales del ejército federal yugoslavo.

A medida que el conflicto bosnio adquiría entidad, la presión de la comunidad internacional se plasmó en diferentes planes. Uno de ellos, el llamado plan Vance-Owen, determinaba una decena de cantones cuya dirección se fijaba con arreglo a criterios étnicos. A mediados de 1993 recibió el visto bueno una propuesta serbio-croata de partición de Bosnia-Hercegovina en tres estados étnicamente homogéneos. Las protestas del gobierno legítimo de la república tuvieron poco efecto. El plan de partición acababa con toda ficción de Estado común y, en la línea trazada por el plan

Vance-Owen, respaldaba en los hechos la conquista de territorios por la fuerza. En la primavera de 1994 se promovió un nuevo plan que otorgaba un 51% del territorio a la "Federación Bosnio-Croata" —más adelante nos ocuparemos de ésta— y el 49% restante a las milicias serbobosnias. El plan estaba llamado a legitimar, una vez más, la conquista de territorios, en la medida en que asignaba a los señores de la guerra serbios la mitad de la superficie. Pese a ello, encontró el inmediato rechazo de éstos. Tal rechazo tuvo como efecto una ruptura entre Pale y el gobierno de Milosevic, quien, decidido a hacer méritos para que la comunidad internacional levantase el embargo que desde dos años atrás pesaba sobre Serbia y Montenegro, anunció a su vez, en el otoño de 1994, un embargo sobre sus otrora aliados serbobosnios.

No está de más recordar que, de por medio, el prestigio de la comunidad internacional se había visto erosionado, una vez más, de resultas de la inobservancia de una resolución de la ONU que, en mayo de 1993, comprometía a garantizar la seguridad de seis enclaves bosnios: Bihac, Gorazde, Sarajevo, Srebrenica, Tuzla y Zepa. Bastará con mencionar que Srebrenica y Zepa fueron ocupadas por milicias serbobosnias en julio de 1995, que en el primero de esos claves fueron ejecutados varios millares de varones en edad de combatir, o que la ciudad de Sarajevo en ningún momento dejó de ser bombardeada.

El tratado de Dayton

Para entender cómo se llegó, en Bosnia-Hercegovina, a la firma del tratado de Dayton en 1995 es preciso reseñar algunos cambios operados en los escenarios posyugoslavos. Por lo pronto, en marzo de 1994 vio la luz la Federación Bosnio-Croata. En virtud de factores varios —los fracasos militares de Croacia en Bosnia, la crisis política interna, la presión norteamericana—, bosnios y croatas pusieron fin, al menos en teoría, a los combates que habían mantenido durante el año anterior. La nueva federación implicaba una suerte de Estado federal, con un cuerpo legislativo común, un principio de rotación en la presidencia y una división en cantones. Aunque sobre el papel ponía fin a la

aventura militar de 1993 en la Hercegovina occidental, el régimen croata mantuvo, en las zonas que controlaba, una estructura autoritaria, se negó a invertir la "limpieza étnica" desplegada con anterioridad y se mostró escasamente inclinado a colaborar militarmente con el gobierno bosnio. Croacia parecía considerar Bosnia-Hercegovina como un satélite una parte de cuyo territorio debía quedar supeditada, sin más, a sus intereses, cuando no apostaba con claridad por una partición.

Un segundo cambio de relieve lo aportó el giro, ya invocado, que se produjo en las políticas del presidente serbio, Milosevic, a partir de 1994. Deseoso de propiciar un levantamiento del embargo que su país padecía, Milosevic abandonó, al menos formalmente, el sueño de una "gran Serbia". El giro se tradujo pronto en una relación tensa con los aliados serbobosnios, que en cierto sentido eran víctimas de sus propios éxitos: tras conquistar un territorio muy grande, se habían visto obligados a defender una extensa línea de frente en un escenario en el que la prolongación de la guerra provocaba un innegable cansancio, en el que cada vez era más difícil movilizar soldados y en el que se hacían valer las reticencias de Milosevic a la entrega de nuevos suministros (al tiempo, y en un sentido contrario, el gobierno bosnio conseguía sortear, mal que bien, el embargo internacional de armas). El presidente serbio accedió probablemente a una repentina conciencia, en suma, de que el tiempo de las conquistas militares había pasado, de tal suerte que era preferible recoger algo antes que perderlo todo.

Hay que dar cuenta, en tercer lugar, de los efectos del fortalecimiento militar operado en la propia Croacia, que en 1991 había tenido que encarar problemas graves derivados de la ocupación de una cuarta parte de su territorio. La respuesta a semejante estado de cosas no fue otra que un régimen autoritario, asentado en un culto a la personalidad en la figura del presidente Franjo Tudjman y en una visible marginación de la oposición. El proceso se vio completado por una activa militarización, toda vez que desde 1992 el régimen puso manos a la obra de dotarse de unas fuerzas armadas bien pertrechadas. Los efectos del fortalecimiento militar se hicieron notar, en agosto de 1995, en la forma de la "reconquista" de la Krajina. La pérdida de esta última por las milicias serbias produjo en sus líneas de frente un descalabro que pronto fue aprovechado por el ejército croata para ocupar

parte de Bosnia central; la operación se saldó, por lo demás, con un nuevo episodio, ahora alentado por Croacia, de "limpieza étnica". En la ofensiva militar croata —que abocó en la ocupación, en unas pocas semanas, de un 20% de Bosnia-Hercegovina— ejercieron escasa influencia los bombardeos simultáneamente realizados por la OTAN. Tampoco parece haber desempeñado un papel relevante un ejército bosnio que, aunque fortalecido, seguía exhibiendo notorias limitaciones. Consecuencia importante también de la recuperación de la Krajina fue un creciente interés croata por el único territorio ocupado en 1991 y todavía en manos de milicias serbias, Eslavonia oriental, que fue devuelto a principios de 1998. El efecto final de las operaciones militares croatas, y de la aquiescencia final con que Milosevic las recibió, fue una clarificación del escenario: al amparo de las primeras progresó una nueva "limpieza étnica" de territorios, de tal suerte que los planes de división impuestos por los EE.UU. resultaban mucho más hacederos que unos meses antes.

Quien lo desee puede realizar una lectura optimista del acuerdo sobre Bosnia-Hercegovina alcanzado en Dayton en noviembre de 1995 y refrendado poco después en París. Al amparo de ese acuerdo, por lo pronto, la tensión bélica se redujo de manera sensible. Leído sin prejuicios, y con ignorancia de los antecedentes, el acuerdo de Dayton perfilaba, por lo demás, un sugerente modelo de Estado federal. Más allá de esas observaciones, y resituado en un escenario concreto como el de Bosnia-Hercegovina, los términos del acuerdo no parecían, sin embargo, tan halagüeños. El texto suscrito no era en modo alguno el producto de la libre decisión de unos agentes inclinados a defender derechos y libertades, sino, antes bien, la consecuencia de dos hechos: por un lado, una guerra en la que se apreciaba el resultado de un intento de golpe de Estado y de una agresión militar exterior; por el otro, los intereses de las potencias occidentales. Las cosas así, la supuesta bondad del acuerdo de Dayton se desvanecía, y éste aparecía vinculado con lo que unas veces era una legitimación del uso de la fuerza y otras la mezquindad de unas potencias decididas a poner fin a un conflicto oneroso en términos de imagen.

En su frontispicio, el acuerdo garantizaba formalmente la integridad territorial, la independencia y la soberanía de Bosnia-Hercegovina. El futuro de ésta sería el de un Estado federal integrado por dos entidades: la

"Federación Bosnio-Croata", a la que se asignó un 51% del territorio, y la "República Serbia", a la que correspondió el 49% restante. El acuerdo señalaba que Bosnia-Hercegovina tendría una presidencia colegiada y rotatoria, con representantes de las tres principales etnias existentes en su territorio. Contaría también con un ejecutivo y un parlamento comunes y dispondría de una capital unificada: Sarajevo.

En la realidad eran las entidades federadas las que estaban llamadas a disfrutar de la mayoría de las atribuciones. Este hecho lo ilustraba la decisión de preservar para esas dos entidades sendos ejércitos, sin que proyecto alguno apuntase a la creación de un "ejército federal". A la "Federación" y a la "República" se les permitía también el establecimiento de una "relación especial" con entidades externas, criterio que parecía concebido con un objetivo: permitir que la parte de la "Federación" bajo estricto control croata y la propia "República Serbia" determinasen sus vínculos con los dos estados —Croacia y Serbia— que les habían servido de atracción en los últimos años. El escenario se veía marcado, en fin, por el despliegue de un nutrido contingente de la OTAN y por la puesta en marcha de importantes planes de reconstrucción económica.

Si se trata de identificar los problemas que plantea el acuerdo de Dayton, lo primero que hay que recordar es que el proceso de negociación exhibió vicios notables. A través de su respaldo a sucesivos planes, la comunidad internacional olvidó la existencia de un gobierno democráticamente electo, el bosnio, emplazado a la cabeza de un Estado internacionalmente reconocido; ensalzó el papel de presuntos criminales de guerra, y ratificó, en suma, el grueso de los resultados de las acciones militares. El proceso de negociación legitimó, en otras palabras, la conquista de territorios por la fuerza y la previa "limpieza étnica" de esos territorios. El hecho de que dos estados externos, Serbia y Croacia, firmasen el acuerdo no era fácil de justificar, por lo demás, en términos legales.

En Dayton se facilitó, por otra parte, la configuración de instituciones monoétnicas sólidas —las dos entidades federadas, y en particular la "República"— mientras se reducían notoriamente las atribuciones del poder central, al que cabía suponer una mayor propensión multiétnica. La debilidad de la organización federal se reflejaba también en las disputas territoriales. El

ardor que las partes firmantes pusieron en las discusiones relativas a las fronteras ilustraba bien a las claras la importancia de la cuestión: ¿a qué, si no, tantas discusiones si sólo se trataba de delimitar las fronteras, "administrativas", entre las entidades integrantes de un Estado federal? La respuesta era obvia: los contendientes sabían que en el futuro estaban llamados a ejercer un control férreo sobre los territorios que se les asignasen, algo que por fuerza situaba en el horizonte la posibilidad de la secesión.

Otro de los grandes problemas planteados por el tratado era el relativo a los "gobiernos" de las entidades federadas, y, singularmente, el de la "República". ¿Quién en su sano juicio podía creer que el máximo dirigente serbobosnio, Karadzic, responsable directo de salvajes operaciones de "limpieza étnica", estaba llamado a convertirse en el tolerante y democrático gestor de la "parte serbia" de un Estado federal multiétnico y multicultural? Y la pregunta debía mantenerse aun cuando Karadzic se hubiese visto obligado a abandonar el escenario. Aunque algunas figuras políticas que tuvieron responsabilidad durante la guerra moderaron su discurso, y aunque la presión internacional permitió desplazar, siquiera provisionalmente, a los "halcones" en la "República", el *establishment* político de ésta seguía colmado por gentes que participaron en un golpe de Estado y alentaron una agresión exterior.

Pero acaso el gran fiasco derivado del acuerdo de Dayton fue el relativo a los refugiados: en un escenario en el que los adalides de la "limpieza étnica" controlaban buena parte del territorio no podía sorprender que aquéllos se negasen a regresar a sus lugares de origen. Bastará con recordar que en octubre de 1997 sólo un 15% de los refugiados había retornado a sus hogares, y que en muchos casos su regreso se había verificado a zonas que se hallaban controladas por su misma etnia, circunstancia que desdibujaba el horizonte de una renovada convivencia. Además, unas 100.000 personas se habían convertido en nuevos refugiados desde finales de 1995. La cuestión que nos ocupa guardaba estrecha relación, por otra parte, con muchos de los problemas vinculados con las elecciones. Aunque en Dayton se acordó que el censo de 1991 sería la base de todas las votaciones, se permitió que los ciudadanos emitiesen su voto en un lugar distinto del recogido en el censo en cuestión. Bajo la presión de muchos de los dirigentes locales, el procedimiento permitió que esos votos ratificasen los resultados de la "limpieza étnica" y que

los partidos étnico-nacionalistas mantuviesen su condición de privilegio. Los escasos signos de pluralismo se seguían revelando, de cualquier modo, en las zonas controladas por lo que hasta 1995 fue el gobierno bosnio, y ello aun cuando el impulso autoritario del principal partido bosniaco, el SDA, despuntase por doquier.

Agreguemos, en fin, que el tribunal de La Haya, encargado de juzgar los crímenes de guerra perpetrados, ha sido una de las pocas sorpresas agradables. Hasta el momento ha conseguido esquivar las presiones de muchos gobiernos convencidos, al parecer, de que su trabajo ponía en peligro el despliegue del acuerdo de Dayton. Es verdad, sin embargo, que la colaboración de los poderes locales y la de los propios contingentes militares internacionales ha dejado mucho que desear, algo que reflejan a la perfección las cifras de encausados que no han sido detenidos: mientras todos los bosniacos reclamados, y casi todos los croatas, se hallan a disposición del tribunal, la mayor parte de los serbios no habían sido conducidos a la ciudad holandesa. Es verdad, con todo, que la presión de las grandes potencias se había hecho valer para frenar el procesamiento de los dos máximos responsables de la desintegración violenta de Yugoslavia: quienes en 1991 eran los presidentes de Serbia y de Croacia.

Los problemas del acuerdo de Dayton se pueden resumir en uno: enuncia retóricamente el principio de la integridad territorial de Bosnia-Hercegovina, pero el escaso vigor de éste queda reflejado en la ausencia de garantías al respecto y, sobre todo, en el reconocimiento de entidades étnicamente homogéneas que pueden ser la punta de lanza de una futura partición. La supuesta firmeza militar exhibida en septiembre de 1995 por las potencias occidentales contrasta con el contenido del plan: quienes han sido aparentemente castigados en virtud de la primera bien pueden ser recompensados de resultas del segundo. El hecho de que el gobierno bosnio suscribiese el acuerdo remitía, por lo demás, a la precariedad de su situación: de optar por la prolongación de la guerra se hubiesen puesto de manifiesto la debilidad de su posición militar y su paralela y conflictiva dependencia de unas fuerzas armadas, las croatas, cuyo compromiso con una Bosnia multiétnica era dudoso. Aunque muchas paces injustas han ganado terreno, sobran los ejemplos, también, de lo contrario. El de lo ocurrido en Palestina en 1947-

1948 —una realidad genéricamente semejante a la de Bosnia-Hercegovina— es suficientemente ilustrativo del sinfín de problemas que quedan por resolver y de las enormes posibilidades de que la confrontación recupere su vigor.

Los otros escenarios posyugoslavos

El de Dayton fue un acuerdo relativo a Bosnia-Hercegovina, y como tal apenas afectaba a otras partes de la vieja Yugoslavia en las que pervivían situaciones de conflicto. El propósito de este epígrafe es ofrecer una descripción general de los problemas de los demás territorios otrora insertos en Yugoslavia, con la vista puesta en subrayar, al tiempo, la enorme diversidad de los agentes que operan sobre el terreno.

De las seis repúblicas yugoslavas, *Eslovenia* es la que ha recorrido desde 1991, el momento de su independencia, un camino más plácido. Tras una breve guerra que se saldó con unas decenas de muertos, Eslovenia vio cómo su sistema político se normalizaba en virtud de un pacto entre gentes procedentes del viejo orden —así, el presidente Kucan— y las élites políticas emergentes, en su mayoría de perfil liberal moderado. En los años siguientes cobró cuerpo, sin embargo, una derecha ultramontana cuyos progresos resultaban preocupantes. En ausencia de conflictos bélicos abiertos o latentes, la economía eslovena atravesó por tesituras mucho menos delicadas que las que se hicieron valer en las restantes repúblicas ex yugoslavas. Buen indicador de lo anterior es que el país es uno de los estados de la Europa central y balcánica cuya candidatura a la UE ha sido admitida sin mayores problemas. Debe recordarse, de cualquier modo, que la solicitud de adhesión a la OTAN formulada por Eslovenia fue rechazada —o al menos postergada en su aceptación— con ocasión de la cumbre de Madrid de julio de 1997.

Al igual que en Serbia, las pulsiones autoritarias son muy poderosas en *Croacia*, donde se ven acompañadas por un régimen personalista en cuya cabeza se encuentra el presidente Tudjman. La política de éste, legitimada por la comunidad internacional, se ha visto a la postre saldada con éxitos tan notorios como la recuperación de los territorios perdidos en 1991 y una franca bonanza económica. Las dos circunstancias mencionadas han beneficiado

notoriamente al partido de Tudjman, el HDZ, que ha sabido convocar elecciones en momentos clave de la historia reciente del país. El HDZ apenas ha dejado espacio a una oposición y no ha dudado en echar mano de un sinfín de arbitrariedades como la que condujo en su momento a un boicot a la constitución de la cámara municipal de Zagreb, en la que una coalición de oposición había obtenido una cómoda mayoría. Los éxitos militares del verano de 1995 dieron nuevas alas, por otra parte, a un nacionalismo de perfiles agresivos.

Ya hemos señalado que la economía croata experimentó a partir de 1995 una sensible mejora. Al haber concluido la guerra, el esfuerzo militar se mitigó, al tiempo que empezaron a recuperarse los ingresos por turismo y se fueron normalizando las relaciones con varias de las repúblicas ex yugoslavas. A todo ello se agregaron los efectos de la reconquista de la Krajina, que permitió reunificar geográficamente el país. El retorno a Bosnia-Hercegovina de una parte de los refugiados tuvo también efectos benéficos sobre la economía croata, asentada hoy, en uno de sus fundamentos, en un activo proceso de reciclaje de la vieja *nomenklatura*.

Las relaciones externas de Croacia están marcadas, entre tanto, por la pervivencia de tensiones anexionistas —alimentadas por los ultranacionalistas hercegovinos— con respecto a una parte de Bosnia-Hercegovina. Ni lo anterior ni la impresentable política en relación con las minorías —bien reflejada en la voluntad de preservar los efectos de la "limpieza étnica" de serbios desplegada en la Krajina en agosto de 1995— han suscitado mayores reacciones de unos países capitalistas desarrollados que han convertido a Tudjman en uno de sus baluartes en la zona. De cualquier modo, no puede descartarse en Croacia una crisis política derivada de la muerte de un presidente que padece una grave enfermedad.

Dos de las seis repúblicas yugoslavas, *Serbia y Montenegro*, mantienen una conflictiva federación que pretende ser heredera del viejo Estado federal. Al respaldar genéricamente las políticas desplegadas por el gobierno serbio en los últimos diez años, Montenegro ha legitimado en los hechos un fantasmagórico acuerdo federal que exhibe numerosos problemas.

Ya hemos señalado que desde 1994, y con el objetivo de conseguir el levantamiento de las sanciones internacionales, quien entonces era el

presidente serbio, Milosevic, asumió una política más moderada en relación con Bosnia-Hercegovina y con Croacia. No parece, sin embargo, que esa moderación se tradujese en cambios en lo relativo a la condición del régimen serbio, que siguió exhibiendo un notorio autoritarismo. Es verdad, con todo, que en Serbia se registró cierto respeto formal de algunas de las reglas del juego democrático, y que al menos en Belgrado y en su entorno se revelaron movimientos de oposición más o menos activos. También es cierto que el régimen de Milosevic tuvo que encarar, en su cúpula de poder, varias situaciones delicadas. Bastará con recordar que en 1992 emergió con peso la figura —al final enfrentada a Milosevic— del primer ministro federal Milan Panic, que en 1993 el encargado de plantar cara fue el presidente federal Dobrica Cosic, o que en diversos momentos el gobierno serbio se vio obligado a recabar el apoyo del partido parafascista de Vojislav Seselj, que se reclama de los *chetniks*, la resistencia monárquico-conservadora desarrollada durante la segunda guerra mundial. Era innegable, pese a todo, el talento de Milosevic para asumir conversiones y rehuir situaciones peligrosas.

Pero el mayor éxito de Milosevic estribó acaso en haber conseguido que parte de la propia oposición reprodujese los términos del discurso autoritario, preñado de agresivo nacionalismo, que las más de las veces se postulaba desde el poder. Debe recordarse cómo se vino abajo estrepitosamente el movimiento de protesta urdido a finales de 1996 para contestar las irregularidades en el cómputo de los votos tras unas elecciones municipales. No sólo eso: la oposición fue incapaz de adoptar un criterio común en las elecciones legislativas y presidenciales celebradas en el otoño de 1997. Mientras uno de sus dirigentes, Vuk Draskovic, participó en esas elecciones y acabó por integrarse en el gobierno yugoslavo, otro de ellos, Zoran Djindjic, el mismo que otrora apoyaba con claridad a Karadzic en Bosnia-Hercegovina, no dudaba en confesar su admiración por Margaret Thatcher y Benjamin Netanyahu. Ni a Draskovic ni a Djindjic les preocupaba la política represiva del gobierno serbio en Kosova.

Aun así, en 1997 no faltaron los problemas para Milosevic, quien, conforme a la Constitución, estaba obligado a dejar la presidencia serbia. La estrategia de Milosevic la configuraron entonces tres movimientos: su elección como presidente federal, una reforma de la Constitución de la federación que

fortaleciese sensiblemente los poderes de su presidente y, en fin, un esfuerzo encaminado a garantizar que un miembro de su partido se haría con la presidencia serbia. De esos tres movimientos el primero resultó fácil, pero no así los otros dos. Si por un lado el auge del nacionalismo montenegrino dificultó sensiblemente el fortalecimiento de los poderes del presidente federal, por el otro las elecciones presidenciales serbias del otoño de 1997 estuvieron muy reñidas. La confrontación inicial entre Zoran Lilic, el candidato de Milosevic, y el radical Seselj abocó en una segunda vuelta en la que, según datos oficiales, no se alcanzó el porcentaje de participación necesario. En la nueva tanda de elecciones presidenciales el nuevo candidato de Milosevic, Milan Milutinovic, se impuso por escaso margen, de nuevo en la segunda vuelta, a Seselj. Los espléndidos resultados de éste reflejaban cómo una parte de la sociedad serbia le daba la espalda a un Milosevic al que vinculaba con un plegamiento impresentable a las imposiciones internacionales.

Al margen de todo lo anterior, la situación económica y social en Serbia era muy delicada, y ello pese al progresivo levantamiento de las sanciones. Un capitalismo mafioso controlaba muchos de los circuitos económicos en un escenario en el que se había extendido, también, el rechazo con respecto a los refugiados serbios procedentes de Bosnia-Hercegovina o de Croacia. La debilidad de los medios de comunicación independientes, que sólo tenían presencia en Belgrado, convirtió en heroica, en fin, la tarea de contestar las imposiciones gubernamentales.

Por lo que a Montenegro se refiere, ya hemos señalado que ofreció un permanente apoyo al gobierno serbio durante la desintegración de Yugoslavia. Es verdad, sin embargo, que poco a poco fue cobrando cuerpo un nacionalismo menos propicio a aceptar las imposiciones de Belgrado. Buena parte de la opinión pública se preguntaba qué es lo que Montenegro, sancionado con un embargo internacional, había ganado con su respaldo a Serbia. En este magma se revelaron hechos como el simbólico viaje del presidente Momir Bulatovic a Albania o la configuración de una Iglesia ortodoxa autocéfala, independiente, por tanto, de Belgrado. El escenario se veía completado por una grave crisis económica en la que se daban cita un bajo nivel de desarrollo, el declive del comercio con las repúblicas ex yugoslavas, los efectos del embargo y el hundimiento del sector turístico. El

nacionalismo montenegrino, y con él una opción cada vez más alejada de Serbia, ganó terreno en el otoño de 1997 merced al triunfo de Milo Djukanovic en las elecciones presidenciales. El nuevo gobierno empezó a esgrimir posiciones independientes —se manifestó, por ejemplo, poco propicio a fortalecer los poderes de Milosevic— y no parecía plenamente ajeno a la posibilidad de romper la federación con Serbia. Desde ésta no faltaban las amenazas de una eventual respuesta militar que gozaría, según algunas versiones, de cierto apoyo entre los derrotados en las presidenciales montenegrinas de 1997. No puede olvidarse que Montenegro es un pequeño país escasamente poblado y con muy precaria capacidad de defensa. Constituye, por otra parte, la salida natural al mar para Serbia, algo que le otorga a su territorio una singular importancia geoestratégica.

Obligado es hacer mención, por otra parte, de la situación en la Vojvodina, un territorio que, formalmente situado en Serbia, como Kosova vio abolida su condición autónoma en 1989-1990. La víctima principal fue la minoría húngara, toda vez que la Vojvodina ha sido escenario de una "limpieza étnica" incruenta. Las autoridades serbias han ejercido presiones sin cuento sobre los húngaros —impidiéndoles trabajar, por ejemplo, en la economía estatal— con la vista puesta en propiciar su emigración. Aunque no hay datos solventes, parece fuera de duda que el porcentaje de población húngara en la Vojvodina se ha reducido, al tiempo que llegaba al territorio cierto número de refugiados serbios procedentes de Croacia y de Bosnia-Hercegovina.

Macedonia ha conseguido, por fin, el que ha sido su objetivo principal durante la desintegración de Yugoslavia: alcanzar el reconocimiento internacional como Estado independiente. Debe recordarse al respecto que para la mayoría de las fuerzas políticas serbias Macedonia era una creación artificial, de tal suerte que reclamaban la incorporación de su territorio a la "gran Serbia". Por su situación geográfica, Macedonia, que casi carece de fuerzas armadas y en modo alguno es una amenaza para los estados limítrofes, fue clara víctima del embargo sobre Serbia y Montenegro. Por otra parte, la presión de Grecia, asentada en el irrisorio argumento de que Macedonia había usurpado el nombre de la región griega colindante, impidió durante años ese reconocimiento internacional al que acabamos de referirnos. Afortunadamente, y bien que a regañadientes, Grecia fue moderando su

política, al tiempo que se normalizaban las relaciones entre Macedonia y Serbia.

El último dato que acabamos de manejar algo tiene que ver con un hecho: al igual que Serbia, Macedonia se enfrenta a numerosos problemas relativos a la minoría albanesa que vive en la parte más occidental de la república. Las fuerzas políticas albanesas se han sentido preteridas y las relaciones con el poder central han resultado ser más bien tensas. La resolución de este contencioso no se ve precisamente facilitada por la condición, de nuevo autoritaria, del régimen liderado por el presidente Kiro Gligorov. Esto aparte, la situación económica sigue siendo delicada y Macedonia se ha visto obligada a seguir con atención los acontecimientos en el vecino Kosova.

El papel de la comunidad internacional

Los conflictos yugoslavos han tenido una raíz fundamentalmente endógena: han sido viejas rencillas entre los pueblos y nuevos problemas entre las élites políticas los que han provocado el estallido del decenio de 1990. Por ello, atribuir a la comunidad internacional, o a algunos de sus miembros, un papel de relieve en la gestación de los contenciosos yugoslavos parece excesivo. Naturalmente que hay que recordar, eso sí, que la crisis, y la posterior desaparición, del sistema y del bloque soviéticos algo tienen que ver con los conflictos yugoslavos: aunque en modo alguno son la causa de estos últimos, sí que han proporcionado un entorno internacional en el que la manifestación de tensiones como las que nos ocupan era más factible.

La deriva posterior de los conflictos sí que ha implicado, sin embargo, cierto grado de influencia externa, que no le resta valor, pese a todo, al argumento inicial. No hay que olvidar que determinados comportamientos de los estados foráneos han tenido efectos de relieve. El rechazo de una solución confederal, en 1990 y en 1991, fue un lamentable error de una Comunidad Europea empeñada en preservar las fronteras y los estados derivados de la segunda guerra mundial, como lo fueron algunos de los términos de la política alemana —evidentemente guiada por mezquinos intereses—, o como lo ha sido a la postre el apoyo ofrecido a un buen número de poco edificantes

planes sobre Bosnia-Hercegovina. Aparte todo lo anterior, la diferencia en la actitud, y en los movimientos, que Naciones Unidas ha exhibido en relación con las sucesivas crisis, y la adoptada en el pasado en lo que respecta al conflicto del Golfo, es palmaria, como lo es el plegamiento que el máximo organismo internacional demuestra para con los intereses de las grandes potencias.

El comportamiento de la Unión Europea (UE) ha sido bien gráfico. Claramente superada por los acontecimientos, dividida en cuanto a las opiniones y dependiente en muchos casos de las peculiaridades de cada uno de sus miembros, la UE no ha dudado en respaldar ostentosas conculcaciones del derecho de autodeterminación y ha reaccionado siempre de manera tardía al uso de la fuerza. La práctica pacífica de la fórmula referendaria no consiguió, por lo demás, lo que sí lograron unas semanas de sangriento conflicto bélico: el reconocimiento de la independencia de algunas repúblicas. La UE ha sido rehén, en fin, de intereses particulares, como los blandidos por Alemania en los casos de Eslovenia y Croacia, o por Grecia en el de Macedonia. Sean cuales sean las opiniones, es innegable que ha existido cualquier cosa menos una política común dispuesta a hacer valer consensos y principios.

Pese a las apariencias, no son diferentes las cosas que pueden decirse con respecto a la política norteamericana. Supuestamente más inclinados a defender principios y derechos, en realidad los EE.UU. ni siquiera han garantizado la integridad territorial de Bosnia-Hercegovina. Mientras, la Federación Rusa poco más ha hecho que ratificar viejas tendencias históricas que la aproximaban a Serbia. La "serbofilia" ha impregnado a todas las corrientes políticas en Rusia, y no sólo a aquellas que se ha dado en identificar como "conservadoras" o "ultranacionalistas". Por momentos se hace evidente que la vieja Yugoslavia no es, se diga lo que se diga, una zona de interés especial para las potencias, y ello aunque sea una permanente pesadilla en lo que a la gestación de problemas de inestabilidad se refiere.

V. Abolición de la autonomía y resistencia civil

Tras haber examinado, en las páginas anteriores, los rasgos fundamentales del proceso de desintegración de Yugoslavia, nuestro relato vuelve a Kosova para analizar las consecuencias de la abolición de la condición autónoma de la provincia a la que nos referimos al final del capítulo tercero.

Por lo pronto, conviene subrayar que la abolición que nos ocupa suscitó la reacción inmediata de buena parte de la población albanokosovar, en forma de manifestaciones que se tradujeron, en marzo y abril de 1989, en un centenar de muertos por la represión policial. Muchos de los miembros de la élite política, económica e intelectual albanokosovar fueron, por otra parte, detenidos. Una nueva oleada de acciones represivas se produjo un año después, en marzo y abril de 1990, cuando entre la población albanokosovar se extendió el rumor, no claramente confirmado y nunca investigado por las autoridades serbias, de que sustancias tóxicas del ejército yugoslavo habían sido empleadas para envenenar a niños albaneses. Las protestas abocaron en el desplazamiento a Kosova de 25.000 policías serbios.

En el mismo mes de marzo de 1990 el gobierno serbio adoptó varias medidas de interés, entre las que se contó, en primer lugar, la creación de nuevos municipios con el propósito manifiesto de beneficiar a la minoría serbia. Si las reformas realizadas al respecto en los cinco años anteriores parecían haber respondido al designio de anular los efectos de medidas introducidas en los decenios precedentes, ahora se trataba, con toda evidencia, de introducir cambios para acceder a una más cómoda posición de poder. "Esta política fue un ejemplo típico de *découpage*: los albaneses, que eran más

del 80% de la población de Kosova, sólo configuraban una mayoría del orden del 80% de los habitantes en dos de los cinco *okrugui* [departamentos] kosovares: los de Prishtinë y Prizren. En el *okrug* de Leposaviq tres municipios serbios relativamente pequeños —el de Leposaviq con 16.395 habitantes, el de Zveçan con 10.030 y el de Zubin Potok con 8.479— ejercían de contrapeso frente a tres albaneses mucho más grandes: Kosovska Mitrovicë con 104.885, Vuçitërnë con 80.644 y Sërbicë con 55.471. Al crear nuevos municipios y combinarlos en condiciones ventajosas en los *okrugui*, serbios y montenegrinos intentaban hacer algo para remediar su inferioridad numérica. Además de instaurar un eje transversal norte-sur de municipios serbios, que dividía Kosova en dos e insinuaba una futura partición, el objetivo era controlar los complejos industriales más importantes (en Obiliq y Zubin Potok), los recursos naturales (en Novobërdë, Kosovo Polje y Shtërpc) y las fronteras estatales (especialmente en Shtërpc y Gora)"[8].

Otras medidas introducidas en marzo de 1990 fueron la concentración de las inversiones en las partes del país donde los serbios tenían mayor presencia y la anulación de las ventas de propiedades realizadas a ciudadanos albanokosovares por serbios que habían decidido marcharse. En los negocios correspondientes se había identificado la presencia de figuras relevantes de la administración y de la milicia serbias. Al cierre de varios medios de comunicación y de museos e instituciones culturales siguieron la clausura de la Academia de Artes y Ciencias de Kosova, la dispersión de los fondos de la Biblioteca Nacional y, al poco, el despido de muchos trabajadores albaneses del sector público de la economía. En los hechos, y al cabo del tiempo, la abrumadora mayoría de los trabajadores albaneses con empleo público perdieron sus puestos de trabajo, en el marco de un régimen que por fuerza recordaba al del *apartheid* sudafricano.

Un dato importante más de la política desplegada por el gobierno serbio desde 1989 lo fue el permanente hostigamiento que padeció la población albanokosovar, por lo que parece facilitado por la retirada, en abril de 1990, de muchas de las tropas del ejército federal yugoslavo presentes en el territorio y por su sustitución por unidades de la policía serbia. Las detenciones arbitrarias, los malos tratos y la tortura se extendieron, facilitados por una legislación que permitía, por ejemplo, la retención en un cuartel de policía durante tres días a

efectos de realizar un interrogatorio. Nada menos que 15.000 albanokosovares fueron víctimas de este procedimiento en 1994, el mismo año en que se registraron más de 2.000 agresiones policiales, 3.500 operaciones de allanamiento de domicilio y cerca de 3.000 arrestos arbitrarios. La represión cobró probablemente nuevos vuelos una vez que, en julio de 1993, fueron expulsados los observadores de la OSCE y se le negó el visado a personal diverso de Naciones Unidas y de Amnistía Internacional.

La justificación esgrimida por el gobierno serbio —la multiplicación del número de "atentados terroristas contra la policía"— para dar cuenta de por qué había sido preciso asumir un grado tan obvio de represión en los años inmediatamente posteriores a la abolición de la condición autónoma no parece haber encontrado respaldo en ninguno de los informes de organizaciones internacionales de derechos humanos. No está de más recordar, en suma, que en 1993 la abrumadora mayoría de los jueces y fiscales albanokosovares habían sido reemplazados por serbios. Otro tanto había sucedido, por cierto, en la policía.

La situación no era mejor en el terreno educativo. Las partes de los programas de estudio vinculadas expresamente con Kosova y con Albania fueron eliminadas, al tiempo que se acrecentaba la importancia de las materias relativas a la historia y la cultura de Serbia. A medida que los meses fueron pasando se introdujeron medidas encaminadas a hacer desaparecer las clases impartidas en lengua albanesa, y ello hasta el punto de que el albanés empezó a considerarse lengua extranjera. De resultas de todo lo anterior, y como colofón, la abrumadora mayoría de los estudiantes albanokosovares fueron expulsados del sistema público de educación.

Los medios de comunicación fueron objeto, por otra parte, de cierres y de presiones sin cuento. Muchos de los equipos de la radiotelevisión de Prishtinë fueron trasladados a Knin, en la Krajina, y a Pale, en Bosnia-Hercegovina, al tiempo que se procedía a despedir a los trabajadores albaneses. Mientras, las emisiones en albanés quedaban reducidas a un pequeño espacio de 20-30 minutos de duración en el cual, y por añadidura, se reproducían sin más, traducidos, los contenidos de la televisión pública serbia. En el ámbito de la prensa, el primer hito fue el cierre, en agosto de 1990, del diario *Rilindja*. Las cuentas bancarias de muchos medios de comunicación albanokosovares fueron

canceladas, al tiempo que se imponían onerosos precios a la compra de papel y se obligaba a sacar a la calle publicaciones extremadamente caras.

Para que nada faltase, la política oficial serbia alentó un ambicioso programa de colonización. Una ley del verano de 1991, que apenas tuvo eco, otorgaba cinco hectáreas de tierra a los serbios y montenegrinos que querían instalarse en Kosova. Las guerras en Croacia y Bosnia proporcionaron poco después, sin embargo, un número de refugiados serbios dispuestos a trasladarse a Kosova. Al respecto se manejaron las cifras de 6.000 serbobosnios, en 1994, y de 20.000 serbios procedentes de la Krajina, en 1995. Por lo que parece, bastantes de estos potenciales colonos se negaron a trasladarse a la postre a un país pobre y conflictivo del que escapaban, en cambio, numerosos albanokosovares. En 1993 se manejó la cifra de 400.000 de éstos —acaso se incluyen en el cómputo albanokosovares que emigraron antes de la abolición de la condición autónoma—, de los cuales 120.000 se habrían trasladado a Alemania, unos 95.000 a Suiza, 35.000 a Suecia y 23.000 a Austria. Al tiempo que se adoptaban esas medidas, veían la luz otras en virtud de las cuales el régimen serbio procedía a enajenar una buena parte de la riqueza del país —sin contar, naturalmente, con la opinión de sus habitantes— u optaba por fusiones forzadas, en beneficio de firmas serbias, de determinadas compañías albanokosovares. Al respecto se citaban acuerdos contraídos por aquél con empresas griegas, rusas y estadounidenses en relación con las minas de Trepçë, o con empresas griegas e italianas, por citar otro ejemplo, en lo que respecta al complejo de telecomunicaciones.

Al margen de los avatares de la política serbia, el proceso de desintegración de Yugoslavia tuvo sus efectos en Kosova. El estallido de la guerra serbo-croata en 1991 sirvió para comprobar, por lo pronto, que los reclutas albaneses no eran de fiar para los cuadros de un ejército yugoslavo cada vez más serbianizado. En adelante —y habida cuenta del riesgo adicional de que muchos jóvenes albanokosovares se negasen a realizar el servicio militar y acabasen en las cárceles— la política serbia al respecto fue muy pragmática e incorporó procedimientos encaminados a evitar que los albanokosovares fuesen llamados a filas; no faltaron tampoco los casos de jóvenes albaneses que optaron por abandonar el país para huir de la conscripción. Otro efecto significativo de la guerra serbo-croata o, para ser más precisos, de las

declaraciones de independencia de Eslovenia y de Croacia, fue la decisión asumida por la principal fuerza política albanokosovar, la Liga Democrática, en el sentido de optar francamente por la independencia para Kosova. Es verdad, también, que la consecución de la independencia por las dos repúblicas septentrionales se tradujo inmediatamente en una franca remisión de las protestas que, en relación con la situación en Kosova, habían emitido en los años anteriores las élites dirigentes de Eslovenia y de Croacia.

La guerra de Bosnia, a partir de abril de 1992, ejerció inmediatos efectos negativos en Kosova. A su amparo arreció, por lo pronto, una propaganda oficial serbia impregnada de menciones a una supuesta amenaza islámica o, de forma más singularizada, al eventual auge del integrismo islámico. La presencia de éste era indetectable, sin embargo, en Kosova, algo tanto más significativo cuanto que la crisis sin fondo del modelo socialista yugoslavo había dejado un vacío que en otras condiciones bien podría haber sido colmado por un movimiento de ribetes integristas. La guerra acarreó también un embargo internacional sobre Serbia y Montenegro que, por razones obvias, afectó, y mucho, a Kosova, en donde empezó a hacerse sentir también la influencia de los circuitos mafiosos que hicieron su aparición en la economía serbia.

Pero si los efectos de la guerra fueron negativos, los de la paz firmada en Dayton no fueron mejores. La estrategia de la resistencia albanesa experimentó un franco retroceso, no en vano el acuerdo suscrito en los Estados Unidos implicaba una aceptación de las fronteras internas del viejo Estado federal yugoslavo, acarreaba un reconocimiento paralelo —por las potencias occidentales— de la federación que configuraban Serbia y Montenegro, le otorgaba una inesperada legitimidad al gobierno serbio y, por si poco fuera, aceleraba la expulsión de refugiados albanokosovares por parte del gobierno alemán. Muchos albanokosovares se preguntaron por qué se reconocía una República Serbia de Bosnia y en cambio no se hacía otro tanto como una República de Kosova en Serbia; acaso la comunidad internacional premiaba el uso de la fuerza y castigaba a quienes optaban por la resistencia pacífica. La única contrapartida, de sentido ambivalente en el caso de Kosova, era el compromiso internacional de no levantar las sanciones económicas que pesaban sobre Serbia y Montenegro en tanto en Kosova persistiesen problemas de violación de derechos humanos. En junio de 1996, en fin, los

Estados Unidos abrieron en Prishtinë una oficina que tenía un simbólico rango semidiplomático.

El movimiento de desobediencia civil

Con el paso de los meses fue cobrando cuerpo entre la población albanokosovar un movimiento de desobediencia civil que se manifestó en ámbitos diversos.

En el terreno *ideológico* adquirió inusitada fortaleza una cultura política que poco tenía que ver con las viejas estructuras de poder legadas por la Yugoslavia de Tito, y mucho, en cambio, con la vida intelectual generada en torno a la Universidad de Prishtinë. No es casual que en los años anteriores esta última fuese repetidas veces identificada por las autoridades serbias como un foco constante de subversión, y que al respecto se subrayase, por ejemplo, el supuesto tono de nacionalismo agresivo que inspiraba muchos de los libros de texto empleados en sus aulas. La propia purga practicada en su momento por el gobierno serbio en la dirección de la Liga de los Comunistas de Kosova, al generar un visible vacío, facilitó, en segundo lugar, la aparición de una nueva élite política en el país. Es evidente también el influjo que sobre el movimiento albanokosovar ejercieron los cambios que a finales de 1989 se verificaron en varios países de la Europa central y balcánica. Si hay que identificar un cuarto ascendiente, ése es el de los movimientos de desobediencia civil no violenta, que a la postre generaron activas simpatías por el movimiento albanokosovar y facilitaron la decisión, aplicada a rajatabla por los clanes locales, de poner fin a cualquier tipo de violencia dentro y fuera de éstos.

A las observaciones realizadas conviene agregar una más, que da cuenta de los nulos problemas derivados de la presencia, en la resistencia albanokosovar, de diferentes creencias religiosas. Musulmanes y católicos mantuvieron una relación que en modo alguno puede calificarse de conflictiva, como lo ilustran de manera fehaciente dos hechos: si, por un lado, en los momentos de gestación del movimiento de resistencia en 1990 se sopesó en serio la posibilidad de alentar una conversión masiva al catolicismo —en provecho, por lo que parece, del un tanto patético designio de facilitar una más rápida

integración en el mundo occidental—, por el otro la Liga Democrática de Kosova, la fuerza mayoritaria en la que cabe suponer eran muchos los musulmanes, no dudó en aproximarse a la Internacional Demócrata-Cristiana.

La naturaleza del movimiento de desobediencia civil y la enorme capacidad organizativa que al cabo demostró son hoy un problema para muchas de las presunciones relativas a las transiciones en la Europa central y oriental. La teoría decía que en esa amplia área geográfica la manifestación de una sociedad civil merecedora de tal nombre sólo era imaginable en espacios que habían tenido alguna experiencia democrática en el pasado, que se habían beneficiado de cierto desarrollo económico y que no habían padecido los efectos de las férulas ejercidas por los imperios otomano o ruso. Pues bien, ha sido en Kosova, un país sin tradición democrática alguna, muy pobre y sometido al dominio otomano durante siglos, donde ha hecho su aparición la que acaso es la más activa de las sociedades civiles del oriente europeo.

En el terreno *político-institucional* conviene subrayar que muchos de los miembros del parlamento kosovar intentaron bloquear la reformada Constitución serbia y poner en marcha una República de Kosova. Tras encontrar un sinfín de obstáculos, 114 de los 123 miembros albaneses del parlamento hubieron de reunirse en la calle el 2 de julio de 1990 para declarar a Kosova "entidad igual e independiente en el marco de la Federación Yugoslava", fórmula a través de la cual se pretendía poner fin a los efectos de la decisión asumida por la Asamblea Popular de Serbia en septiembre de 1945. En abierta conculcación de la norma que señalaba que la disolución del parlamento kosovar no podía hacerse sin el acuerdo previo del propio parlamento, las autoridades serbias lo disolvieron el 5 de julio al tiempo que hacían otro tanto con el gobierno. Así, y en virtud de un auténtico golpe de Estado, desaparecían los últimos, y ya simbólicos, restos de las instituciones autónomas perfiladas veinte años antes. Como bien señala Noel Malcolm, no deja de ser significativo que el gobierno serbio, en su propio interés, mantuviese en vigor, sin embargo, la regla que permitía que un representante de Kosova —ahora designado desde Belgrado— tomase asiento en la presidencia federal yugoslava[9].

El 7 de septiembre de 1990 muchos de los miembros albanokosovares del disuelto parlamento se reunieron en Kaçanik y proclamaron una nueva

Constitución que había de regir a la clandestina República de Kosova. Las normas aprobadas en Kaçanik sirvieron para articular un auténtico sistema institucional en la sombra y permitieron también que un año después, en septiembre de 1991, se celebrase un referéndum clandestino en el que participó un 87% de los electores y un 99% de los votantes respaldó la creación de una república kosovar independiente. Ésta fue proclamada por el parlamento el 18 de octubre. Varios días después veía la luz, bajo la dirección de la Liga Democrática, un gobierno presidido por Bujar Bukoshi.

En adelante la mayoría de la población albanokosovar se abstuvo de tomar parte en las elecciones serbias y yugoslavas, si bien participó, y por lo que parece activamente pese al acoso policial, en dos consultas electorales celebradas, en la clandestinidad, en Kosova en 1992 y 1998. En 1992 la Liga Democrática —ahora nos referiremos a ella— se hizo con la abrumadora mayoría de los votos y con 96 escaños. Otros 29 fueron a parar a manos de distintas fuerzas albanokosovares y 5 a partidos de la minoría musulmana eslavófona, mientras se reservaban, sin cubrirlos, 14 escaños para los serbios y montenegrinos presentes en el territorio. Al tiempo, el máximo dirigente de la Liga, Ibrahim Rugova, veía ratificada su condición de presidente de la república kosovar (con un bien es verdad que sospechoso 99,9% de los votos en 1992). Los resultados fueron genéricamente parecidos en una segunda elección que, inicialmente prevista para mayo de 1996, fue finalmente postergada a marzo de 1998. Los parlamentos electos, que no fueron convocados por presuntas razones de seguridad, no desarrollaron, por lo demás, ninguna actividad.

La abstención de la población albanokosovar en las elecciones serbias y yugoslavas —antes mencionada— fue a menudo criticada por las fuerzas de oposición serbia, que estimaban que los votos desperdiciados, de haberse hecho valer, hubiesen colocado en situaciones delicadas al régimen de Milosevic, no en vano en Kosova se elegían 24 diputados que en la mayoría de las elecciones fueron a parar a manos del Partido Socialista Serbia, aun cuando en algún caso —en enero de 1994— beneficiasen también al conocido dirigente paramilitar Zeljko Raznatovic, "Arkan". Los niveles, elevadísimos, de abstención en Kosova hacían, por añadidura, que la obtención de un acta de

diputado requiriese un número de votos significativamente menor al que era preciso en Serbia.

En el terreno más estrictamente *partidario*, lo primero que hay que subrayar es que entre diciembre de 1989 y febrero de 1990, y al amparo de la desintegración de la Liga de los Comunistas, proliferaron los partidos entre la población albanesa de Kosova. Así las cosas, el movimiento naciente lo configuró un buen número de aquéllos, si bien la clara preeminencia de una fuerza política —la varias veces mencionada Liga Democrática— le restó al cabo pluralidad e hizo que en los hechos, y dentro del propio movimiento, no fuera posible apreciar una oposición; al respecto se aducía, bien es cierto, que un "movimiento de liberación nacional" no suele admitir disensiones sensibles en su seno. La existencia, por lo demás, de un problema nacional pendiente de resolución estaba a buen seguro en el origen del carácter innegablemente masivo del movimiento de resistencia desarrollado en Kosova.

La fuerza directora del movimiento fue la citada Liga Democrática de Kosova, creada a finales de 1989 y liderada por Ibrahim Rugova, quien se convirtió también, como acabamos de señalar, en presidente de la república clandestina. En los últimos meses de la autonomía kosovar la Liga asumió el control de la "parte" albanesa del parlamento y pasó a dirigir también en los hechos el gobierno. Conforme a una visión muy extendida, la fuerza encabezada por Rugova no procedió a crear nuevas instituciones, sino que procuró mantener en vigor, pese a la política desplegada desde Serbia, las previamente existentes. Pujó, en otras palabras, por preservar lo que en los hechos se antojaba un Estado kosovar, bien es verdad que carente de aditamentos tan decisivos como la policía y las fuerzas armadas. La estrategia de Rugova consistió ante todo en tres elementos: la defensa de una resistencia no violenta, el designio de internacionalizar el problema con la búsqueda paralela de diversos grados de implicación de otros estados en el tratamiento del conflicto y, en fin, el rechazo de todos los elementos —entre ellos las elecciones— de la política institucional serbia. La Liga asumió, por lo demás, un progresivo cambio en sus posiciones maestras: si en la primavera de 1990 reclamaba sin más una autonomía real para Kosova, al poco las demandas apuntaban al reconocimiento de que los albaneses tenían los mismos derechos que las demás naciones integrantes de la Federación, y a finales de 1991 se

reivindicaba ya un Estado independiente y soberano. Junto a la Liga, y bien es verdad que con peso significativamente menor, se hicieron valer otras fuerzas políticas, como los partidos Agrario, Demócrata-Cristiano, Parlamentario y Socialdemócrata.

En el terreno *económico-social* se desarrollaron un sistema educativo y un sistema sanitario al margen del Estado. Los doctores y los profesores eran pagados —con salarios bien es verdad que muy bajos, y no siempre librados a tiempo— por la "República de Kosova", buena parte de cuyos fondos procedían de la emigración albanokosovar. Los datos relativos al sistema educativo eran espectaculares: en 1995 asistían a clases 312.000 alumnos de primaria, 57.000 de secundaria y más de 12.000 de enseñanza superior. El sistema, que contaba también con dos escuelas de educación especial, se servía las más de las veces de locales privados.

En el terreno de la sanidad no puede olvidarse que medio millón de albanokosovares perdieron su derecho a cualquier tipo de protección social, con una consecuencia fácil de apreciar: muchas gentes pasaron a depender de la solidaridad familiar y de los recursos manejados por el movimiento de resistencia, en buena medida resultado de transferencias que, procedentes de la diáspora, muchas veces eran confiscadas por las autoridades serbias. La situación era tanto más delicada cuanto que 60.000 familias —unas 350.000 personas— parecían hallarse por debajo del umbral de la pobreza, se contabilizaban 80.000 casos de personas con problemas físicos o mentales y muchos albanokosovares habían perdido sus casas en virtud de la aplicación de unas u otras medidas de emergencia. Por mencionar otro dato, la tasa de mortalidad infantil, que era de 38,4 por mil en 1990, pasó a emplazarse en 50 dos años después, al tiempo que ganaban terreno entre los niños enfermedades como la polio y el tétanos. Recuérdese, en suma, que sólo un 46% de la población de Kosova se beneficiaba de agua corriente en sus casas, y que sólo un 33% disponía de servicios higiénicos. Claro que la propia minoría serbia vio cómo su nivel de vida se deterioraba al calor de los numerosos compromisos incumplidos por las autoridades y del embargo internacional en curso.

Cobraron cuerpo también sistemas de transporte alternativos a los oficiales —su éxito provocó su pronta prohibición desde Belgrado— y un sinfín de

pequeños comercios, al tiempo que se gestaba una fuerza sindical, la Alianza de Sindicatos Independientes de Kosova, que, con 22 ramas, llegó a declarar 260.000 afiliados. Es verdad, con todo, que la eficacia de las redes de solidaridad familiar, y del propio sistema de clanes, estaba detrás del relativo éxito de muchas de las fórmulas económicas que vieron la luz.

Fueren las cosas como fueren, el efecto principal de la nueva situación estribó en que las autoridades serbias fracasaron en su intento de someter económicamente a la población albanokosovar, y ello pese a que en agosto de 1993 no dudaron en clausurar, en virtud de un procedimiento de confiscación, la mayoría de los pequeños negocios instaurados en los tres años anteriores. Tampoco fueron de gran utilidad para el gobierno serbio medidas tan duras como el desmantelamiento de fábricas, transferidas en su integridad a Serbia, o las ya citadas decisiones encaminadas a impedir que los ciudadanos albanokosovares adquiriesen propiedades de ciudadanos serbios. Muy al contrario, se revelaron por doquier los efectos del anquilosamiento de muchas de las viejas estructuras y el genérico fracaso en el intento de ratificar una relación colonial.

Hay que subrayar, por otra parte, la enorme influencia que los albanokosovares emigrados ejercieron en la gestación del movimiento de resistencia. Al respecto se ha subrayado, en particular, el peso de la comunidad albanokosovar residente en los Estados Unidos —entre 350.000 y 400.000 personas—, muy inclinada, por lo que parece, a la franca defensa de la unificación de Kosova y Albania. Como ya señalamos en su momento, también ejercieron su peso los albanokosovares residentes en Suiza y Alemania. Los primeros —entre ellos se contaban muchos de quienes fueron mineros en Trepçë— fueron decisivos a la hora de facilitar la transferencia de recursos económicos a Kosova. Naturalmente que el hecho de que los clanes del norte de Albania ejerciesen el poder en el país desde 1992 —el éxito electoral del Partido Democrático de Sali Berisha— hasta 1997 fue también un dato decisivo.

Pero no sería muy saludable que pasásemos por alto los problemas, algunos enjundiosos, que acosaban al movimiento de desobediencia civil. Por lo pronto, la sociedad paralela que los albanokosovares pusieron en pie era antes una respuesta biológica a su expulsión de la economía pública que el

producto de un discurso radical y elaborado. Esto aparte, en su articulación resultaba fácilmente apreciable la influencia jerarquizante del sistema de clanes, que poco menos que obligaba a asumir, en virtud de una estricta obediencia, las órdenes emanadas de los máximos responsables de aquéllos. Otro problema lo aportó la progresiva burocratización de la resistencia. La Liga Democrática alcanzó una posición de clara preeminencia, y en algún momento pareció asumir que la situación general era relativamente cómoda para sus cuadros. Así las cosas, y no sin flujos autoritarios, perdió imaginación y resolución. Rugova empezó a funcionar a la manera de un dirigente carismático, con los problemas de paralización consiguientes, mientras los parlamentos elegidos en la clandestinidad no se reunían. Algunos analistas albanokosovares interpretaron que a partir de cierto momento el principal designio de la Liga dejó de ser la contestación de las políticas del gobierno serbio para colocar en un primer plano la necesidad de evitar el surgimiento de fuerzas eventualmente competidoras dentro del propio panorama albanokosovar. Con arreglo a esta visión de los hechos, no faltaron posiciones que sugirieron que la mayor prioridad debía estribar en instaurar, primero, una genuina democracia en Kosova para después, y sólo después, pasar a debatir la condición futura del país.

Un problema de relieve adicional fue, en suma, la privatización que, repentina y forzada por las autoridades serbias —no se olvide que expulsaron de sus puestos de trabajo en la economía pública a muchos albanokosovares —, tuvo a la postre resultados similares a los registrados en virtud de la privatización "institucional" verificada en todos los países de la Europa central y oriental. Uno de ellos fue la aparición entre los albanokosovares de una minoría de privilegiados cuya situación contrastaba con la miseria de muchos de sus conciudadanos.

Las relaciones con los albaneses de Albania y Macedonia

La resistencia albanokosovar depositó desde el principio grandes esperanzas en la ayuda que podía dispensar Albania. Esas esperanzas cobraron peso en 1991, al amparo del hundimiento del régimen burocrático albanés, y lo

recuperaron tras las elecciones ganadas el año siguiente por el Partido Democrático liderado por Berisha. De por medio, además, Albania había sido el único Estado que había reconocido, en octubre de 1991, a la república de Kosova. Los hechos posteriores contribuyeron, sin embargo, a rebajar las expectativas, no en vano el propio Berisha aceptó el principio de la restauración de la autonomía como fórmula maestra resolutora del conflicto de Kosova. A partir de 1997, con la caída de Berisha y el regreso al poder en Albania de gentes vinculadas con los clanes meridionales del país, la relación con Kosova se hizo más difícil.

Al margen de las observaciones realizadas, algunos especialistas han apreciado un problema general de desencuentro entre las élites de Kosova y de Albania. Conforme a una visión de los hechos, la élite política e intelectual albanokosovar se considera predestinada para desempeñar un papel crucial en la reconstrucción de la nación albanesa. Esto ha suscitado, como es lógico, recelos en Albania, muchos de cuyos ciudadanos —al menos hasta la irrupción masiva de refugiados en marzo y abril de 1999— estimaban, por añadidura, que sus connacionales de Kosova habían acabado por controlar, sin excesivos miramientos, buena parte de la incipiente actividad mercantil albanesa.

Por lo que a Macedonia respecta, la relación de su población albanesa —cerca de 450.000 personas, un 23% de los habitantes de la república— con Kosova ha sido muy fluida en el último cuarto de siglo. Piénsese que entre los dos países no existió frontera alguna hasta 1991 y que muchos estudiantes albaneses de Macedonia cursaron sus carreras universitarias en Prishtinë. La general solidaridad que la minoría albanesa de Macedonia ha demostrado para con la causa de los albaneses de Kosova se ha desarrollado, de cualquier modo, en el marco general de una relación tensa con los eslavos macedonios, bien reflejada, por lo demás, a través de una abrupta división entre las propias fuerzas políticas albanesas. En éstas pueden distinguirse sectores moderados más o menos integrados en el Estado macedonio —los partidos correspondientes han formado parte de varios gobiernos de coalición en Skopje— y sectores más radicales que identifican graves problemas de discriminación. Al respecto suele recordarse, en lugar central, la desaparición, en la Constitución macedonia en vigor, de toda mención a los albaneses como nación constituyente. Al amparo de esta circunstancia, muchos albaneses de

Macedonia boicotearon los referéndums de autodeterminación y constitucional, para a continuación, en enero de 1992, organizar una consulta sobre la autonomía de las regiones más occidentales del país. Según los datos aportados, un 90% del electorado albanés hizo uso de su voto, que en un 99% de los casos se inclinó por la autonomía mencionada. Las fuerzas políticas albanesas, radicales o moderadas, han llamado también la atención sobre eventuales discriminaciones en la administración pública macedonia. Conforme a una estimación, sólo un 4% de los empleados de aquélla —y rara vez se cuentan en ese porcentaje responsables de nivel medio o alto— es de origen albanés.

A todo lo anterior conviene agregar los problemas del Sandzak, un territorio con mayoría de población musulmana que está ubicado al norte de Kosova y que tiene una enorme importancia geoestratégica para Serbia, no en vano su pérdida dificultaría de forma decisiva las comunicaciones entre aquélla y Montenegro (y, con ellas, la salida al mar para Serbia).

Las visiones en Serbia y Montenegro

Aunque los resultados de las distintas elecciones celebradas en Serbia en los últimos años han provocado alianzas dispares, parece fuera de duda que el Partido Socialista, la fuerza que dirige Milosevic, en momento alguno ha perdido su condición de preeminencia. El principal reto que los socialistas han tenido que encarar lo fue, en las elecciones celebradas en 1992 y en 1997, el auge del Partido Radical de Seselj, que al cabo se incorporó sin mayores problemas a fórmulas de coalición. En 1992 el Partido Socialista se hizo con 110 escaños, por 71 el Radical, mientras en 1997 la relación lo fue de 110 —en la cifra se sumaban los diputados socialistas y los de otras dos fuerzas: Izquierda Unida Yugoslava y Nueva Democracia— a 81. En la elección intermedia, la de 1993, el Partido Radical tuvo un mal resultado, no en vano consiguió tan sólo 39 escaños frente a los 123 del partido de Milosevic. Mientras, y al margen de estas fuerzas, la oposición cosechaba resultados más bien mediocres: 50 escaños para DEPOS en 1992, 45 para la misma coalición en 1993 y 46 para el Movimiento de Renovación Serbia de Draskovic en 1997

(esta última consulta electoral fue boicoteada por los partidos, también opositores, de Vesna Pesic y Zoran Djindjic).

Tal y como recordamos en el capítulo anterior, hay quien sostiene que el mayor éxito de las políticas de Milosevic ha consistido en desarticular las sucesivas oposiciones tras conseguir que muchos de sus miembros más significados aceptasen el grueso de la mitología nacional difundida desde las instituciones. También se ha apuntado la franca inconsciencia de la oposición serbia en lo que respecta a las consecuencias que sobre el país —sobre su democratización, para ser más precisos— estaba llamada a tener la anulación de la condición autónoma de Kosova. Las medidas adoptadas por Belgrado han sido acaso el principal de los obstáculos con que se ha topado un eventual proceso de democratización, en la medida en que le han dado alas a un nacionalismo agresivo y han generado "una cultura política irracional y populista, dominada por la xenofobia, la mitomanía y la propensión al uso de la violencia"[10]. Olvidados en el exterior, los escasos núcleos de resistencia que aún perviven —y en singular, y por poner un ejemplo, las valerosas "Mujeres de Negro"— han sido objeto de una permanente marginación, que en los hechos ha limitado su actividad a la ciudad de Belgrado.

Así las cosas, no puede sorprender que, en ausencia de iniciativas de lo que pasaba por ser la oposición, hayan tenido algún relieve las asumidas por una fuerza claramente instalada en el bloque de poder: la Izquierda Unida Yugoslava que preside la esposa de Milosevic, Mirjana Markovic, parece haber operado en algún momento, sin éxito, como plataforma para establecer contactos con las formaciones de oposición en aquellos lugares —así, Kosova, la Vojvodina y el Sandzak— en los que, existiendo un problema nacional, el gobernante Partido Socialista contaba con una presencia poco significativa. Es ilustrativo, por ejemplo, que frente a lo que ocurría en las restantes fuerzas políticas de ámbito serbio o yugoslavo, la Izquierda Unida realizase en albanés buena parte de su propaganda en Kosova.

La Iglesia ortodoxa serbia, por su parte, no sólo no ha criticado las políticas desplegadas en Kosova, sino que a menudo parece haberlas alentado. No puede olvidarse, en un terreno parecido, su distanciamiento con respecto a las autoridades cuando, en 1995, entendió que éstas habían abandonado a los serbios de la Krajina y de Bosnia-Hercegovina. Sus únicos momentos de

oposición firme al régimen de Milosevic se produjeron a finales de 1996 con ocasión de las protestas populares por el "pucherazo" desarrollado en relación con las elecciones municipales en Serbia.

En un terreno distinto, la relación de los serbios de la calle con el régimen de Milosevic ha demostrado ser ambigua. Si por un lado, y sometidos al influjo de unos medios de comunicación que han difundido una imagen visiblemente edulcorada de lo ocurrido en Croacia, en Bosnia-Hercegovina y en Kosova, han aceptado genéricamente la versión oficial en lo que a los conflictos correspondientes se refiere, por el otro no han podido substraerse a un conocimiento material de la corrupta condición del régimen y de sus redes. No se olvide al respecto que la situación económica en Serbia ha ido degradándose de tal suerte que a los efectos de una crisis que venía arrastrándose desde bastante tiempo atrás se han sumado los de la desintegración de Yugoslavia, el embargo internacional y el esfuerzo de guerra, de tal suerte que ha ganado terreno, y visiblemente, un capitalismo mafioso. De resultas, mientras una minoría de la población —de la que participa, naturalmente, el grueso de la élite política— se ha enriquecido visiblemente, el poder adquisitivo de los salarios se dividía nada menos que por cinco entre 1989 y 1994, en un escenario marcado por la hiperinflación, la dramática reducción en los niveles de producción de la industria y la extensión del desempleo. Todos estos fenómenos han tenido un significado eco en la forma de un creciente rechazo —ya nos hemos referido a ello— hacia los refugiados serbios procedentes de Bosnia-Hercegovina o de la Krajina.

Una manera de resumir muchos de los contenidos avanzados estriba en recordar el escaso apoyo que las visiones abiertas y concesivas en relación con Kosova tienen en la opinión pública serbia. Una encuesta realizada a finales de 1997 concluía que un 42% de los ciudadanos serbios respaldaba una acción encaminada a expulsar a la población albanesa del territorio, en tanto un 27% se mostraba partidario de reconocer algunos derechos de autogobierno y eran una escueta minoría —acaso por debajo del 1%— quienes se declaraban dispuestos a aceptar un Kosova independiente o, incluso, una república de Kosova dentro de la Federación Yugoslava. Es verdad, sí, que en determinados círculos políticos e intelectuales se hacían valer opiniones —sobre ellas volveremos— eventualmente favorables a la independencia de Kosova o, en su

caso, a la partición de su territorio, derivadas ante todo de la conciencia del problema demográfico que se plantea en el país. A este problema se sumaba, a los ojos de determinados círculos, otro dato negativo: no parecía que entre los serbios que vivían en Serbia existiese una notable disposición al sacrificio por Kosova.

El escaso grado de apertura que ha mostrado la generalidad de la opinión pública serbia en relación con Kosova resulta difícilmente separable, claro, del abrumador control que el régimen ha ejercido sobre los medios de comunicación, tras haber purgado en su momento la mayoría de éstos y haber impuesto un sinfín de cortapisas a los medios opositores, en los hechos obligados a trabajar sólo en Belgrado y sus alrededores. La televisión oficial ha sido al respecto un elemento decisivo.

Como ya recordamos con anterioridad, la Serbia de hoy configura con Montenegro, por lo demás, una inestable federación. El ascenso de un nacionalismo montenegrino decidido a mantener posiciones independientes con respecto a muchos de los criterios avalados desde Belgrado ha sido evidente en los últimos años. El Partido Democrático Socialista que había ejercido el poder desde 1990 asumió una activa división interna de la que se derivó el enfrentamiento entre Milo Djukanovic, cada vez más alejado de las posiciones de Belgrado, y el anterior presidente, Momir Bulatovic. Djukanovic fue elegido presidente del país en octubre de 1997. Antes, en julio del mismo año, muchos de los diputados montenegrinos presentes en las cámaras federales se habían opuesto a la elección de Milosevic como presidente yugoslavo y al consiguiente fortalecimiento de sus poderes (no se olvide que Milosevic firmó el acuerdo de Dayton, a finales de 1995, en su condición de presidente de Serbia, mientras, y a manera de fiel indicación de en quién recaía realmente el poder, el presidente de Yugoslavia pasaba por completo inadvertido). El hecho de que Montenegro disponga de la mitad de los escaños correspondientes a la llamada Cámara de las Repúblicas federal, aunque sólo cuente con 30 de los 138 de los que configuran la Cámara de los Ciudadanos, otorga a sus diputados cierta capacidad de obstaculización de los designios de las autoridades serbias. La existencia de constantes disensiones —que se han multiplicado al calor de las políticas de Belgrado en Kosova y han asumido la forma, por ejemplo, de una negativa a que reclutas montenegrinos sirvan en

ese país— ha hecho que muchos analistas estimen que Montenegro bien podría abandonar la Federación Yugoslava de tal suerte que en modo alguno se descarte, de resultas, un nuevo conflicto bélico.

VI. Del conflicto bélico de 1998 a la intervención de la OTAN

Reduciremos a tres los cambios que, operados con anterioridad a 1998, explican por qué el conflicto de Kosova entró en una nueva, y bélica, etapa. El primero de esos cambios remite, sin más, a los resultados de las elecciones generales serbias del otoño de 1997: como ya señalamos con anterioridad, el Partido Socialista obtuvo 112 de los 250 escaños, seguido del Partido Radical, con 82, y del Movimiento de Renovación Serbia, con 46. En virtud de este reparto, y al amparo de la gestación de un gobierno de coalición entre esas tres fuerzas, se verificó un giro que le otorgaba un predicamento creciente a fórmulas de nacionalismo agresivo en las políticas oficiales. Semejante circunstancia facilitaba la manifestación de lo que algunos analistas empezaron a interpretar era una perentoria exigencia en Serbia: la búsqueda de algún conflicto —el de Bosnia había concluido dos años antes— que permitiese dar rienda suelta a una biológica necesidad de violencia.

En segundo lugar, y al amparo de lo que muchos entendían era un progresivo agotamiento del modelo reivindicado por la Liga Democrática de Kosova, las críticas a Rugova arreciaron desde posiciones muy dispares. Si unos denostaban su negativa radical a negociar con Belgrado en ausencia de intermediarios internacionales, otros subrayaban la pérdida general de imaginación de sus posturas y el consecuente beneficio que ello deparaba para Serbia. No faltaban quienes, tras reclamar una radicalización de la resistencia, rechazaban con rotundidad un movimiento que consideraban injustificadamente moderado. Buen reflejo de las disensiones lo fueron las

posiciones asumidas por dos dirigentes albanokosovares de reconocido prestigio. Mientras Rexhep Qosja —inclinado, como Mahmut Bakalli, a la defensa de la reunificación de todos los albaneses en un Estado común— pasó a defender un modelo de resistencia próximo a la *intifada* palestina, Adem Demaçi fue abandonando los postulados de la desobediencia civil para aproximarse a lo que al poco serían los puntos de vista del Ejército de Liberación de Kosova. Dentro de la propia Liga Democrática vieron la luz posiciones de incipiente disidencia con respecto a los criterios de Rugova; en el congreso que aquélla celebró en febrero de 1998 quince miembros de la dirección del partido anunciaron su deseo de dejarlo, al tiempo que uno de sus máximos dirigentes, Fehmi Agani, optaba por abandonar puestos prominentes. El máximo responsable del gobierno albanokosovar en el exilio, Bujar Bukoshi, también había puesto a menudo de relieve sus diferencias con otros dirigentes de la Liga Democrática.

Las disensiones medraron, en tercer lugar, cuando se hizo evidente que, después de Dayton, las potencias occidentales daban la espalda a muchas de las esperanzas blandidas por el movimiento de desobediencia civil albanokosovar. De por medio, y por si poco fuera, se cruzaban fenómenos difíciles de explicar, como el inaplicado acuerdo que, firmado en septiembre de 1996, Rugova negoció con Milosevic y que estaba llamado a permitir la cesión a los estudiantes albaneses de determinados edificios públicos, sin establecer, bien es cierto, ninguna obligación oficial en cuanto al pago de salarios a los profesores; el acuerdo, dicho sea de paso, acarreó, desde los sectores serbios más radicalizados, severos comentarios relativos a las eventuales concesiones de Milosevic. Ya señalamos que la propia crisis albanesa de la primavera de 1997, con el derrocamiento del presidente Berisha, perjudicó a Rugova, que en adelante mantuvo una relación menos fluida con los nuevos gobernantes albaneses. En noviembre de 1997, Qosja y Demaçi, junto con representantes sindicales y miembros de varios partidos, fundaron, en suma, un foro que pretendía hacer frente al monopolio instituido por la Liga.

El Ejército de Liberación de Kosova y la guerra de 1998

Aunque en los años anteriores las autoridades serbias habían señalado la presencia de grupos armados albanokosovares —así, el llamado "Movimiento Nacional por la Liberación de Kosova" presuntamente identificado en 1993—, la manifestación de los primeros signos evidentes de respuesta violenta —disparos contra policías, colocación de bombas— hubo de aguardar a 1996, en medio de quejas generales que sugerían que se trataba de actos de provocación urdidos por la propia policía serbia.

En el verano de 1997 saltó a la palestra de manera organizada, sin embargo, el Ejército de Liberación de Kosova (ELK), muchos de cuyos cuadros habían sido en el pasado miembros del ejército yugoslavo. El ELK, que al parecer obtenía financiación fundamentalmente a través de la diáspora albanokosovar, consiguió hacerse, por lo demás, con un número importante de armas ligeras procedentes de los arsenales del ejército albanés asaltados en 1997 por la población civil. Según fuentes solventes, muchas de sus armas, y otros pertrechos, los adquirió también en la propia Serbia, en lo que se antoja una ilustración más de la singularísima condición del capitalismo mafioso imperante. Parece innegable, en fin, que con el paso del tiempo el ELK empezó a recibir ayuda militar occidental. Algunas fuentes han subrayado, asimismo, la presunta relación del Ejército de Liberación con el mundo de las drogas y con los circuitos de crimen organizado existentes ante todo en el norte de Albania. Aserciones de este tipo, muy antiguas, habían tenido ya cierto peso en la propaganda desarrollada por el gobierno serbio en la segunda mitad del decenio de 1980. Ideológicamente, y sobre la base de un denominador común —el discurso, inevitable, del nacionalismo albanokosovar —, dentro del ELK parecían coexistir sectores pragmáticos y otros que lo eran menos, y marxistas-leninistas junto a conservadores religiosos. El ELK no ha sido nunca, por lo demás, una fuerza claramente unificada, de tal suerte que es fácil concluir que muchas de sus unidades se han movido con muy amplia autonomía.

Es significativo que Adem Demaçi, de quien nos hemos ocupado ya en varias oportunidades, se convirtiese en el portavoz del ELK. En los años anteriores sus críticas a Rugova se habían limitado a subrayar la falta de imaginación que caracterizaba los movimientos de la Liga Democrática y, en paralelo, la escasa predisposición que ésta mostraba a la negociación con el

gobierno serbio. Demaçi no había dudado en respaldar a la coalición opositora serbia "Unidos" y en defender, por otra parte, una federación balcánica, la *Balkanija*, en la que estarían presentes —en virtud de una rigurosa adscripción voluntaria— Serbia, Montenegro, Kosova y las repúblicas ex yugoslavas que quisiesen sumarse al proyecto. La deriva de Demaçi se antojaba muy ilustrativa de lo ocurrido en determinados círculos albanokosovares, otrora claramente entregados a la resistencia no violenta, pero al poco firmes partidarios de la lucha armada.

Las acciones del ELK, que a menudo tuvieron por objetivo, en los primeros momentos, a albanokosovares que presuntamente colaboraban con las autoridades serbias, fueron haciéndose cada vez más frecuentes. En los primeros meses de 1998 parecieron apuntar al propósito de liberar determinadas partes del territorio de Kosova, en lo que se antojaba la imitación de procedimientos similares desplegados en el Tercer Mundo por muchos movimientos de liberación. Los primeros incidentes de relieve se produjeron en la región de Drenica, en el centro de Kosova, a principios de marzo de 1998. La importancia de Drenica estribaba en el control de la principal vía de comunicación desde Prishtinë hacia el occidente de Kosova y Montenegro. La respuesta represiva serbia no se hizo esperar y utilizó como instrumento central a la policía, mucho más fiable para el régimen, y mucho mejor pertrechada, que las fuerzas armadas. Aun así, en diciembre de 1997 habían sido trasladados a Kosova tres cuerpos de ejército antes emplazados en el sur de Serbia. Según una estimación, en febrero de 1998 estaban desplegados en Kosova 13.000 policías serbios —con la posibilidad de colocar en el territorio otros 25.000 en sólo tres días—, 6.500 miembros de las fuerzas armadas —a los que podrían sumarse al poco otros 10.000— y unos 30.000 ciudadanos serbios armados de una u otra forma. En repetidas oportunidades se identificó también la presencia de paramilitares como los "Tigres" liderados por "Arkan" o las "Águilas Blancas" de Seselj.

La confrontación bélica que se desarrolló a lo largo de 1998 se saldó con un progresivo retroceso del ELK, que a los ojos de muchos analistas debía explicarse, en buena medida, por el subterráneo apoyo que significados miembros de la comunidad internacional dispensaron al gobierno serbio para que eliminase de una futura mesa de negociaciones a los radicales albaneses

(no debe olvidarse, de cualquier modo, que tanto los radicales como los moderados parecían estimar que el principio de la autodeterminación para Kosova era irrenunciable). Lo cierto es que, aunque las estimaciones al respecto son poco fiables, la confrontación bélica que nos ocupa produjo acaso un millar de muertos y más de 200.000 refugiados. El aparente éxito de la policía serbia y la llegada del invierno, sumados a la creciente presión internacional, permitieron la firma de un acuerdo de paz en octubre de 1998.

El acuerdo de octubre de 1998 y las conversaciones de Rambouillet

Tal y como acabamos de señalar, la presión internacional propició la firma, en octubre de 1998, de un acuerdo de paz para Kosova. El elemento central del acuerdo era el designio de abrir un período de tres años de duración en el transcurso de los cuales se procediese a normalizar la situación en todos los ámbitos; al respecto se invocó el modelo sentado por el acuerdo de paz que se había firmado en 1996 en Chechenia. Lo pactado implicaba también la progresiva restauración de la autonomía abolida dos lustros atrás, así como la organización de elecciones libres y democráticas. El gobierno serbio debía proceder a una visible reducción de los contingentes militares y policiales desplegados en Kosova, en tanto el ELK debía entregar sus armas. El acuerdo acarreaba también un vago compromiso de procesar a eventuales responsables de crímenes de guerra y preveía, en fin, el despliegue de dos mil observadores, todos ellos desarmados, de la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE).

Aunque la pronta llegada del invierno se antojaba un poderoso estímulo para que el acuerdo de octubre ganase terreno, lo cierto es que los combates no menguaron. Si al respecto la tesis oficial serbia apuntaba que el ELK había vuelto a los lugares de los que había sido desplazado en los meses anteriores, del lado de la resistencia albanokosovar se subrayaba que Serbia, plenamente consciente de la debilidad de la respuesta internacional, no había abandonado en modo alguno las operaciones de acoso. Lo cierto es que, mientras se

iniciaba el despliegue de los observadores de la OSCE, el conflicto arreció en los primeros meses de 1999.

El efecto fundamental del renovado conflicto fue una creciente presión internacional que en este caso se concentró en la organización de una conferencia que al cabo se celebró en dos tandas —6 a 24 de febrero y 15 a 18 de marzo de 1999— en Rambouillet, en Francia. El llamado "grupo de contacto" (Alemania, EE.UU., Francia, Italia, Reino Unido y Rusia) intentó imponer un acuerdo de paz que, muy semejante al de octubre de 1998, reemplazaba, sin embargo, a los dos mil observadores de la OSCE por un contingente militar de casi 30.000 soldados bajo la dirección de la OTAN.

Pese a que en Rambouillet se abrió camino, por vez primera, un procedimiento en el que se aceptaba el criterio tantas veces enunciado por la Liga Democrática de Kosova —las delegaciones albanokosovar y serbio/yugoslava debían reunirse en suelo neutral y en presencia de mediadores internacionales—, lo cierto es que las cosas, al menos en lo que se refiere a una dimensión fundamental, no discurrieron con arreglo a las expectativas de la delegación que encabezaba Rugova, y en la que estaban presentes, por cierto, significados miembros del ELK. Hora tras hora fue perdiendo terreno lo que la delegación albanokosovar más acariciaba: el logro de un aval internacional que diese alas a un horizonte de autodeterminación. Las primeras sospechas de que por ahí iban los tiros las alentaron los portavoces del grupo de contacto cuando empezaron a reclamar un uso descafeinado del concepto de autodeterminación, que a sus ojos se ejercería en plenitud al amparo de la restauración de instituciones autónomas y en modo alguno reclamaría, por tanto, consultas referendarias en las que la secesión estuviese en juego. La edificante imagen de Milosevic dirigiendo el esfuerzo de paz en Kosova traía a la memoria fantasmas paralelos en la Bosnia de varios años atrás.

El aparente doble rasero en las amenazas —bombas para Belgrado, ostracismo internacional para los albanokosovares— con que el grupo de contacto pretendía imponer sus criterios apenas enturbiaba la visión del fondo: las potencias occidentales preferían obviar experimentos. Tan es así que el sábado 20 de febrero, cuando las negociaciones asumieron una imprevista prórroga, un miembro de la delegación albanokosovar sugirió que el grupo de

contacto y los representantes serbios habían pactado, desde el principio, una aviesa línea de conducta. Con arreglo a ella, las concesiones iniciales a la delegación albanokosovar —con un compromiso, bien que vago, de tolerar un referéndum— se habrían visto seguidas por reticencias de los representantes serbios en lo relativo al despliegue de los contingentes internacionales; aunque la actitud de Belgrado estaba llamada a provocar un bombardeo fulminante, la respuesta del grupo de contacto estribó, antes bien, en tomar repentinamente en consideración muchas de las quejas de la delegación serbia y en rebajar sensiblemente las concesiones primeras a la parte albanokosovar.

Pese a que, como acabamos de señalar, el grupo de contacto retiró cualquier tipo de concesión relativa a un eventual referéndum de autodeterminación en Kosova, con el propósito evidente de atraer a la firma a la delegación serbia, ésta —conviene subrayar que no se hallaba encabezada por Milosevic— se negó a aceptar el despliegue de contingentes de la OTAN en el territorio. Su contrapropuesta, que declaraba una disposición inicial a aceptar tropas internacionales plenamente desvinculadas de la Alianza Atlántica, fue rechazada por los miembros occidentales del grupo de contacto. Las cosas así, el plan de éste recibió a la postre una aceptación, bien que a regañadientes y bajo visibles presiones, de la delegación albanokosovar, en la cual se hicieron sentir, de cualquier modo, visibles tensiones como las que condujeron a la dimisión de Adem Demaçi como portavoz del ELK. Al mismo tiempo, en Kosova se producía la llegada de nuevas fuerzas militares y policiales serbias.

La intervención de la OTAN

Como quiera que en el momento en que estas líneas se escriben las acciones militares de la OTAN y la represión ejercida en Kosova por el ejército, la policía y los paramilitares serbios siguen su curso, poco más podemos hacer en este capítulo que dar cuenta de los hechos ya acaecidos y llamar la atención sobre algunas de las interpretaciones que han suscitado.

El 24 de marzo de 1999 la OTAN dio satisfacción a su amenaza de iniciar bombardeos sobre Serbia y Montenegro. Esos bombardeos se desarrollaron en

varias fases. Primero afectaron, por lo que parece, a las infraestructuras del ejército yugoslavo para después extenderse a todos los objetivos militares y a numerosos objetivos civiles, con la vista puesta, sin duda, en provocar graves cortocircuitos en la economía. A medida que los bombardeos entraban en sus fases superiores se multiplicaron los "errores" y, con ellos, las víctimas civiles. El número de éstas, inevaluable, contrastaba, de cualquier modo, con la ausencia de bajas del lado de la OTAN.

Probablemente es preciso preguntarse por qué el régimen serbio, con Milosevic a la cabeza, asumió el riesgo de los bombardeos de la Alianza Atlántica. La única respuesta, cautelosa, que puede avanzarse es la que sugiere que Milosevic desplegó un cálculo racional de probabilidades del que tanto podía salir bien parado como definitivamente postergado. Por lo pronto, cierta modalidad de intervención armada podía fortalecer al régimen serbio. En un sentido distinto, y conforme a un razonamiento sobre el que volveremos, muchos análisis señalaban que Milosevic estaba buscando un argumento que presentar ante sus conciudadanos para explicar por qué era preciso abandonar Kosova, o al menos una parte significada de éste. No debe olvidarse al respecto que Milosevic no es un nacionalista y que poco le preocupa que Kosova sea el crisol, supuesto o real, de la nación serbia. El hoy presidente yugoslavo sabe, por añadidura, que el crecimiento vegetativo de los albanokosovares es mucho más alto que el que exhibe la población serbia, de tal suerte que en el horizonte se barrunta un Estado que, de no prescindir de Kosova, contará con una mayoría de albaneses. Así las cosas, y siempre según la interpretación que glosamos, Milosevic preferiría preservar el núcleo fundamental en el que tejió un impresentable capitalismo mafioso antes que guerrear hasta el fin por un territorio que nada le dice.

Claro que en el cálculo de probabilidades que acabamos de invocar no faltaban los riesgos. Uno de ellos, el primero, lo aportaba el creciente predicamento que podían alcanzar los sectores de la élite política serbia que mantenían íntegros sus vínculos con un nacionalismo agresivo. La punta de lanza de esos sectores es el Partido Radical que, bajo la dirección de Seselj, forma parte del gobierno de coalición serbio. Conforme a algunos análisis, y en la eventualidad de que Milosevic vacilase, los radicales podrían asestar un golpe y, en colaboración con otros estamentos, hacerse con el poder. Al

respecto conviene subrayar que una interpretación relativamente extendida, y por lo que parece desmentida por los hechos, sugería que el propósito de los bombardeos iniciales de la OTAN era ofrecerle a Milosevic un argumento que esgrimir ante sus aliados ultranacionalistas para levantar la drástica oposición de éstos al acuerdo de Rambouillet. Una segunda incógnita la proporcionaban las fuerzas armadas. Pocas dudas hay con respecto a su respaldo a la posición oficial en relación con Kosova. Pero la prosecución de los bombardeos, y la eventual desintegración de la línea de mando, podrían provocar convulsiones agudas. No está de más recordar que el grueso de los cuadros militares recibió en el pasado su formación en un discurso yugoslavista que mantenía relaciones tensas con el nacionalismo serbio ascendente. Ésta es una de las explicaciones de por qué Milosevic se ha visto impelido a realizar continuas purgas, en los últimos años, en la cúpula militar. La condición ininterrumpida de esas purgas obliga a concluir que el presidente yugoslavo no las tiene todas consigo en lo que atañe a la lealtad de los máximos responsables del ejército. Tal vez por ello, buena parte de sus esfuerzos de los últimos años se han concentrado en configurar una policía que opera a la manera de una guardia pretoriana. En un plazo de tiempo más largo, y en tercer lugar, la agudización de la crisis económica puede ser un profundo elemento desestabilizador. Serbia padece desde hace años un embargo internacional que ha reducido sensiblemente el nivel de vida de sus habitantes. La pregunta, entonces, es hasta dónde podrá resistir la población sin mostrar de una forma u otra su descontento. O, por decirlo de otra manera, cuánto tiempo tardará en desvanecerse el influjo, en este caso innegablemente alienador, del discurso nacionalista omnipresente. No es sencillo calibrar, por otra parte, en qué medida la condición desestructurada del capitalismo mafioso que impera en el país acelerará la protesta popular o, por el contrario, la retrasará. Mencionemos, en fin, una última incógnita: dado determinado derrotero de los acontecimientos, Montenegro podría imponer obstáculos significados a muchas de las decisiones de Milosevic, como podría aprovechar la tesitura para apretar el acelerador de una independencia que a buen seguro acarician los dirigentes de Podgorica.

Fueren las cosas como fueren, sabemos en qué consistió la respuesta principal del gobierno serbio a los ataques de la OTAN: en una visible

aceleración de las operaciones de represión, y con ella de limpieza étnica, en Kosova, sin que esté claro por el momento si esas operaciones han respondido a un programa tramado o, por el contrario, se han desarrollado de forma más o menos improvisada. Tampoco resulta sencillo identificar, por cierto, quiénes son los agentes concretos —militares, policías o paramilitares— que han corrido a cargo de esas acciones. Por no estar claro, ni siquiera lo está si las operaciones se encaminan a limpiar todo Kosova o sólo determinadas partes del territorio de éste. Lo cierto es que han provocado la huida —fundamentalmente hacia Albania, pero secundariamente también hacia Macedonia y Montenegro— de una cifra de albanokosovares que algunas fuentes empiezan a emplazar en 900.000 personas, y que es lícito alimentar la sospecha de que son también muchos los albanokosovares que, expulsados de sus casas, vagan por su país. Parece fuera de duda, también, que pueblos enteros han sido incendiados, que el número de muertos es alto y que el procedimiento general, asentado muchas veces en la destrucción de la documentación de los ciudadanos albanokosovares, apunta a imponer obstáculos sin cuento a un eventual retorno. En el trasfondo de las medidas que acabamos de glosar se han desarrollado, con toda evidencia, una cruda represión contra los guerrilleros del ELK y un vasto programa de defensa ante una eventual operación terrestre de la OTAN. Otra de las dimensiones, vinculada en este caso con la oleada de refugiados que se ha dirigido a los países limítrofes, ha estribado, sin duda, en un intento de desestabilizar, desde Belgrado, esos países.

Resulta difícil substraerse, por otra parte, a la idea de que la OTAN ha mostrado una formidable imprevisión en su ofensiva. Al respecto bastará con invocar la errada inferencia de que el régimen serbio se rendiría rápidamente, como bastará con recordar la dramática ausencia de medidas de la OTAN para hacer frente a la oleada de refugiados albanokosovares y para dar respuesta a las represalias estimuladas en Kosova por las autoridades serbias. Al respecto de poco sirve afirmar, por cierto, que las operaciones de limpieza étnica ya estaban en marcha cuando se produjeron los primeros bombardeos de la Alianza Atlántica.

Tal y como se ha señalado antes, en el momento en que estas líneas se escriben es imposible adivinar cuáles están llamados a ser los perfiles del

futuro inmediato. Lo único que procede hacer al respecto es recordar que hasta la fecha han fracasado los distintos intentos y propuestas de mediación y pacificación desarrollados por estados como Rusia o Alemania, o por organizaciones internacionales como Naciones Unidas. La OTAN parece confiar en que el régimen de Milosevic acabará por dar su brazo a torcer o, en su defecto, espera que en Serbia se produzca un golpe de Estado militar o una revuelta popular. El régimen serbio, por su parte, declara controlar la situación, y acaso aguarda, con una mezcla de temor y de deseo, que se produzca una intervención terrestre —que tendría, claro, riesgos muy graves para la OTAN —, sin descartar el empleo de fórmulas como la que se vincularía, del lado de Belgrado, con un rápido reconocimiento de un Estado kosovar que llevase aparejado, claro, un horizonte de partición del territorio.

Repasando el papel de la comunidad internacional

Parece que éste es un momento adecuado para repasar cuál fue el papel de los países más poderosos del planeta en relación con el conflicto de Kosova. Al respecto conviene recordar, por lo pronto, que durante ocho largos años la UE —tomemos su conducta como indicador de tendencias generales— mostró en Kosova las mismas miserias que había exhibido en relación con Bosnia-Hercegovina. No hizo valer política preventiva alguna, prefirió ignorar los términos de la represión urdida desde Serbia y la condición, ejemplar, del movimiento resistente, desplegó medidas —entre ellas, sucesivas prórrogas en la aplicación de las amenazas y un embargo económico que Serbia supo sortear a través de una curiosa internacionalización de su economía desarrollada en virtud del traslado de muchas empresas a la parte griega de la isla de Chipre— de efectos las más de las veces irrisorios, ignoró a una oposición serbia que se vio obligada a asumir muchas veces un comportamiento heroico, avaló una propuesta de resolución del conflicto que no reclamaba otra cosa que la restauración de la autonomía abolida en 1989 y mostró, en fin, la misma división de opiniones que se había revelado en Bosnia. Todos estos datos inducen a concluir que la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC), que en 1991 se adujo no estaba plenamente

desarrollada, seguía en pañales en 1998, mientras Milosevic imponía, sin obstáculos, su condición de maestro del regate corto.

Claro que la anterior acaso es una descripción generosa de las miserias de la UE. Si se trata de ir más lejos, los argumentos aparecen enseguida cuando se escarba en las diferencias que se revelaron, pese a todo, en el tratamiento postrero que la Unión le dio a la crisis bosnia y en el que intentó aplicar al contencioso kosovar. Porque en este último caso dio por descontado que el problema de Kosova era un asunto interno de Serbia y asumió de buen grado que no era saludable encarar esfuerzos de franca desestabilización de un régimen, el de Milosevic, que, convertido en garante de una paz precaria en Bosnia-Hercegovina, se había granjeado en Dayton una formidable legitimación internacional. En este escenario cabían a la perfección, claro, las insinuaciones relativas a la presunta condición terrorista del ELK, las llamadas de atención sobre el peligro de reflotamiento de una "gran Albania" y los abruptos rechazos de cualquier procedimiento que garantizase la autodeterminación para Kosova. El rechazo de este principio fue claramente expresado por la secretaria de Estado norteamericana, Madeleine Albright, con ocasión de una visita de Rugova a Washington en agosto de 1997. En febrero de 1998 el enviado especial de los Estados Unidos en la región volvió a subrayar que su país no concebía en modo alguno la posibilidad de un Kosova situado fuera de Yugoslavia.

Conviene que le prestemos una atención singular, de cualquier modo, a uno de los elementos de los que hemos hecho mención: la enorme división de opiniones existente dentro de la UE y, más allá de ella, en el conjunto de los países capitalistas desarrollados abocó en una progresiva marginación de agentes de indisputable relieve. La lista correspondiente la encabezan, cómo no, Naciones Unidas —no deja de ser curioso que el demócrata presidente norteamericano Bill Clinton haya mostrado en 1999 un dramático desprecio por el sistema de Naciones Unidas mientras el republicano George Bush procurase, con ocasión de la guerra del Golfo de 1991, el paraguas legitimador de aquél— y la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa que, visiblemente postergada en aras de que no se repitiesen los aparentes problemas generados por un sistema de doble decisión como el que se aplicó en tiempos en Bosnia-Hercegovina, reflejaba el teórico vigor de un enfoque

multilateral de los problemas de seguridad. Pero es que con el paso del tiempo la marginación alcanzó, una vez más, a la propia UE que, indecisa con respecto a muchas cuestiones, acabó por plegarse a las imposiciones estadounidenses. El ámbito fundamental en el que éstas se hicieron valer —con la única pero a menudo liviana oposición de Rusia, que en repetidas ocasiones ofreció una adecuada coartada para no trasladar a los hechos la retórica imperante— fue el llamado "grupo de contacto" que, como señalamos en su momento, además de a los Estados Unidos y a la propia Rusia incorporaba a Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido. Por si poco fuera, el agente ejecutor de las decisiones avaladas por la mayoría de los miembros del "grupo de contacto" no fue otro que la OTAN.

Así las cosas, lo que primero, y durante mucho tiempo, se antojó una abstrusa combinación de estructuras e intereses en la que la ineficacia y las contradicciones despuntaron por doquier se resolvió en beneficio de un mecanismo que colocaba en uno de los agentes implicados, los Estados Unidos, y en una de las instancias a su servicio, la OTAN, una capacidad ingente de decisión. La condición de potencia planetaria de los primeros estaba llamada a ejercer sus efectos en un escenario en el que la tentación de exhibir un poder incontestado, y de recordar a los demás sus significativas limitaciones, se antojaba difícilmente controlable.

Lo anterior debe completarse con una observación más: las iniciativas de carácter regional encaminadas a facilitar la resolución del conflicto de Kosova o no han existido o, en el mejor de los casos, han sido muy débiles. Esta última aseveración puede aplicarse, por ejemplo, a la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de los países balcánicos celebrada en Estambul en noviembre de 1992, a la cumbre de jefes de Estado y de gobierno reunida en Creta en noviembre de 1997 o a las iniciativas unilaterales desplegadas en varios momentos por Grecia. Tampoco ganó alas el proyecto encaminado a gestar una especie de "cascos azules" aportados por varios de los estados de los Balcanes. A ello es bien posible que no fueran ajenas las actitudes eventualmente favorables a las posiciones de Belgrado que acabaron por mostrar buena parte de las élites dirigentes en la citada Grecia, en Macedonia —la comunidad eslava frente a los albaneses— y en Bulgaria —el designio de

hacer frente a los albaneses de Macedonia, el temor a que un Kosova independiente arrastrase a la parte occidental de esa misma república—.

Para poner de manifiesto las enormes diferencias apreciables entre la ingente miseria avalada por los miembros prominentes de la comunidad internacional y otros horizontes más abiertos, acaso no está de más que recordemos, por su interés, la propuesta que a principios de 1993, y en relación con Kosova, emitió una instancia llamada "Organización de Naciones y Pueblos no Representados". La propuesta en cuestión reclamaba la desmilitarización de la región, el despliegue de fuerzas de pacificación de Naciones Unidas, la libertad de movimiento para los albaneses en Kosova y en los estados vecinos, el regreso de los observadores encargados de evaluar el respeto de los derechos humanos, la no aplicación en Kosova de las sanciones desarrolladas contra Serbia, la celebración de una conferencia de paz y el reconocimiento de un Estado kosovar soberano e independiente.

¿Injerencia humanitaria?

A la luz de lo ocurrido en las semanas posteriores al inicio de los bombardeos de la OTAN no se antoja sencillo explicar cómo a estas alturas sigue habiendo gentes que estiman que la Alianza Atlántica ha desarrollado una valerosa ofensiva que nos reconcilia a todos con el derecho, la justicia y la libertad. Mucho más fácil es concluir, en cambio, que el sinfín de miserias que la OTAN ha ido arrastrando en los últimos años ha acabado por explotar al calor de un conflicto que visiblemente, y pase lo que pase con posterioridad, se le ha ido de las manos a nuestros gobernantes.

Para dar cuenta de lo anterior lo primero es preguntarse por qué ha intervenido la OTAN. Sólo una falsa ilusión invita a concluir que lo ha hecho para defender los derechos conculcados a la mayoría albanesa de la población de Kosova. Las razones, con toda evidencia, han sido otras: restaurar su imagen, muy deteriorada; prevenir una eventual extensión a Macedonia del conflicto en curso; poner de relieve quién manda realmente en el planeta y, en fin, ofrecer un suculento escaparate a las empresas productoras de armamento. Nada de lo mencionado parece tener demasiado que ver con los derechos de

los albanokosovares. Y, por cierto, la negativa —hasta hoy— a tomar en serio un horizonte de autodeterminación para Kosova es un baldón más en las espaldas de la Alianza.

Resulta obligado preguntarse, por otra parte, qué crédito hay que darle a las afirmaciones de tantos de nuestros políticos que repiten impertérritos que las acciones de la OTAN han tenido una estricta función humanitaria. Si así es, ¿por qué no ha corrido presurosa la Alianza a poner fin al genocidio kurdo en Turquía —curioso socio éste de un mundo que se autocalifica de civilizado—, o por qué no tomó cartas en el asunto de pararle los pies a Rusia unos años atrás en Chechenia?

Quien quiera buscar más argumentos se topará enseguida, y en tercer lugar, con una realidad dramática: el absoluto desprecio que la principal de las instancias de la seguridad occidental ha mostrado por el sistema de Naciones Unidas y, en paralelo, por una imaginable tarea mediadora de Rusia. Al amparo de semejantes desprecios lo que despunta es, sin más, un egoísta procedimiento que convierte a la OTAN —una organización que, al actuar, no se olvida de sí misma y de los intereses de sus miembros— en juez y parte en muchos conflictos.

Pero, y por añadidura, las acciones sobre Serbia y Montenegro han acabado por demostrar, del lado de la OTAN, una ingente imprevisión y una notable impericia técnica. La infantil convicción de que Milosevic firmaría los acuerdos de Rambouillet y de que más adelante, una vez cayesen las primeras bombas, daría su brazo a torcer ha demostrado hasta qué punto la Alianza ha sido víctima de sus propias baladronadas. Que el régimen serbio iba a asumir una activa represión en Kosova lo sabían todos menos el señor Solana, quien, al parecer, tampoco tomó medida alguna para cerciorarse de que Ibrahim Rugova seguía vivo y no estaba sometido a cortapisas sin cuento.

La OTAN es hoy, en suma, el mayor de los reflejos de la hipocresía occidental: qué curiosa guerra es ésta en la que, varias semanas después del inicio de los combates, la Alianza no tiene un solo muerto, mientras hay centenares de fallecidos en Serbia y millares en Kosova. ¿Es ése acaso el grado de compromiso de unos gobiernos que, tras engrosar formidables maquinarias militares, edulcoran sus miserias con palabrería humanitaria al tiempo que

declaran su solidaridad irrenunciable con las víctimas? ¿Le preocupa a alguien realmente el destino de los refugiados que vagan por los caminos de Kosova?

Pase lo que pase, y como no hay mal que por bien no venga, lo único en lo que se puede encontrar consuelo en estas horas es en la certificación de que todo lo que acabamos de mencionar se vuelve, y abruptamente, contra la OTAN. Tan es así que no es posible olvidar sus miserias ni siquiera cuando se recuerda la impresentable condición de su enemigo de estas horas.

El ambiguo juego de Rusia

No es tarea fácil levantar un balance de la política de Rusia en lo que respecta al conflicto que se ha hecho valer al amparo de los bombardeos de la OTAN en Serbia y Montenegro. Por lo pronto, resulta obligado recordar que la respuesta inicial de Moscú a la ofensiva de la OTAN fue inusualmente dura en términos verbales. Las quejas emitidas por los dirigentes rusos nada tenían que ver, en su tono, con las que habían visto la luz en el pasado con ocasión, por ejemplo, de los numerosos bombardeos norteamericanos sobre Irak o de la propia acción de la OTAN en Bosnia en 1995.

Claro que no sólo se trataba de palabras. A diferencia, de nuevo, de otras crisis, Rusia ponía en marcha medidas concretas y articulaba algunas amenazas para el futuro. Entre las primeras se contaron —recuérdese— la convocatoria urgente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y la cancelación del viaje que el primer ministro Yevgueni Primakov tenía previsto realizar a los Estados Unidos. Entre las segundas despuntaba la posibilidad de redesplegar armas nucleares tácticas en Bielorrusia, decisión que se veía acompañada por otras que llegaban de países miembros de la CEI. Ahí estaba, por ejemplo, Ucrania, cuyo parlamento anunciaba el designio de recuperar la condición de Estado poseedor de armas atómicas.

Pasadas las primeras horas, sin embargo, la reacción rusa perdió decibelios y las posiciones oficiales del Kremlin parecieron asumir un doble juego: si por un lado las protestas perdían intensidad —o en su caso adoptaban un tono ritual y repetitivo—, por el otro Rusia procuraba recurrir a algunas

contraprestaciones simbólicas en el marco de una estrategia sabiamente diseñada para nadar y guardar la ropa.

No es difícil concluir que los elementos encaminados a preservar una relación fluida con Occidente han sido poderosos en la política rusa desde que la crisis estalló. Así lo testimoniaban el anuncio de que Moscú no se deslizaría hacia la guerra, el provisional compromiso de no romper el embargo de armas que pesaba sobre Yugoslavia —y ello pese a que Rusia ya no se consideraba obligada por los acuerdos en su momento adoptados al respecto—, la firma de acuerdos comerciales en los Estados Unidos y, en suma, el desarrollo de una cordialísima visita del máximo responsable del Fondo Monetario Internacional, Michel Camdessus, a la capital rusa. Por cierto que este último dato acaso nos emplaza ante la reaparición fulgurante de uno de los códigos de comportamiento omnipresentes en la política de Moscú de los últimos años: un mezquino pragmatismo probablemente traducido en el designio de rebajar el cariz de la oposición a los ataques de la OTAN a cambio de la concesión de nuevos créditos del Fondo. Por detrás no puede sino apreciarse, claro, un visible entrampamiento de Rusia en las redes de intereses occidentales y, a su amparo, una escasa capacidad de maniobra.

La contrapartida de todo lo anterior ha sido el despliegue de unos cuantos gestos de aparente independencia. Uno de ellos lo ha proporcionado el anuncio de retirada, siquiera sea provisional, de las instancias en las que Rusia estaba presente en el marco de la OTAN. Otro, bien significativo, lo ha aportado el hecho, aparentemente injustificable, de que en la delegación oficial que se trasladó a Belgrado una semana después del inicio de los bombardeos estuviesen presentes, junto al primer ministro y al titular de Asuntos Exteriores, el ministro de Defensa y los máximos responsables de los servicios de inteligencia; el mensaje, subliminal, parecía apuntar a los restos del también invisible avión norteamericano derribado por el ejército yugoslavo. La decisión de trasladar a la zona de conflicto algunos de los buques de la flota del mar Negro, de cariz presumiblemente simbólico, y la paralela de alentar una fantasmagórica unión entre Rusia, Bielorrusia y Yugoslavia deben emplazarse, en fin, en esta lista de contrapartidas. Parece como si Rusia estuviese comunicando su propósito de no cerrar la puerta a medidas que en el futuro

permitan revisar su imbricación en la crisis yugoslava y, más allá de ella, su relación general con el mundo occidental.

Por detrás de esto, y como colofón, hay que identificar un último y poderoso elemento en la política rusa: el deseo de no perder oportunidad alguna para demostrar que el país sigue siendo una gran potencia cuya voz —en la jerga gromikiana de antaño— es obligado escuchar. La visita de Primakov a Belgrado, claramente promocionada desde Moscú, y la designación de Chernomiridin como eventual mediador entre las partes se insertaban con claridad en ese juego, y ello pese a que a buen seguro incorporaban también un elemento que suele escapar a la consideración tanto de la retórica oficial rusa como de los analistas occidentales: es muy improbable que Primakov se limitase a darle palmaditas en el hombro a un supuesto aliado, Milosevic, del que Rusia tenía un sinfín de motivos para recelar. Que nadie se engañe: es bien poco lo que Moscú ha ganado, y mucho lo que ha perdido, merced al comportamiento del presidente yugoslavo.

Si hay que llamar la atención sobre dos de los polos entre los que se mueve la política rusa, bien pueden ser, por un lado, un prosaico esfuerzo encaminado a repartir carnaza para consumo interno y, por el otro, la defensa de argumentos extremadamente respetables, como el que da cuenta del dramático desprecio que la OTAN muestra por Naciones Unidas. El crédito de estos argumentos sería mucho mayor, claro, si los dirigentes rusos se aviniesen a reconocer la ignominia del grueso de las políticas de Milosevic y no sucumbiesen una y otra vez a una enloquecida combinación de añejos lazos de sangre y oscuros intereses económicos. Porque, y no se olvide, Rusia puja con claridad por reservar para sí el único mercado virgen que resta en los Balcanes occidentales —el de Serbia, de resultas del embargo internacional que pesa sobre el país— y al respecto no ha dudado en alentar una formidable fusión de intereses entre circuitos mafiosos.

Aunque es verdad que los datos anteriores nada bueno dicen de la política rusa, nada sería peor para las potencias occidentales que seguir actuando como si Rusia no existiese. Y, por desgracia, es lo que esas potencias han hecho demasiadas veces en los últimos años —ahí está, para certificarlo, una impresentable ampliación de la OTAN—, no siempre con razón, pero siempre con riesgo.

VII. A manera de conclusión

Cualquier pronóstico sobre el futuro de Kosova depende, y además estrechamente, de cómo se resuelve la crisis, y acaso el callejón sin salida, en que el conflicto entró a finales de marzo de 1999. Como quiera que nuestras posibilidades de encarar escenarios claramente perfilados son muy escasas, el propósito de la mayoría de las observaciones de este capítulo final es poner de manifiesto, sin más, la existencia de varios horizontes de futuro para Kosova y repasar, al tiempo, algunas de las conclusiones a las que hemos ido arribando a lo largo de este trabajo.

La realidad de Kosova a mediados de abril de 1999 es la de un país en el que buena parte de su población mayoritaria se ha visto obligada a buscar refugio fuera de sus fronteras. Aunque es lícito suponer que la anterior bien puede ser una situación provisional, resulta inevitable concluir que se ha medio realizado el escenario acariciado por Vojislav Seselj y otros fascistas serbios: el de una activa operación de limpieza que deje el territorio habitado, poco menos que en exclusiva, por serbios. Aunque semejante propósito se lo hayamos atribuido a gentes como Seselj, resulta obligado recordar que el impulsor principal de la operación no han sido esas gentes, sino el propio presidente yugoslavo de estas horas, y ello aunque —al igual que ocurrió en el pasado en Bosnia-Herzegovina— en modo alguno pueda descartarse que Milosevic acabe por señalar que nada sabía de lo sucedido.

I

A la hora de examinar distintos horizontes de futuro para Kosova obligado resulta prestarle atención, en primer lugar, a la posibilidad de que el país recupere, con los perfiles anteriores a 1989 o con cualesquiera otros, su condición autónoma y ello, naturalmente, dentro del Estado serbio actual. Al fin y al cabo ésta ha sido la propuesta maestra del grupo de contacto, defendida también, en los años anteriores, por varias fuerzas de la oposición serbia, como es el caso del Movimiento de Renovación de Vuk Draskovic, del Partido Nacionalista de Vojislav Kostunica o del Partido Democrático de Zoran Djindjic. La propia Izquierda Unida Yugoslava habría coqueteado en su momento con alguna fórmula autonomista, a la que en virtud de la presión internacional no habría sido ajeno, en fin, el mismo Milosevic.

A estas alturas es difícil que las fuerzas políticas albanokosovares acaten semejante cierre en falso de la crisis, que colocaría en manos de Belgrado, antes o después, una significada capacidad de decisión y muy probablemente dejaría sin castigo crímenes sin cuento practicados en Kosova. Esto aparte, conviene subrayar que la Yugoslavia que integran hoy Serbia y Montenegro es una federación en la que los flujos centralizadores son mucho más poderosos que los que se registraban diez años atrás, de tal suerte que no es sencillo imaginar qué supondría para Kosova la recuperación —en un Estado unitario centralizado— de la perdida condición de provincia autónoma. El retorno a los términos de la Constitución yugoslava de 1974 se antoja, en otras palabras, inviable, habida cuenta de las radicales transformaciones operadas en el escenario. El hecho de que en el mundo occidental se prefiera ignorar muchos de estos problemas invita a pensar que a los ojos de algunos sigue siendo preferible una negociación con Milosevic que permita soslayar una aguda crisis política en Serbia, y ello aun a costa de sacrificar Kosova.

No parece, por otra parte, que a estas alturas tenga alguna viabilidad un viejo proyecto que sugería la conversión de Kosova en la tercera entidad integrante de la Federación Yugoslava de hoy, en pie de igualdad con Serbia y Montenegro. Ningún dato invita a concluir que Belgrado ha tomado en serio esta propuesta en momento alguno, y ello pese a que, al menos en teoría, daría cierta satisfacción a las demandas de unos y otros: acrecentaría sensiblemente el autogobierno en Kosova al tiempo que permitiría que este último siguiese siendo un territorio yugoslavo. Las razones para un rechazo de esta propuesta

desde Serbia son obvias: para muchos nacionalistas sería intolerable que Kosova dejase de ser un territorio serbio, y ello pese a conservar, a manera de compensación, su condición de territorio yugoslavo. Por otra parte, y en buena lógica, la conversión de Kosova en una más de las entidades integrantes de la Federación Yugoslava hoy existente acarrearía un reconocimiento del derecho a abandonar la citada Federación, algo firmemente rechazado, al menos en principio, por Belgrado. Algunos analistas aducen, en fin, que el propio Montenegro, que perdería peso en las instancias federales, podría mostrar su hostilidad hacia el proyecto que nos ocupa.

II

Una tesis muy extendida —ya nos hemos referido antes a ella— sugiere que Milosevic habría llegado bastante tiempo atrás a la conclusión de que el mantenimiento de Kosova dentro del Estado serbio sería lesivo para éste, ante todo por efecto de prosaicos hechos demográficos. No debe olvidarse que, hablando en propiedad, Milosevic no es ni ha sido nunca un nacionalista. Se trata, antes bien, de un político que, impregnado de un prosaico pragmatismo, ha hecho uso, cuando le convenía, del nacionalismo, pero en modo alguno se ha dejado cautivar por el esencialismo historicista al que han sucumbido tantos de sus conciudadanos. El hecho, en otras palabras, de que Serbia haya visto la luz en la llanura de Kosovo Polje le dice bien poco al hoy presidente yugoslavo.

Así las cosas, Belgrado estaría buscando un argumento que exponer ante la opinión pública —los bombardeos de la OTAN ofrecerían al respecto una base convincente— para justificar el abandono de Kosova, al tiempo que habría puesto manos a la obra para imponer el *fait accompli* de una compensatoria partición que acalle las protestas de los sectores más radicalizados. En 1992 se habló ya de conversaciones exploratorias, relativas a una eventual partición, entre representantes serbios y albanokosovares. Figuras públicas en la vida política serbia como el otrora presidente yugoslavo Dobrica Cosic, el a la sazón primer ministro federal, Milan Panic, y el presidente de la Academia de Ciencias y Artes, Aleksandar Despic, coquetearon con la

posibilidad de una partición de Kosova. En todos estos casos se sugirió que sus opiniones no eran muy diferentes de las que tenía en mente Milosevic. Todos sin excepción parecían conscientes de que, de no asumir algún tipo de secesión de Kosova, en veinte o treinta años la propia Serbia estaría poblada mayoritariamente por albaneses.

En un terreno más concreto, se han identificado distintas variantes de partición. La primera, que se atribuye al ya mencionado Cosic, pretendería preservar los presuntos intereses religiosos, históricos y económicos de Serbia, y otorgaría a ésta el 40% del territorio. Una segunda dejaría del lado albanés el 90% del territorio y se traduciría en la entrega a Serbia de los municipios septentrionales de Leposaviq y Zubin Potok. Una tercera variante otorgaría a Serbia, en fin, un 20% de Kosova, al tiempo que le asignaría a Montenegro algunos territorios en torno a Pejë. Como puede apreciarse, entre los criterios de partición que ha podido manejar el gobierno serbio se han dado cita, a menudo de forma contradictoria, uno de cariz histórico-emocional, que propende a preservar el control sobre monasterios y recintos parejos, y otro de dimensión fundamentalmente económica, al que no es ajena la riqueza minera del país. A los ojos de la mayoría de los especialistas, el despliegue de las variantes mencionadas debe relacionarse, por lo demás, con los planes de reconfiguración político-administrativa de Kosova examinados en los últimos años. Uno de ellos, muy significativo, pretendía dividir Serbia en seis, siete u ocho regiones, y establecer *dos de ellas* en el actual territorio de Kosova, con las consecuencias que es fácil imaginar.

Ante lo macabro de la situación que se ha abierto camino a partir de marzo de 1999 es lógico que a muchos la partición se les antoje una solución medianamente razonable para el conflicto de Kosova. Hora es ésta de recordar que, si lo que se va a abrir camino es, en efecto, una fórmula de partición, ésta en modo alguno será el producto de un acuerdo voluntario. Será, antes bien, una consecuencia directa del uso de la fuerza y acarreará, por añadidura, el inmoral desplazamiento, si no la muerte, de muchos kosovares, en su mayoría albaneses. No está de más que recordemos que la comunidad internacional no se paró en mientes a la hora de tolerar algo parecido en Bosnia en 1995.

III

Ya hemos señalado que el reconocimiento del derecho de autodeterminación de Kosova ha sido rechazado tanto por Belgrado como por las principales instancias internacionales. Entre las consecuencias posibles del ejercicio de ese derecho, probablemente tras un período de protectorado o de condominio, se contarían un Kosova independiente —sin duda es la opción mayoritaria entre los albanokosovares— y una futura integración en Albania.

La fundamentación de por qué en Kosova debería reconocerse el derecho de autodeterminación se acoge a argumentos muy variados. Una tesis muy extendida señala que tal horizonte debe reconocerse en casos —parece que éste es, sin disputa, el que nos ocupa— en los que una comunidad humana se ve sometida, durante un período de tiempo prolongado, a una sistemática conculcación de sus derechos básicos. Al respecto se ha subrayado a menudo que han sido las autoridades serbias las que han ido cerrando, por un lado, todas las puertas y han decidido emplear, por el otro, la violencia en gran escala. Naturalmente que la defensa del derecho de autodeterminación debe realizarse sobre la base de un rotundo respeto de los derechos de las minorías. No está de más recordar, en ese plano, que en el pasado la principal fuerza política albanokosovar, la Liga Democrática que preside Rugova, se mostró firmemente decidida a evitar la repetición, con la minoría serbia presente en el territorio, de lo acaecido con la mayoría albanesa. El proyecto de la Liga, como sugerimos en su momento, es un Kosova independiente y multiétnico que sirva de puente entre dos estados atávicamente enfrentados: Serbia y Albania.

La lamentable ausencia en Serbia de voces que reconozcan el derecho de autodeterminación y mitiguen, así, la tentación negativista, lógica en estas horas, de muchos albanokosovares contrasta con la unanimidad que las fuerzas políticas de éstos —incluidas las moderadas y, si es que las hay, las no nacionalistas— muestran con respecto a la urgencia de reconocimiento del derecho que nos ocupa. A los ojos de Gazmend Pula, del Comité Helsinki de Prishtinë, la base inicial de semejante reconocimiento bien podría ser el establecimiento en Kosova de un protectorado en virtud del cual se hiciese valer una administración conjunta ejercida por Naciones Unidas (en su caso la OSCE), las autoridades yugoslavas —o las serbias— y los representantes del

pueblo kosovar, con Albania en un papel consultivo. Otra posibilidad estribaría en hacer de Kosova una especie de condominio, de tal suerte que el gobierno corriese a cargo durante un período de tiempo más o menos prolongado de dos o más estados —acaso Yugoslavia (o Serbia) y Albania—, bajo la supervisión, una vez más, de Naciones Unidas o de la OSCE.

Al principio de este epígrafe señalamos que, resultando evidente que la mayoría de la población albanokosovar —esto es, la mayoría de la población de Kosova— optaría por la secesión con respecto a Serbia, una vez verificada ésta se abrirían camino dos posibilidades: o bien un Kosova independiente, o bien la integración en Albania. Con arreglo al primer horizonte, el protectorado podría dejar el camino expedito, con el paso del tiempo, a un Estado abierto y desmilitarizado en el que cabrían, por añadidura, fórmulas de cantonalización de aquellas áreas en las cuales hubiese significada presencia de minorías, acuerdos extraterritoriales para resolver los problemas relativos a determinados monasterios ortodoxos y a otros recintos de valor histórico para serbios y montenegrinos —unos y otros podrían quedar bajo jurisdicción foránea— y fronteras muy abiertas. Semejante proyecto guarda alguna relación con la idea matriz que para el futuro ha manejado, como unas líneas más arriba recordamos, la Liga Democrática de Kosova.

Aunque la mayoría de las fuerzas políticas albanokosovares se han manifestado partidarias de un Estado independiente, y no de la unificación con Albania, esta posibilidad en modo alguno puede descartarse, tanto más si tomamos en consideración datos como el vinculado con la solidaridad mostrada por los albaneses tras la huida masiva de albanokosovares una vez verificados los ataques de la OTAN sobre Serbia y Montenegro. Algunos hechos —diferencias de desarrollo económico en beneficio de Kosova, mala relación entre clanes dominantes, estereotipos relativos a las élites políticas, económicas y culturales— podrían explicar, en sentido contrario, el porqué de una decisión mayoritaria, entre los albanokosovares, en contra de la unificación en un macroestado albanés. No es sencillo calibrar, por lo demás, cuáles serían los efectos que el ejercicio del derecho de autodeterminación en Kosova tendría entre la comunidad albanesa presente en Macedonia.

Una eventual independencia de Kosova podría conducir a la gestación posterior de una confederación balcánica. Ya en su momento referimos que

Adem Demaçi, uno de los principales dirigentes de la resistencia albanokosovar y en su momento máximo responsable del ELK, reivindicó un proyecto de esa naturaleza, cuyos integrantes serían Serbia, Montenegro y Kosova (no estamos hablando, entiéndase bien, de la federación tripartita a la que antes nos referimos, toda vez que en el caso que ahora nos ocupa la independencia de Kosova sería una condición previa). Es significativo que la propuesta de Demaçi recibiese críticas muy duras desde una Liga Democrática de Kosova en principio manifiestamente contraria a mantener lazos con Serbia y Montenegro, y ello pese a que llevaba consigo un proyecto razonable de preservación de lazos, bien que desde la independencia de las entidades confederadas.

IV

El ataque de la OTAN contra Serbia ha colocado en una situación delicada a muchas gentes que, en la izquierda, siguen sin creer un ápice de la propaganda que la Alianza Atlántica difunde sobre sí misma. El hecho de que el objeto de las acciones armadas sea un régimen impresentable a duras penas debe acallar una contestación radical de esa superstición que hace de la OTAN una organización filantrópica entregada a la defensa de causas justas y a la generosa distribución de ayuda humanitaria.

Antes de aportar argumentos en provecho de lo anterior conviene, sin embargo, dejar zanjada una cuestión: se hace muy cuesta arriba darle crédito a la idea de que puedan estar en la izquierda las gentes que defienden al régimen de Milosevic con rebozo o, más aún sin cabe, las que guardan al respecto de aquél un vergonzoso silencio. El sátrapa que ha dirigido Serbia durante trece años ha acabado por forjarse un currículo difícilmente superable: encabezó en su momento un movimiento de agresivo nacionalismo chauvinista, atentó con contundencia contra el principio federal que inspiraba al Estado yugoslavo, inició cruentas guerras contra poblaciones indefensas, alentó el rápido asentamiento de un capitalismo mafioso en Serbia, no dudó en configurar oscuros gobiernos de coalición con formaciones de corte parafascista y, en

suma, se hizo merecedor del dudoso galardón de máximo responsable de la desintegración violenta de Yugoslavia.

Quienes a estas alturas no hayan caído, por cierto, en que Milosevic es, en una de sus dimensiones más sonoras, un anti Tito es que han preferido darle la espalda a la realidad. Y para demostrarlo no hay que invocar sesudas interpretaciones: basta con leer los discursos del hoy presidente yugoslavo. Que lo de Milosevic hiede lo demuestra, en fin, que son muy pocos, y muy extraviados, los que en estas horas mantienen su simpatía por un asesino ritual. El que más y el que menos, sin excluir a esa larga serie de imbéciles que han sostenido impertérritos que en *los conflictos yugoslavos todos son iguales*, o que *la situación es muy compleja*, son pocos los que no han acabado por caer en la duda.

Pero, y ahora nos encaminamos a donde íbamos, es obligado preguntarse si las acciones de la OTAN responden de manera manifiesta al designio de acosar a Milosevic y, llegado el caso, de derrocarlo. La respuesta es, contundentemente, no, y al respecto bastará con recordar dos de los motivos fundamentales que han conducido a la OTAN a intervenir. El primero lo aportan los gravísimos problemas de imagen forjados en 1998: la Alianza Atlántica reiteró hasta la saciedad que en modo alguno toleraría una repetición en Kosova de lo acaecido unos años atrás en Bosnia. Los hechos consumados han obligado a concluir que sus portavoces fanfarroneaban. Pero es que, y en particular desde que las negociaciones de Rambouillet cobraron cuerpo, la OTAN se sumergió en un órdago que hacía inevitable su acción si las partes no alcanzaban un acuerdo. Los estrategas de la Alianza dieron por descontado que el acuerdo se iba a alcanzar y eludieron tomar en consideración cualquier otro horizonte. Desde el 24 de marzo de 1999 el propio Solana, por lo que cuentan inmerso en una irrefrenable depresión, ha estado pagando los platos rotos por tanta fatuidad e improvisación.

La segunda de las explicaciones del porqué de la intervención de la OTAN remite a algo ontológicamente más grave. Como ya hemos señalado, sólo los más ingenuos pueden aceptar de buen grado que la Alianza se ha sentido genuinamente preocupada por la conculcación de los derechos básicos de la mayoría de la población de Kosova; no hay ningún antecedente de semejantes querencias en la OTAN, y sí un sinfín de ejemplos de cómo sonados genocidios han quedado sin respuesta de las potencias occidentales, y ello

cuando no han sido estimulados por éstas. Ni siquiera parece que la catástrofe humanitaria en curso, tan invocada por la retórica otaniana, preocupe por sí misma. Sólo inquieta en la medida en que puede ser la causa de una guerra abierta en Kosova que se expanda a la vecina Macedonia y acarree la activa intervención de algunos de los estados de los Balcanes meridionales. Ese prosaico escenario geoestratégico, y no otra cosa, es lo que realmente ha preocupado, hasta la fecha, a la OTAN. De lo contrario, se habría producido desde el primer momento, a buen seguro, una apuesta consistente por la defensa —cuerpo a cuerpo y con los riesgos consiguientes— de la población civil de Kosova.

Que no nos engañen, pues. El designio de la OTAN ha estribado en preservar unas reglas del juego que garanticen la estabilidad y el negocio. En el pasado la Alianza coqueteó, para ello, con Milosevic, y nada obliga a descartar que lo siga haciendo en el futuro. La OTAN o, lo que es lo mismo, la principal estructura de seguridad de los países más ricos del planeta, sigue estando donde estaba.

V

Los tertulianos de la radio, que suelen ser los columnistas de los periódicos, configuran una de las más graves plagas contemporáneas. Su argumento preferido a partir del 24 de marzo no ha sido otro que el que sugiere que nos encontramos ante un peligroso renacimiento de las reglas del juego propias de la guerra fría y, con él, ante un riesgo grave de que vea la luz un tercer conflicto mundial. Es fácil aportar los datos que, llegado el caso, justificarían semejante manera de razonar. Nadie puede negar, por lo pronto, que a finales de marzo de 1999 cobró cuerpo una visible tensión verbal entre los Estados Unidos y Rusia. Es evidente, también, que el sistema de Naciones Unidas ha brillado manifiestamente por su ausencia en las últimas semanas. Para que nada faltase, y cerrando el círculo, nos hemos topado con un conflicto bélico abierto que en modo alguno puede calificarse de baja intensidad. Pero, aun siendo innegables todos los datos anteriores, hay poderosas razones que obligan a recelar de que a su amparo pueda identificarse un renacimiento de la guerra fría o un grave

riesgo de conflicto bélico generalizado. Para contrarrestar los anteriores argumentos nos limitaremos a aducir tres.

El primero afecta a la importancia geoestratégica de los Balcanes. Muchas veces en los últimos años se ha aducido un recordatorio: el de que la primera guerra mundial dio sus primeros coletazos en la capital bosnia, Sarajevo. Pero ha llovido mucho desde entonces y los Balcanes ya no son lo que eran. A diferencia de lo que ocurría en 1914 ya no son, por ejemplo, el lugar por el que discurren buena parte de las materias primas generadas en el oriente próximo. Tampoco han sido, desde 1945, una zona poderosamente marcada por la confrontación entre los bloques; ahí está, para demostrarlo, la propia política de la URSS entre ese año y 1991, sugerentemente tolerante con respecto a las disensiones yugoslava y albanesa, y poco inclinada a contestar una política exterior más o menos independiente, como la desplegada por Rumania.

El segundo de los argumentos nos recuerda la liviandad, siquiera sea en términos comparativos, del régimen serbio. Por condición geográfica —marginal— y por poderío económico y militar —limitado—, la Serbia de Milosevic no es, en modo alguno, la Alemania de Hitler. Su capacidad de trastabillar el escenario planetario se antoja, en otras palabras, nula. No existe siquiera, por cierto, en el terreno ideológico: sólo los más extraviados piensan en estas horas que el régimen económico y social imperante en Serbia configura un modelo alternativo a la ignominia del capitalismo mundial y la globalización. Serbia es, muy al contrario, la más granada manifestación de un capitalismo mafioso que empieza a campar por doquier.

El tercer y último argumento obliga a dar cuenta, cómo no, de la política presente de Rusia. Moscú se encuentra inmerso, como antes señalamos, en un doble juego. Por un lado, emite críticas radicales, a menudo certeras, del sinfín de miserias que rezuma el mundo occidental; pueden mencionarse al respecto sus observaciones, impecables, relativas al olvido del sistema de Naciones Unidas o a la propia marginación como potencia mediadora. Pero, y por el otro, los dirigentes rusos muestran un claro entrampamiento en las redes de intereses del mundo capitalista desarrollado. La política rusa, inspirada en un pragmatismo a menudo asqueroso, gusta de plantear obstáculos a las decisiones y los caprichos occidentales con la vista puesta en levantarlos a cambio de créditos y transferencias tecnológicas. Nada de esto existía, como es

fácil apreciar, en la época de la guerra fría. Por si poco fuera, en fin, en las posiciones oficiales rusas puede vislumbrarse, por detrás de una retórica en la que despunta el designio de ofrecer carnaza al mercado interno de consumo, un descontento visible con el régimen de Belgrado.

La condición estratégica de los Balcanes contemporáneos, la liviandad del régimen serbio y las miserias de la política rusa obligan a descartar una confrontación abierta y generalizada, y con ello la metáfora de una vuelta atrás, camino de la política de bloques de antaño. Pero en modo alguno eximen de recordar que la actitud de los Estados Unidos nos emplaza ante la prepotencia tradicional de quien ha decidido, desde mucho tiempo atrás, no atenerse a regla alguna y defender obscenamente, contra viento y marea, sus intereses más mezquinos. Entre éstos no se cuentan, por cierto, y por mucha palabrería que lo oculte, los vinculados con la defensa de los derechos conculcados, desde hace dos lustros, a la mayoría de la población de Kosova.

VI

Concluiremos afirmando, en fin, que nada es más grave entre nosotros que dar por buenos los efectos de una omnipresente etnificación del lenguaje. La satanización de "los serbios", de "los croatas" o de "los albaneses", como si entre todos ellos no hubiese un sinfín de posturas distintas, es una dramática distorsión de la realidad. Es verdad que el fenómeno remite muchas veces a una simple importación. Por lo que cuentan, para muchos serbios, "y en particular para las clases medias de Belgrado, los albaneses son gentes primitivas que se dedican a cortar madera y transportan carbón, comen tomate y pan, duermen en el suelo y ahorran hasta el último centavo para ver de comprarse una esposa. Para muchos albaneses, los serbios están genéticamente abocados a la conquista y a la opresión, siempre se hallan ávidos de poder y de tierras, y sólo ceden cuando alguien exhibe la fuerza"[11].

Resulta lamentable, sin embargo, el olvido de los vínculos que, pese a todo, existen entre las comunidades presentes en Kosova. En la lengua que hablan los serbokosovares está presente hasta un 20% de palabras albanesas, y cabe suponer que algo semejante ocurre, con palabras serbias, en el albanés hablado

por los albanokosovares. Los albaneses y los serbios de Kosova comparten, por otra parte, un sinfín de elementos folklóricos comunes, y ello hasta el punto de que muchas de las canciones más populares entre los serbios de Kosova incorporan elementos albaneses y turcos. Un sacerdote serbio, el padre Sava, ha tenido el coraje de defender, desde su monasterio de Deçan, a las víctimas de la limpieza étnica y no dudó en su momento en recibir a quien a la sazón era el portavoz del ELK, Adem Demaçi. El propio superior de Sava, el obispo Artemije, aunque menos claro en su comportamiento y en sus manifestaciones, no ha dejado de tener problemas con Belgrado por su actitud genéricamente abierta. Han sido numerosos, y por lo demás fructíferos, los esfuerzos de aproximación alentados por grupos religiosos kosovares, unas veces de manera independiente y otras en virtud de iniciativas internacionales. Tampoco han faltado relaciones fluidas como las establecidas por las "Mujeres de Negro" de Belgrado o como las derivadas de otra organización, con sede de nuevo en la capital serbia, como es el Centro de Derecho Humanitario.

No tenemos razón alguna para concluir que gentes como las que acabamos de invocar son una absoluta rareza, y tampoco hay motivos para aceptar sin recelo la carga emotiva que lleva aparejada un término, *Kosovozacija*, que en serbocroata es sinónimo de lo que en el mundo occidental se entiende por "balcanización". El ascendiente, en suma, del movimiento de desobediencia civil imperante durante años —y acaso dominante todavía hoy— no puede desaparecer de la noche a la mañana en Kosova, y ello pese a que la inercia belicista se ha llevado, a buen seguro, muchas cosas y ha generado, del lado albanokosovar, una insorteable censura en lo que se refiere a la emisión de críticas con respecto al ELK. Y es que los datos que dan cuenta de cruces, mestizajes e influencias —de una convivencia creativa, en suma— no faltan. Al fin y al cabo, serbios y albaneses pelaron en el mismo bando en la demasiado recordada batalla de Kosovo Polje.

Cronología

1945

Las últimas fuerzas de ocupación alemanas son expulsadas de Yugoslavia por el ejército popular, ayudado por tropas soviéticas. Nace, bajo la dirección de Tito, el Estado federal yugoslavo.

1946

Se promulga la primera Constitución federal; en ella se atribuye a Kosova la condición político-administrativa de región.

1948

Ruptura entre Tito y Stalin; Yugoslavia es expulsada del *Kominform*.

1955

Con la visita de Jrushchov a Belgrado, la URSS inicia una política de reconciliación con Yugoslavia.

1956

Proceso de Prizren contra dirigentes comunistas albanokosovares.

1960

Tito defiende ante la Asamblea General de la ONU el no alineamiento.

1963

Se promulga una nueva Constitución yugoslava y se acentúa la descentralización del aparato estatal.

1966

Rankovic, vicepresidente de la república y vinculado con sectores nacionalistas serbios, es destituido.

1967

La Asamblea Federal aprueba una serie de enmiendas constitucionales que refuerzan la descentralización administrativa.

1968

Aparecen brotes nacionalistas en Kosova y Bosnia. La invasión de Checoslovaquia enturbia de nuevo las relaciones entre Yugoslavia y la URSS. Kosova ve cómo se acrecientan sensiblemente sus capacidades de autogobierno.

1971

El gobierno central reprime con dureza los disturbios y emprende la depuración del partido y los órganos de gobierno en Croacia.

1974

Se promulga una nueva Constitución que reafirma la descentralización y otorga a Kosova la condición de provincia autónoma dentro de Serbia.

1980

Muere Tito; la jefatura del Estado es asumida por una presidencia colectiva.

1981

Un violento movimiento nacionalista estalla en Kosova; el gobierno reprime la revuelta; se inicia la depuración de miembros del partido en la administración y en la universidad.

1982

Las autoridades declaran que en el período de marzo a septiembre se produjeron 700 detenciones de nacionalistas albaneses y que más de 300 personas de esa nacionalidad fueron juzgadas por motivos políticos. Continúa la purga de elementos nacionalistas en el partido y la administración, y aumenta la emigración de serbios y montenegrinos procedentes de Kosova, lo que provoca malestar en Serbia.

1983

Más de 100.000 personas acuden a un funeral en memoria de Rankovic, lo cual se interpreta como una reacción del nacionalismo serbio ante la actividad nacionalista en Kosova y Bosnia.

1986

Se celebra en Belgrado la primera de una serie de manifestaciones en protesta por el acoso a que se ven sometidos los serbios en Kosova. Hasani, un albanokosovar, pasa a encabezar la presidencia colectiva. Milosevic accede a la dirección, de hecho, de la Liga de los Comunistas de Serbia. La Academia Serbia de Ciencias emite un *Memorandum* de tono claramente nacionalista.

1987

Se agudizan los conflictos entre albaneses y serbios en Kosova. Primer mítin de Milosevic en Kosova. Milosevic desplaza a Stambolic en la dirección de Serbia.

1988

Milosevic inicia una campaña en favor de la anulación de la autonomía de la Vojvodina y Kosova y de su reintegración en Serbia. Es purgada la dirección de la Liga de los Comunistas de Kosova.

1989

Milosevic pronuncia un discurso en el 600 aniversario de la batalla de Kosovo Polje. La población de Kosova responde con huelgas y violencia a las pretensiones del gobierno serbio en el sentido de acabar con su autonomía. Bajo enormes presiones el parlamento de Kosova aprueba medidas destinadas

a otorgar a Serbia un mayor control sobre la provincia, lo cual provoca una radical protesta popular y la subsiguiente represión.

1990

Un congreso extraordinario de la Liga de los Comunistas aprueba la renuncia al monopolio del poder. Milosevic, líder del nuevo Partido Socialista de Serbia, ocupa el cargo de presidente de esa república. El parlamento serbio aprueba una ley destinada a reforzar el control sobre Kosova. Quedan plenamente abolidas las condiciones autónomas de Kosova y la Vojvodina; los diputados albanokosovares, reunidos clandestinamente, proclaman la soberanía de Kosova. Los partidarios de que Eslovenia se separe de la Federación consiguen el 95% de los votos en un referéndum de autodeterminación.

1991

En Croacia, el 94% de los votantes apoya la independencia. Serbia y Montenegro boicotean la elección del croata Mesic como presidente federal. Croacia y Eslovenia proclaman la independencia; el ejército federal interviene en Eslovenia. Fuerzas irregulares serbias apoyadas por el ejército federal inician un ataque sistemático en diversas zonas de Croacia. Se celebra en Macedonia un referéndum en el que el 94% de los votantes apoya la independencia. En Kosova se organiza un referéndum clandestino sobre la soberanía nacional. La ONU decide un embargo sobre el envío de armas a Yugoslavia. La presidencia federal es acaparada por el "bloque serbio" y anuncia nuevas medidas de fuerza. Kosova elige un gobierno clandestino. Alemania y Austria reconocen a Croacia y Eslovenia.

1992

Alto el fuego, respetado por las partes enfrentadas, en Croacia. Los albaneses de Macedonia celebran un referéndum sobre su autonomía. Se organiza en

Bosnia-Hercegovina un referéndum en el que la mayoría de los votantes se inclina por la independencia. La población de Montenegro opta, en referéndum, por mantener a la república dentro de la Federación Yugoslava. Bosnia-Hercegovina se declara independiente. Se extienden los combates en Bosnia-Hercegovina, cuyo gobierno demanda la intervención de la ONU. Llegan a Sarajevo los primeros "cascos azules". La Liga Democrática, de Ibrahim Rugova, se impone en unas elecciones paralelas celebradas en Kosova. La ONU declara un embargo sobre Serbia y Montenegro. Elecciones en Serbia, boicoteadas por buena parte de la oposición; socialistas y radicales obtienen la mayoría de los escaños. La ONU autoriza el despliegue de "cascos azules" en Macedonia.

1993

Ve la luz el plan Vance-Owen, que reclama la división de Bosnia en diez cantones. La ONU crea un tribunal para juzgar crímenes de guerra en la antigua Yugoslavia. El Consejo de Seguridad de la ONU declara seis ciudades bosnias bajo su protección. Serbia y Croacia proponen un plan de partición de Bosnia en tres estados. Milosevic desarrolla una purga en la dirección del ejército yugoslavo. Se constituye el tribunal para juzgar los crímenes de guerra en la antigua Yugoslavia. Se celebran elecciones generales en Serbia: el Partido Socialista frisa la mayoría absoluta.

1994

Nace la "Federación Bosnio-Croata". Ve la luz un plan, avalado por el llamado "grupo de contacto", que prevé la partición de Bosnia. El presidente serbio, Milosevic, decreta un embargo sobre sus hasta entonces aliados serbobosnios.

1995

Las milicias serbias ocupan las "zonas de seguridad" de Srebrenica y Zepa. Una ofensiva croata permite recuperar la Krajina en tres días, provoca un éxodo masivo de ciudadanos serbios y libera el enclave bosnio de Bihac. Se desarrolla una ofensiva croata en Bosnia central. Tras una nueva matanza en Sarajevo, la OTAN desarrolla activos bombardeos contra instalaciones militares serbobosnias. El presidente serbio, Milosevic, impone a Karadzic su control sobre las negociaciones relativas al futuro de Bosnia. Amplia ofensiva del ejército y de las milicias croatas, y del ejército bosnio, en Bosnia central. Se levantan parcialmente las sanciones de la ONU sobre Serbia y Montenegro. Se firma en Dayton (EE.UU.) un acuerdo de paz para Bosnia.

1996

Primeros atentados del Ejército de Liberación de Kosova. Varios partidos de oposición gestan en Serbia la coalición "Unidos". Se firma un acuerdo, no aplicado, que estaba llamado a permitir la reintegración de los albanokosovares en el sistema educativo público. Graves irregularidades en el cómputo de los votos en las elecciones municipales en Serbia.

1997

La coalición "Unidos" se rompe. Milosevic es elegido presidente de la federación que forman Serbia y Montenegro. Las elecciones legislativas serbias registran un claro ascenso del Partido Radical. Djukanovic es elegido presidente de Montenegro. Tras presuntas irregularidades, Milutinovic se impone a Seselj en las elecciones presidenciales serbias.

1998

En virtud de un acuerdo firmado con Serbia, Croacia recupera la Eslavonia oriental. El Partido Radical se incorpora al gobierno serbio, mientras el máximo dirigente del Movimiento de Renovación Serbia, Draskovic, se

convierte en vicepresidente federal. Se acentúa en Kosova la confrontación entre unidades militares y policiales serbias y fuerzas del Ejército de Liberación de Kosova. Rugova y Milosevic se entrevistan en Belgrado. Se alcanza, en octubre, un acuerdo de paz sobre Kosova.

1999

Los combates se reanudan, con intensidad, en Kosova. Fracasan en Rambouillet dos rondas de negociaciones entre las delegaciones yugoslava y albanokosovar. La OTAN inicia sus bombardeos sobre Serbia y Montenegro. Se produce en Kosova una cruenta represión y la expulsión masiva, hacia los estados limítrofes, de albanokosovares.

Bibliografía

Alberto L'Abate, *Il Kossovo ed il conflitto serbo-albanese: attività e proposte per la mediazione e la risoluzione nonviolenta* (Università di Firenze, Florencia, 1997).

Payam Akhavam y Robert Howse (dirs.), *Yugoslavia, the former and future* (The Brookings Institution, Washington, 1995).

"Albania-Kosovo", monográfico de *Cuadernos de África América Latina* (nº30, 1998, Sodepaz, Madrid).

Marc Almond, "Kosovo: Myth in the Service of Agression", en *Europe's backyard war. The war in the Balkans* (Mandarin, Londres, 1994), págs. 190-210.

Amnistía Internacional, *Yugoslavia: ethnic Albanians. Victims of torture and illtreatment by police in Kosovo province* (AI, Londres, 1992).

Amnistía Internacional, *Federal Republic of Yugoslavia: international monitoring in Kosovo and beyond* (AI, Londres, 1993).

Amnistía Internacional, *Yugoslavia: ethnic Albanians. Trial by truncheon* (AI, Londres, 1994).

Amnistía Internacional, *Yugoslavia: police violence against ethnic Albanians in Kosovo province* (AI, Londres, 1994).

Amnistía Internacional, *Yugoslavia: police violence in Kosovo province. The victims* (AI, Londres, 1994).

Milan Andrejevich, "Cradle of Albanian Defiance", en Yugofax, *Breakdown: War & Reconstruction in Yugoslavia* (War Report-Helsinki Citizens Assembly, Londres, 1992), págs. 38-39.

"Une autre Serbie", monográfico de *Les temps modernes* (nº570-571, enero-febrero de 1994).

Ivo Banac, *The National Question in Yugoslavia: Origins, History, Politics* (Cornell University Press, Ithaca-Londres, 1993).

Peter Bartl, "Los albaneses", en *Debats* (nº48, junio de 1994), págs. 36-44.

Peter Bartl, "Kosovo", en *Bibliographisches Handbuch der ethnischen Gruppen Südosteuropas* (vol. II; R. Oldenbourg, Munich, 1997), págs. 1117-1158.

Dusan T. Batakovic, *Kosovo. La spirale de la haine* (L'Age d'homme, Lausana, 1993).

Christopher Bennett, "Kosovo" y "The Kosovo conundrum and the Macedonian question", en *Yugoslavia's bloody collapse* (Hurst, Londres, 1995), págs. 85-90 y 215-221.

Rifat Blaku, *Actions menées par l'État serbe en vue du nettoyage ethnique de le Kosove et des autres territoires albanais occupés* (Centre d'Information de la République de Kosove, Ginebra, 1995).

Joseph T. Bombelles, "Federal Aid to the Less Developed Areas of Yugoslavia", en *East European Politics and Societies* (vol. 5, nº3, otoño de 1991), págs. 439-465.

Janusz Bugajski, "Kosovar separatists", en *Ethnic Politics in Eastern Europe* (M.E. Sharpe, Armonk, 1995), págs. 153-156.

Herbert Büschenfeld, *Kosovo. Nationalitëtenkonflikt in Armenhaus Jugoslawiens* (Aulis Verlag/Deubner, Colonia, 1991).

George Castellan, *L'Albanie* (PUF, París, 1994).

Howard Clark, *Report for the Committee on Conflict Transformation Support on the State of Dialogue in Kosova* (mimeo, 1998).

Sophia Clément, *Conflict Prevention in the Balkans: Case Studies of Kosovo and the FRY of Macedonia* (Institute for Security Studies, París, 1997).

Lenard J. Cohen, "Elites in Yugoslavia's Third World: The Case of Kosovo", en *The Socialist Pyramid. Elites and power in Yugoslavia* (Tri-Service, Londres, 1989), págs. 355-392.

Lenard J. Cohen, "Kosovo versus Serbia", en *Broken bonds. The disintegration of Yugoslavia* (Westview, Londres, 1993), págs. 121-126.

Conseil pour la Défense des Droits et des Libertés de l'Homme, *Violations des droits nationaux, des droits de l'homme et des libertés fondamentales des Albanais en*

Kosove (Centre d'Information de la République de Kosove, Ginebra, 1995).

Loring M. Danforth, *The Macedonian conflict* (Princeton University Press, Princeton, 1995).

Patrick Denaud y Valérie Pras, *UÇK: naissance d'une lutte armée. Entretiens avec Bardhyl Mahmuti* (L'Harmattan, París, 1999).

Bogdan Denitch, "Modern Kosovo: Repression and Tragedy" y "Repression in Kosovo and the Breakup of Yugoslavia", en *Ethnic nationalism. The tragic death of Yugoslavia* (University of Minnesota, Minneapolis, 1994), págs. 117-122 y 122-126.

Marco Dogo, *Kosovo. Albanesi e Serbi: le radici del conflitto* (Marco, Lungo di Cosenza, 1992).

A.N. Dragnic y S. Todoric, *The Saga of Kosovo* (Eastern European Monographs, Boulder, 1984).

Ger Duijzings, Dusan Janjic y Shkëlzen Maliqi (dirs.), *Kosovo-Kosova, confrontation or coexistence* (Peace Research Centre, University of Nijmegen, Nimega, 1996).

David A. Dyker e Ivan Vejvoda (dirs.), *Yugoslavia and after* (Longman, Londres, 1996).

Nunzio dell'Erba, *Storia dell'Albania* (Newton, Roma, 1997).

Paul Garde, "Kosovo: L'Algérie dans l'Orléanais", en *Vie et mort de la Yougoslavie* (Fayard, París, 1992), págs. 223-237.

Myriam Gaume, *Kosovo: la guerre cachée* (Mille et une nuits, París, 1999).

Marco Gavrilis, "The Making of Greater Albania?", en *State and Nation-Building in East Central Europe* (Institute on East Central Europe, Nueva York, 1996), págs. 279-295.

James Gow, *Triumph of the lack of will: International diplomacy and the Yugoslav war* (Hurst, Londres, 1997).

Mirko Grmek, Marc Gjidara y Neven Simac, "Un scénario pour le Kosovo (Cubrilovic, 1937)", en *Le nettoyage ethnique* (Fayard, París, 1993), págs. 150-185.

Eggert Hardten y André Stanislavljevic, "Krieg um Kosovo?", en Erich Rathfelder (dir.), *Krieg auf dem Balkan* (Rowohlt, Hamburgo, 1992), págs. 104-118.

Dusan Janjic y Shkëlzen Maliqi, *Conflict or Dialogue: Serbian-Albanian Relations and Integration of the Balkans* (Open University, Subotica, 1994).

Athanase Jevtitch, *Dossier Kosovo* (L'Age d'homme, Lausana, 1991).

George Joffé, "Muslim in the Balkans", en F.W. Carter y H.T. Norris (dirs.), *The Changing Shape of the Balkans* (UCL Press, Londres, 1996), págs. 81-96.

Tim Judah, *The Serbs* (Yale University Press, New Haven, 1997).

Zoran Kacarevic, "Yugoslavia. La batalla de Kosovo", en Alain Brossat, Sonia Combe, Jean-Yves Potel y Jean-Charles Szurek (dirs.), *En el Este, la memoria recuperada* (Alfons el Magnànim, Valencia, 1992), págs. 505-518.

Christine von Kohl y Wolfgang Libal, *Kosovo: Gordischer Knoten des Balkans* (Europaverlag, Viena-Zurich, 1992).

Le Kosove sous l'occupation serbe (Centre d'Information de la République de Kosove, Ginebra, 1995).

Le Kosovo-Metohija dans l'histoire serbe (L'Age d'homme, Lausana, 1990).

Denisa Kostovicova, *Parallel Worlds: Response of Kosovo Albanians to Loss of Autonomy in Serbia, 1986-1996* (Keele University, Keele, 1997).

Mohamedin Kullachi, "Le Kosovo et la dissolution de la Yougoslavie", en Véronique Nahoum-Grappe (dir.), *Vukovar, Sarajevo... La guerre en ex-Yougoslavie* (Esprit, París, 1993), págs. 185-196.

Catherine Lutard, *Géopolitique de la Serbie-Monténégro* (Complexe, Bruselas, 1998).

Branka Magas, *The destruction of Yugoslavia. Tracking the Break-up, 1980-92* (Verso, Londres, 1993).

Noel Malcolm, *Kosovo: A Short History* (Macmillan, Londres, 1998).

Shkëlzen Maliqi, "The Albanian Intifada", en Branka Magas, *The destruction of Yugoslavia. Tracking the Break-up, 1980-92* (Verso, Londres, 1993), págs. 180-186.

Shkëlzen Maliqi, *Kosova: separate worlds* (MM Rene & Dukagjini, Pejë, 1998).

Ministère de l'Information de la Republique de Kosove, *Mémorandum sur la situation des médias en Kosove* (Centre d'Information de la République de Kosove, Ginebra, 1995).

Andrej Mitrovic (dir.), *Serbs and Albanians in the 20th century* (Serbian Academy of Sciences and Arts, Belgrado, 1991).

Roberto Morozzo della Rocca, *Albania. Le radici della crisi* (Guerini, Milán, 1997).

Mujeres de Negro, "Kosovo: ¿el último recurso del régimen para mantenerse en el poder?" (mimeo, febrero de 1997).

H.T. Norris, *Islam in the Balkans* (Hurst, Londres, 1993).

H.T. Norris, "Kosovo and the Kosovars: past, present and future as seen through Serb, Albanian and Muslim eyes", en F.W. Carter y H.T. Norris (dirs.), *The Changing Shape of the Balkans* (UCL Press, Londres, 1996), págs. 9-24.

Open Wounds. Human Rights Abuses in Kosovo (Human Rights Watch/Helsinki, Nueva York, 1993).

Violeta Orosi y Jovan Radovanovic, "Kosovo, Polarisation and Dialogue", en Yugofax, *Breakdown: War & Reconstruction in Yugoslavia* (War Report-Helsinki Citizens Assembly, Londres, 1992), pág. 40.

Ruza Petrovic y Marina Blagojevic, *The migrations of Serbs and Montenegrins from Kosovo and Metohija* (Serbian Academy of Sciences and Arts, Belgrado, 1992).

A. Pipa y S. Repishti, *Studies on Kosova* (Columbia University Press, Nueva York, 1984).

Norbert Placzek, *Der Kosovo Konflikt. Genese und Perspektive* (Universität Hamburg, Hamburgo, 1996).

Alexandre Popovic, *L'Islam balkanique. Les musulmans du sudest européen dans la période post-ottomane* (Harrassowitz, Berlín-Wiesbaden, 1986).

Alexandre Popovic, *Les musulmans yougoslaves* (L'Age d'Homme, Lausana, 1990).

Hugh Poulton, "The largest nationality. Albanians of Kosovo", en *Balkans* (Minority Rights Publications, Londres, 1991), págs. 57-74.

Hugh Poulton, *Kosovo: opression of ethnic Albaninas* (Minority Rights Group, Londres, 1993).

Hugh Poulton, *Who are the Macedonians?* (Hurst, Londres, 1995).

Gazmend Pula, "Kosova - Republic in a New (Con-)Federation Via Re-Federalization of Yugoslavia", en *Südosteuropa* (nº46, 1997), págs. 184-196.

Rexhep Qosja, *La question albanaise* (Fayard, París, 1995).

Xavier Raufer y François Haut, "Le Kosovo", en *Le chaos balkanique* (La Table Ronde, París, 1992), págs. 50-56.

Emmanuela C. del Re, *Albania punto a capo* (Seam, Roma, 1997).

Michel Roux, *Les albanais en Yougoslavie* (Maison des Sciences de l'Homme, París, 1992).
Ibrahim Rugova, *La question du Kosovo* (Fayard, París, 1994).
Giancarlo Salvoldi, Valentino Salvoldi y Lush Gjergji, *Kosovo. Un popolo che perdona* (EMI, Bolonia, 1997).
Fabian Schmidt, "Albaner ausserhalb Albaniens", en *Nationalismen in Umbruch. Ethnizität, Staat und Politik im neuen Osteuropa* (Wissenschaft & Politik, Colonia, 1995), págs. 139-152.
Fabian Schmidt, "Serbia: Kosovo province. Show trials and increasing diplomatic activity", en *Building Democracy* (OMRI-M.E. Sharpe, Armonk, 1996), págs. 133-134.
André Sellier y Jean Sellier, *Atlas des peuples d'Europe centrale* (La Découverte, París, 1991).
Stavro Skendi, *The Albanian National Awakening, 1878-1912* (Princeton University Press, Princeton, 1967).
Vladimir Stojancevic, *Serbia and the Albanians in the 19th and early 20th centuries* (Serbian Academy of Sciences and Arts, Belgrado, 1990).
Richard H. Ullman, *The world and Yugoslavia's wars* (Council on Foreign Relations, Nueva York, 1996).
Francisco Veiga, *La trampa balcánica. Una crisis europea de fin de siglo* (Grijalbo, Barcelona, 1995).
Thanos Veremis y Evangelos Kofos, *Kosovo. Avoiding another Balkan war* (Hellenic Foundation for European and Foreign Policy, Atenas, 1998).
Miranda Vickers, *The Albanians. A Modern History* (I.B. Tauris, Londres-Nueva York, 1995).
Miranda Vickers, *Between Serb and Albanian. A History of Kosovo* (Hurst, Londres, 1998).
Miranda Vickers y James Pettifer, *Albania: From Anarchy to a Balkan Identity* (Hurst, Londres, 1997).
Anne Yelen, *Kossovo, 1389-1989. Bataille pour les droits de l'âme* (L'Age d'homme, Lausana, 1989).

Revistas

Balkan War Report
Balkanologie
Bulletin. Council for the Defence of Human Rights and Freedoms in Prishtina
Convergences Bosnie-Herzégovine
Le courrier international
East European Politics and Societies
East European Quarterly
East European Reporter
The Harriman Review
Helsinki Citizens Assembly Newsletter
Le monde diplomatique
New Left Review
La nouvelle alternative
Oslobodenje
Problems of Communism
Report on Eastern Europe
RFE/RL Research Report
South Slav Journal
Studies in Comparative Communism
Transition
Uncaptive minds
War report

Direcciones de internet

www.aimpress.ch/dyn/bal
www.alb-net.com
www.albanian.com
www.crisisweb.org
www.diplomatie.fr/actual/dossiers/kossovo
www.gov.yu
www.hlc.org.yu
www.hri.org/news/balkans/kosova

www.intl-crisis-group.org/projects/kosovo
www.iwpr.net/balkans
www.koha.net
www.kosova.com
www.opennet.org/index.html
www.yugoslavia.com
www.zik.com

Notas

[1] Por lo que a los topónimos kosovares respecta, hemos procurado utilizar los nombres correspondientes en albanés, con una sola excepción: la de los topónimos en relación con los cuales está abrumadoramente extendido entre nosotros el correspondiente nombre serbio, como es el caso de Kosovo Polje (en lugar del albanés Fushë Kosovë). En el mapa que se incluye en este libro se encontrarán las principales equivalencias de topónimos en albanés y en serbio. Las dificultades para tratar informáticamente los signos con los que suelen transcribirse los nombres serbios han obligado, en fin, a prescindir de esos signos.

[2] La síntesis histórica que sigue es directamente deudora, en sus datos fundamentales, de los libros de Miranda Vickers, *Between Serb and Albanian. A History of Kosovo* (Hurst, Londres, 1998), y Noel Malcolm, *Kosovo: A Short History* (Macmillan, Londres, 1998).

[3] Rexhep Qosja, *La question albanaise* (Fayard, París, 1995), e Ibrahim Rugova, *La question du Kosovo* (Fayard, París, 1994).

[4] Noel Malcolm, *Kosovo: A Short History* (Macmillan, Londres, 1998), pág. 297.

[5] Noel Malcolm, *Kosovo: A Short History* (Macmillan, Londres, 1998), pág. 314.

[6] Noel Malcolm, *Kosovo: A Short History* (Macmillan, Londres, 1998), págs. 327-328.

[7] Shkëlzen Maliqi, *Kosova: separate worlds* (MM Rene & Dukagjini, Pejë, 1998), págs. 22-23.

[8] Eggert Hardten, en Ger Duijzings, Dusan Janjic y Shkëlzen Maliqi (dirs.), *Kosovo-Kosova, confrontation or coexistence* (Peace Research Centre, University of Nijmegen, Nimega, 1996), págs. 167-168.

[9] Noel Malcolm, *Kosovo: A Short History* (Macmillan, Londres, 1998), pág. 346.

[10] Ger Duijzings, en Ger Duijzings, Dusan Janjic y Shkëlzen Maliqi (dirs.), *Kosovo-Kosova, confrontation or coexistence* (Peace Research Centre, University of Nijmegen, Nimega, 1996), pág. XXIV.

[11] Milenko Karan, en Ger Duijzings, Dusan Janjic y Shkelzen Maliqi (dirs.), *Kosovo-Kosova, confrontation or coexistence* (Peace Research Centre, University of Nijmegen, Nimega, 1996), pág. 175.

Table of Content

Créditos
Mapas
Prólogo
I. ¿Qué es Kosova?
II. De los ilirios a la segunda guerra mundial
III. En el Estado federal yugoslavo
IV. La desintegración de Yugoslavia
V. Abolición de la autonomía y resistencia civil
VI. Del conflicto bélico de 1998 a la intervención de la OTAN
VII. A manera de conclusión
Cronología
Bibliografía
Notas